

Perspectivas sobre la industria

Marcelo Rougier
Eduardo Gálvez
Juan Odisio
Mario Raccanello
Ludmila Scheinkman

Documento de Trabajo 1

AESIAL

Perspectivas sobre la industria

Marcelo Rougier
Eduardo Gálvez
Juan Odisio
Mario Raccanello
Ludmila Scheinkman

Documento de Trabajo 1

AESIAL

Perspectivas sobre la industria: Documento de Trabajo 1 /

Marcelo Rougier... [et.al.]. –

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
Facultad de Ciencias Económicas, 2014.

150 p.; 20x15 cm.

ISBN 978-950-29-1492-3

1. Desarrollo Industrial. I. Rougier, Marcelo

CDD 338.9

Fecha de catalogación: 09/06/2014

Coordinación y edición: Eduardo Gálvez

Diseño de tapa: Vanesa Barboza (Unidad de Comunicación
Institucional, FCE-UBA)

Los trabajos aquí publicados han sido sometidos a evaluación interna y externa por especialistas en las temáticas desarrolladas bajo las normas de uso en las revistas científicas.

Índice

Perspectivas sobre la Industria, DT 1

Los autores1

Marcelo Rougier y Eduardo Gálvez.....3

Prólogo

Ludmila Schienkman5

Estrategias patronales de organización y gestión del trabajo y la producción en las fábricas de dulces, chocolates y galletitas de la Ciudad de Buenos Aires (1880-1930)

Marcelo Rougier y Juan Odisio29

Post bellum. La *Revista de Economía Argentina* y los inicios del “industrialismo”

Mario Raccanello101

El rinoceronte y sus molinos de viento: sobre las estrategias desplegadas por una empresa metalmecánica frente a la volatilidad de la economía argentina de fines de siglo XX

Eduardo Gálvez121

La actuación político-corporativa de los representantes empresarios y el fin de la hegemonía neoliberal en Argentina

Marcelo Rougier es Doctor en Historia por la Universidad de San Andrés (UDESA), Especialista y Magíster en Historia Económica y de las Políticas Económicas por la Universidad de Buenos Aires (UBA) e Investigador Independiente del CONICET. Se desempeña como Profesor Titular de Historia Económica y Social Argentina en la Facultad de Ciencias Económicas (FCE) de la Universidad de Buenos Aires. Es Director del Área de Estudios sobre la Industria Argentina y Latinoamericana (AESIAL, UBA) y de *H-industria*, revista de historia de la industria, los servicios y las empresas en América Latina. Entre sus libros recientes se encuentran *Estudios sobre la Industria Argentina 3*, *La banca de desarrollo en América Latina. Luces y sombras en la industrialización de la región*, *Estado y empresarios en la industria del aluminio. El caso Aluar, Perón y la burguesía argentina*. *El proyecto de un capitalismo nacional y sus límites*, en colaboración con James Brennan y *La economía del peronismo*.

Eduardo Gálvez es Doctor en Historia y Magíster en Investigaciones Comparadas sobre el Desarrollo por la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), Doctor en Ciencias Sociales por Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y Licenciado en Sociología por la UBA. Es profesor ayudante de Historia Económica y Social Argentina de la FCE y en Economía II de la Facultad de Ciencias Sociales (FSOC) de la UBA. También se desempeña como profesor titular de Introducción a la Sociología, en la Universidad Católica de Santiago del Estero (UCSE). Actualmente desarrolla su investigación sobre la formación educativa de gerentes de empresas públicas en asociación entre el AESIAL y la Universidad Pedagógica (UNIPE). Integra el Comité Editorial de *H-industria*. Ha publicado varios artículos y capítulos de libros sobre la actuación política y corporativa de las principales cámaras empresarias argentinas.

Juan Odisio es Doctor en Ciencias Sociales, Magíster en Historia Económica y de las Políticas Económicas y Licenciado en Economía por la UBA. Se desempeña como Profesor Adjunto de Historia Económica y Social Argentina de la FCE de la UBA, como becario postdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y

Técnicas (CONICET) con sede en el Instituto Interdisciplinario de Economía Política de Buenos Aires (IIEP-Baires, UBA-CONICET) y como Director de *H-industri@*. Participa de varios proyectos de investigación sobre la industrialización por sustitución de importaciones, el Estado empresario argentino e historia del pensamiento económico. Sobre esos temas ha publicado en los últimos años artículos y capítulos de libros tanto en el país como en el extranjero.

Mario Raccanello es Magíster y Licenciado en Economía de la UBA, donde realiza actualmente el Doctorado en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) y dicta clases como docente de Historia Económica y Social Argentina en la FCE de esta Universidad. Es Becario de posgrado del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y Secretario de Redacción de *H-industria*. Como miembro del AESIAL se desempeña en varios proyectos de investigación vinculados a la historia de la industria y las empresas. Ha publicado diversos artículos en revistas académicas locales e internacionales y capítulos de libros que vinculan las temáticas del desarrollo industrial, la innovación y la dialéctica macro-micro económica.

Ludmila Scheinkman es Profesora de Enseñanza Media y Superior en Historia de la FFyL de la UBA. Actualmente se encuentra realizando el Doctorado en Historia en la misma Universidad en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE), con beca de CONICET. Su tema de investigación se vincula con los trabajadores y las trabajadoras en la industria alimenticia en la Argentina, entre fines del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Es docente en la materia Historia Social General, en la FFyL de la UBA. Ha publicado artículos referidos a la historia de los y las trabajadores y ha participado como expositora y comentarista en diferentes jornadas y congresos.

Prólogo

El Área de Estudios Sobre la Industria Argentina y Latinoamericana (AESIAL) fue creada por el Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires en 2011. El AESIAL funciona al interior del Centro de Estudios Económicos de la Empresa y el Desarrollo (CEEED), perteneciendo al Instituto Interdisciplinario de Economía Política de Buenos Aires (IIEP, FCE, UBA-CONICET).

Esta Área está formada por un equipo multidisciplinario de investigadores. Entre ellos economistas, historiadores, politólogos y sociólogos especializados en la temática industrial, quienes desarrollan su actividad científica en la investigación de diversas temáticas sobre el desarrollo industrial: la trayectoria de ramas específicas y claves de la estructura manufacturera, la historia de empresas (conglomerados locales, multinacionales, compañías estatales, pequeños y medianos emprendimientos) y de la burguesía nacional, la planificación de organismos estatales y la articulación de las políticas públicas hacia el sector, la evolución de las ideas industriales en el pensamiento económico, la naturaleza de la innovación en las estrategias de las firmas, la actuación político-corporativa de las cámaras empresarias, la formación educativa de los managers, y los procesos de trabajo y luchas del movimiento obrero. Estas investigaciones se llevan a cabo en el marco de diferentes proyectos de investigación grupales (UBACyT, PICT, PIP y PROINC) e individuales.

Por otra parte, el AESIAL emprende otras actividades científicas, entre ellas, las más destacadas son la edición de la revista especializada [H-industri@](#) (publicada semestralmente desde 2007) y la organización bienal de las *Jornadas de Historia de la Industria y los Servicios*. A estas actividades se agregan la organización de diversos eventos como coloquios o mesas especiales, conferencias, además de la publicación de los resultados de investigación a través de libros, capítulos de libros y artículos y las presentaciones en congresos y eventos locales e internacionales por parte de los investigadores del Área.

En el marco de los objetivos trazados por el AESIAL, a las producciones anteriores, se suma ahora la aparición del primer número de la serie *Documentos de Trabajo*. En esta primera aparición, titulada *Perspectivas sobre la Industria*, se presentan los trabajos de cinco investigadores del AESIAL.

Los trabajos que aquí se publican están ordenados cronológicamente y reflejan cabalmente la amplitud de enfoques y líneas de investigación que desarrolla el Área: procesos de trabajo, ideas, ramas y empresas industriales, y accionar político-corporativo de los empresarios.

El primero de ellos, *Estrategias patronales de organización y gestión del trabajo y la producción en las fábricas de dulces, chocolates y galletitas de la Ciudad de Buenos Aires (1880-1930)*, pertenece a Ludmila Scheinkman y se centra en las industrias alimentarias del periodo mencionado que emplearon al grueso de trabajadores del rubro y que aglutinaron la mayor parte de la producción, principalmente Bagley, Noel, Canale y Águila Saint Hnos., introduciéndose en aspectos poco explorados del empresariado fabril de fines del siglo XIX y comienzos del XX. El segundo capítulo, *Post bellum. La Revista de Economía Argentina y los inicios del "industrialismo"*, realizado por Marcelo Rougier y Juan Odisio, estudia las distintas ideas, lecturas y propuestas que discurrieron sobre la industria argentina en el lapso que va del estallido de la primera guerra mundial hasta el umbral de la crisis de 1929, centrándose especialmente en las ideas que Alejandro Bunge y sus colaboradores desarrollaron en la inmediata posguerra desde las páginas de la "Revista de Economía Argentina". El tercer capítulo, *El rinoceronte y sus molinos de viento: sobre las estrategias desplegadas por una empresa metalmeccánica frente a la volatilidad de la economía argentina de fines de siglo XX*, de Mario Raccanello, es un estudio de caso de la conducta empresaria y su grado de conocimiento del entorno económico en una industria de agromáquinas de la provincia de Córdoba, en el marco de la inestabilidad propia de finales de la Convertibilidad hacia 2001. Y, el cuarto capítulo, es un trabajo de Eduardo Gálvez, *La actuación político-corporativa de los representantes empresarios y el fin de la hegemonía neoliberal en Argentina*, que estudia las intervenciones político-corporativas públicas de los representantes de los más grandes empresarios, en el marco de las disputas por intentar incidir en la dirección de la política económica, durante la crisis y salida de la Convertibilidad entre 1999 y 2003.

Eduardo Gálvez
Coordinador Documentos de Trabajo AESIAL

Marcelo Rougier
Director del AESIAL

Estrategias patronales de organización y gestión del trabajo y la producción en las fábricas de dulces, chocolates y galletitas de la Ciudad de Buenos Aires (1880-1930)

Ludmila Scheinkman

Introducción

Los hermanos Saint, hijos del fundador de la fábrica de cafés torrados y chocolates “El Águila”, además de dirigir la empresa familiar fueron activos filántropos. A comienzos del año 1905, Abel (h) se sumó como tesorero a la “comisión de vecinos caracterizados” de la Sección 19ª de la Capital Federal reunida a los fines de juntar fondos para colaborar en la acción policial de “protección de la niñez”. Esta comisión de vecinos se había creado por iniciativa del Comisario J. M. Batiz, y correspondía al barrio de Barracas donde los Saint tenían su fábrica¹. En la misma Sección policial se fundó, en mayo de ese año, la Asociación Protectora de Niños Desvalidos². El objetivo de dicha asociación era alejar a los niños del “ambiente malsano” de la calle, donde estos jugaban, vagaban y se empleaban en trabajos informales.

Ello formó parte de una serie de iniciativas emprendidas por la Policía de la Ciudad de Buenos Aires a principios de siglo, destinadas a alejar a la población infantil de las calles. Los policías, en este caso con asistencia de los vecinos ilustres como Don Abel Saint (h), procedían a la aprehensión de los jóvenes “callejeros” y luego los remitían a las Defensorías de Menores para corregirlos y/o para ser colocados convenientemente. La colocación de los niños se realizaba con preferencia para el trabajo en casas de familias, en asilos de beneficencia, pero también en otros espacios laborales, como fábricas y talleres³.

Algunos años después, nos enteramos por medio del diario *La Nación* que los hermanos Saint recibían para el empleo en su fábrica a niños remitidos por las Defensorías de Menores⁴. Hacia 1910, la fábrica ocupaba un personal de trescientos cincuenta adultos y cien niños, casi todos huérfanos enviados por las Defensorías. Estos niños se ocupaban en el empaquetado y rotulado de los productos, trabajaban a destajo y llegaban a ganar de dos a tres pesos diarios, mucho menos de lo que ganaba un varón adulto. Para *La Nación*, esta labor de Saint en el empleo de niños acusaba

¹ “Protección a la niñez”, *Caras y Caretas*, 28 de enero de 1905, n° 330, p. 29.

² Ruibal (1990), p. 87.

³ Aversa (2006), Freidenraij (2012).

⁴ “La Nación: Edición conmemorativa de la revolución del 25 de mayo de 1810”, 1910, pp. 146-147.

“la existencia de un encomiable altruismo. No se ignora que en infinidad de ocasiones se ha insistido acerca de la necesidad de encauzar la existencia del niño dentro de un espíritu de honradez y de trabajo que haga de él un elemento útil para la sociedad. En las columnas de “La Nación” se ha bregado no poco por la consecución de ese propósito, que no se ha logrado todavía en la medida necesaria, porque faltan establecimientos adecuados en número suficiente para acoger a esa considerable parte de la población infantil que puede ser incluida entre la infancia desvalida. En su esfera de acción, los señores Saint Hnos., realizan, pues, una obra saludable, educadora, de evidente trascendencia social, digna por todos conceptos de ser imitada. Y en el balance de sus méritos como propulsores de la industria nacional, el que de esa obra educadora se deriva no es, por cierto, el menos importante de todos”⁵.

Si bien el diario *La Nación*, en concordancia con la visión policial y patronal, sostenía una concepción educativa y regenerativa del trabajo fabril para los niños, esta imagen contrastaba con la que presentaban sectores sensibles a la situación de las clases trabajadoras de la ciudad. Sebastián Marotta en su historia del movimiento sindical argentino relataba que unos años antes, en 1904, había habido una huelga en el establecimiento de los hermanos Saint, que parecía mostrar cierta disconformidad con dicha “terapia” laboral. En esta huelga, los trabajadores habían reclamado el cese de los castigos corporales a los niños⁶.

El caso de la fábrica de chocolates de Abel Saint, continuada luego por sus hijos, es tal vez llamativo, pero permite introducirnos en la lógica empresarial de un emprendimiento exitoso de la época, que retomaremos a lo largo de estas páginas. Este trabajo se propone abordar las *estrategias patronales* de organización y gestión del trabajo y la producción, vinculadas a la estructuración y organización interna de las fábricas, en las industrias de dulces, chocolates, galletitas y afines, pertenecientes a la rama de la alimentación en la ciudad de Buenos Aires entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Nos centraremos en las grandes fábricas que emplearon al grueso de los y las trabajadores del rubro, y aglutinaron la mayor parte de la producción: Bagley, Noel, Canale y Águila Saint Hnos., entre otras. Como veremos, estas fábricas tuvieron peculiaridades propias en lo que respecta a la organización del trabajo y la producción, e introducirnos en su análisis permite iluminar aspectos poco explorados del empresariado fabril de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

⁵ *Ibid.*

⁶ Marotta (1960), p. 182.

Situación general de las industrias

Es durante el periodo agroexportador que asistimos al despegue inicial de industria argentina. Numerosos trabajos han establecido, de forma bastante contundente, que las bases de la industrialización en la Argentina se establecieron a fines de siglo XIX sentando las líneas directrices para su desarrollo posterior⁷, y esto es esencialmente así en lo que hace al variado arco de industrias alimenticias. Como ha señalado Jorge Schvarzer, se trató de “una actividad industrial que, si bien resulto incapaz de modificar la esencia económica del país, no por eso puede despreciarse. (...) Alrededor de 1913, la industria argentina aportaba la tercera parte de la demanda local de bienes alimenticios, la octava parte de los requerimientos metalúrgicos y la sexta parte de los productos textiles. Las cifras eran pequeñas en relación con las dimensiones del mercado interno y justifican hablar de atraso industrial. Pero no eran pequeñas en términos absolutos y posibilitaban, ya entonces, una creciente actividad fabril que se concentraba en Buenos Aires (a excepción de algunas ramas específicas, como las del vino y el azúcar, instaladas en los lugares de producción de la materia prima)”⁸.

Los motores de este desarrollo industrial, en lo que hace a las industrias de la alimentación, eran dos. Por un lado, la misma lógica del modelo agroexportador exigía procesar industrialmente algunos productos antes de su embarque. Tal es el caso de los molinos harineros y los frigoríficos, industrias clave que elaboraban para su exportación aquellos artículos primarios en los que se basó la integración de la Argentina en el mercado mundial en las últimas décadas del siglo XIX, y primeras del XX. Es de destacar que estos productos exportables constituían asimismo la base de la dieta local, con lo cual se vincularon también a la problemática del consumo interno.

Por otro lado, el creciente desarrollo de la ciudad de Buenos Aires, en tanto metrópoli portuaria vinculada a la exportación, proveedoras de servicios portuarios, comunicacionales y gubernamentales, entre otros, conllevó a su gran crecimiento y desarrollo, y a una creciente concentración poblacional, lo cual determinó asimismo la necesidad de proveer artículos de consumo para la población urbana creciente. Vinculado a esto, emergieron una gran cantidad de industrias orientadas a este consumo interno: fábricas, talleres y emprendimientos que elaboraban bebidas, licores, cervezas, aguas gaseosas, dulces, conservas, galletitas, panificados, fideos, lácteos, cafés, etc.

⁷ Al respecto, véase Rocchi (2006); Díaz Alejandro (1983); Schvarzer (1983); Villanueva (1972); Dorfman (1942).

⁸ Schvarzer (1983), p. 223.

En este trabajo nos enfocaremos en este segundo sector de orientación mercadointernista. Particularmente en las fábricas de dulces, galletitas, chocolates y afines de la Ciudad de Buenos Aires puesto que allí, como veremos, se concentraron el grueso de estas instalaciones. El marco temporal que abordaremos se inicia en torno a 1880, cuando algunos de estos establecimientos comenzaron a adquirir caracteres fabriles, a la par que se fundaban otros; y se cierra en 1930, cuando la crisis comenzó a alterar algunos de los rasgos básicos que desarrollamos aquí. Nos centraremos en las grandes fábricas del rubro, puesto que concentraron el grueso de la producción, la maquinaria, el capital y los trabajadores: Bagley, Noel, Canale y Águila Saint Hnos., entre otras⁹. Hemos elegido agrupar estas industrias puesto que la elaboración de los bienes mencionados compartía rasgos comunes, que desarrollaremos al detallar la organización del proceso productivo. Esto fue percibido a lo largo del periodo estudiado por los fabricantes de estos productos, que adquirieron consciencia de grupo y se organizaron de forma conjunta, para dar fuerza y solidez a sus intereses comunes.

Debemos mencionar que no hay bibliografía específica sobre estas industrias. Mencionadas en algunos estudios más amplios, no han sido objeto de trabajos pormenorizados¹⁰. Incluso cuando algunas de estas llegaron a alcanzar un renombre nacional que perdura hasta el día de hoy, puesto que se trata, en todos los casos, de emprendimientos que subsisten hasta la actualidad, si bien absorbidos por multinacionales. O cuando conformaron grandes fábricas que emplearon hacia el final del periodo miles de obreros, e incluso protagonizaron conflictos de cierta importancia. Aun cuando algunos de estos industriales gravitaron fuertemente en organizaciones patronales, como es el caso de Demarchi, quien presidió la Unión Industrial Argentina (UIA) entre 1904 y 1907, accionista de varias industrias y bancos, entre ellas Bagley, o de Benito Noel, socio fundador de la misma organización; e incluso en la vida política de la ciudad, como Martín Noel, hijo de Benito e Intendente de la Ciudad de Buenos Aires entre 1922 y 1927. Consideramos que un estudio detallado de estas industrias permite introducirnos en aspectos poco explorados de la mentalidad y el accionar empresarial de la época, en una rama de industria que tuvo rasgos propios. Pasaremos revista a algunas peculiaridades del proceso productivo, para luego adentrarnos en las políticas de contratación de mano de obra y la construcción de la disciplina laboral en las fábricas.

⁹ Scheinkman (2013).

¹⁰ Rocchi (2006), Schvarzer (1983), Dorfman (1942).

La organización del proceso productivo

En otro trabajo hemos abordado de forma detallada el proceso de trabajo en estas industrias¹¹. Baste aquí realizar tan sólo algunas reflexiones en torno a rasgos generales que atañen a la organización de la producción de forma común en las fábricas aquí abordadas. En todas ellas, el proceso productivo podía subdividirse en dos etapas, una intensiva en el uso de maquinarias, la segunda en el empleo de mano de obra.

La primera etapa se vinculaba con todas aquellas tareas ligadas al proceso de producción de los alimentos propiamente dichos. Estas tareas estaban altamente mecanizadas, y en el periodo estudiado se introdujeron avances y mejoras contantes en la maquinaria, la automatización, el empleo de líneas de montaje y de sistemas automáticos de traslado, elevadores, etc. Estas tareas, que variaban según la industria de la que se tratase, incluían el tratamiento de la materia prima que podía ser cacao, café, harina, frutas, etc.: tostado, torrado, descarrilamiento, mezcla, amasado, refinado, moldeado, horneado, etc. De estas labores emergían los productos terminados. Para estas tareas y la operación de las maquinarias requeridas, se emplearon fundamentalmente varones adultos¹².

La segunda etapa era la de empaquetamiento y etiquetado de los productos, y fue definida por los mismos fabricantes como “complementaria”¹³. Sin embargo, era parte fundamental del proceso productivo puesto que los productos requerían de esta tarea de forma ineludible para su venta en el mercado. Se trató de una tarea mano de obra intensiva, que se fue automatizando tardía y gradualmente. Los fabricantes adoptaron diversas estrategias para tratar de reducir lo que se aparecía como el costo laboral más grande de las fábricas. Por un lado, introdujeron máquinas de empaquetamiento automatizadas –inicialmente las máquinas francesas Savy- con la finalidad explícita de reducir la cantidad de obreros empleados en la tarea. Este tipo de maquinarias se comenzó a utilizar a

¹¹ Scheinkman (2013).

¹² “Chocolates y Cafees torrados El Águila, de Saint Hnos”, Álbum obsequio, Exposición Nacional: Buenos Aires 1898-1899, AGN, inv. n° 346420; “Fábrica de cafés y chocolates “El Águila” de Saint Hermanos”, *Caras y Caretas*, 1 de enero de 1906, n°378, pp. 103-110; “La Nación: Edición conmemorativa de la revolución del 25 de mayo de 1810”, 1910; “Crónica almibarada. Una visita a la fábrica de dulces de los señores B. Noel y Cía”, *Caras y Caretas*, 23 de diciembre de 1899, n°108, p. 38; “LA INDUSTRIA ARGENTINA EN MARCHA. Cómo se fabrica el chocolate”, *Caras y Caretas*, 11 de febrero de 1939, n°2106, p. 64-66; “Las Grandes Industrias De Buenos Aires. Fábrica de Galletitas, Dulce y Hesperidina “Bagley””, *Caras y Caretas*, 27/10/1900, n°108, p. 49; *Album de la industria argentina*, 1923, Chueco (1886, 1896), Helguera (1893).

¹³ “Fábrica de cafés y chocolates “El Águila” de Saint Hermanos”, *Caras y Caretas*, 01 de enero de 1906, n°378, pp. 103-110.

partir de la década del '10, y se generalizó en la del '20. Un informe elaborado en 1913 por L. De Vedia, inspector del Departamento Nacional del Trabajo (DNT), informaba que en el taller de empaquetamiento de Noel funcionaban ya cuatro máquinas: dos que envolvían caramelos y otras dos, chocolate. Estas máquinas realizaban “cada una la labor de diez obreras más o menos”¹⁴. Empleaban como fuerza motriz 6 motores eléctricos (140 HP) y tenían también un motor a vapor de reserva de 80 HP. Sin embargo, incluso automatizada esta tarea requería de una supervisión constante y continuaría demandando la atención permanente de gran cantidad de operarias.

Por esto mismo, con la finalidad de reducir los costos salariales implicados en la tarea, los empresarios de la rama adoptaron una política definida de empleo de mano de obra. Esta consistió en el empleo, para esta tarea, de niños y mujeres, puesto que sus salarios eran mucho menores que los masculinos. A la segmentación del proceso productivo en dos etapas correspondió entonces una segmentación de la fuerza de trabajo por sexo y edad. Y así como las tareas aparecían segmentadas en términos etarios y sexuales, sucedía lo mismo con la organización espacial de las fábricas: los sectores de empaquetamiento y etiquetado, donde estaban las mujeres y los niños, estaban aislados y separados de los sectores “masculinos”. Idealmente, se esperaba que varones y mujeres no se cruzaran en las fábricas¹⁵. Esto era consistente con la segregación espacial general en la sociedad de la época, que distinguía los espacios de sociabilidad y accionar masculinos de los femeninos¹⁶.

Según se detalla en varios informes, las tareas “masculinas” que empleaban la mayor cantidad de varones eran las de balancineros, barnizadores, hojalateros, maquinistas y mecánicos, junto con una gran cantidad de operarios descritos genéricamente como oficiales, ayudantes y

¹⁴ “Condiciones de trabajo en la ciudad de Buenos Aires, “Fábricas de dulces, chocolates y bombones”, *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, 31 de diciembre de 1913, n°25, pp. 805-817.

¹⁵ El mismo informe del DNT de 1913 destacaba como positivo que el local en el que trabajaban las mujeres tuviera “independencia completa con el resto de la fábrica, pues a esa sección no van los hombres para nada. Una vez empaquetados los artículos ellas mismas los dejan en los ascensores que los llevan a la sección expedición”. Tenían también, en todas las fábricas, espacios separados para dejar sus pertenencias y cambiarse, así como baños separados e incluso comedores diferentes, cuando los había. De hecho, en una de las fábricas se criticaba su higiene, organización y construcción, entre otras cuestiones porque “Hay ocho escusados, cuatro para cada sexo, aunque no se respeta el destino de estos locales, pues los hombres utilizan los que pertenecen a las mujeres.”

¹⁶ Barrancos (2001).

peones¹⁷. Es decir, como señalamos, aquellas tareas vinculadas a la utilización de maquinarias. El grueso de los menores varones eran empaquetadores y estampilladores. Entre las tareas “femeninas” se detallaban: confección de bolsitas (sic), empaquetadoras, embotelladoras, envolvedoras, llenadoras de cajas, y en ocasiones, “obreras”. Las mujeres menores y adultas y los niños se empleaban también como empaquetadores y envolvedores. La cantidad de capatazas mujeres era baja, siendo esta tarea mayormente masculina. Así, envolver, empaquetar, pegar estampillas o hacer “bolsitas” eran tareas femeninas, que no involucraban el uso de maquinarias, y eran aptas para los cuerpos “débiles” y “dóciles” de mujeres y niños. Asimismo, requerían gran cantidad de mano de obra, y no casualmente, se empleó para ello a la peor paga del mercado. De esta manera, los empresarios aprovechaban la utilización de las concepciones genéricas y etarias de la época en función de su rédito económico. Eran tareas que implicaban pericia, motricidad fina, un alto grado de atención, y eran sumamente repetitivas, tediosas y alienantes. Sin embargo, al atribuirse estas características a lo “innato” y “natural” de los cuerpos de mujeres, niños y niñas, se las “descalificaba”, negando el aprendizaje implícito en ellas, y consecuentemente, se combinaban con el argumento de la “complementariedad” del trabajo femenino/infantil, para remunerarlas de forma inferior. Incluso hacía fines del periodo, cuando estas tareas se mecanizaron, permanecieron “feminizadas”¹⁸.

Todas las fábricas analizadas aquí experimentaron en el periodo un sostenido crecimiento. Este se plasmó en la construcción de modernas fábricas de grandes dimensiones, que pasaron, en algunos casos, de emplear un centenar de obreros a comienzos del periodo, hasta llegar a varios cientos e incluso, para el caso de Águila Saint, a alcanzar los miles. Al mismo tiempo, introdujeron en este periodo innovaciones técnicas permanentes: cintas transportadoras y maquinarias de diverso tipo que apuntaban a automatizar en la medida de lo posible la producción, y “eliminar la mano del obrero” del proceso productivo. Se observaron también procesos de integración horizontal (como la adquisición por parte de la firma Bagley de la fábrica de galletitas “La Unión”)¹⁹, pero sobre todo verticales: las fábricas intentaron cubrir, en la medida de lo posible, todas las etapas del proceso productivo. Así por ejemplo, como habíamos

¹⁷ “Salarios (Capital Federal, 1918 a 1922)”, *Crónica Mensual del DNT*, noviembre de 1923, n°71, pp. 1142-1170.

¹⁸ Taller de empaquetamiento. “LA INDUSTRIA ARGENTINA EN MARCHA. Cómo se fabrica el chocolate”, *CyC*, n°2106, 11 de febrero de 1939, pág. 66.

¹⁹ “La Nación: Edición conmemorativa de la revolución del 25 de mayo de 1810”, 1910, pp. 174-175.

mencionado, la firma Noel había adquirido terrenos en el Tigre para la producción de frutales, la materia prima para la elaboración de los dulces que comercializaba la casa²⁰. En todos los casos, se instalaron talleres de hojalatería para la producción de envases, talleres de cartón, y en algunos casos, imprentas y litografías para la producción de etiquetas. Sin embargo, como vimos, los costos laborales eran un pesado lastre para las industrias. Nos adentraremos ahora en las peculiaridades de las políticas de contratación de mano de obra.

Políticas de contratación de mano de obra

Trabajo femenino e infantil

El empleo de mujeres y menores en estas industrias fue significativo y creciente, como un sucinto examen de los datos censales permite visualizar (Cuadro 1). Con la excepción de 1895, en todos los casos el porcentaje de mujeres y menores en estas fábricas fue superior al promedio en la alimentación, lo cual muestra que era un fenómeno significativo para estas industrias en particular²¹. Por esto mismo, podemos considerar que se trataba de industrias “feminizadas” respecto de la alimentación en general, lo cual se correspondía con la similar segregación de tareas con criterios genéricos y etarios al interior de las industrias.

Así, si hacia comienzos del período rondaban el 10%, hacia fines de los ‘30, más del 50% de los empleados fueron mujeres y menores²². Diferenciar mujeres adultas de menores de ambos sexos revela una tendencia diferente para ambas categorías (Cuadro 2)²³.

²⁰ Manacorda (1947), Azzi y De Titto (2008).

²¹ Creemos que la excepción para 1895 radica en que el censo no discrimina edades, razón por la cual los niños varones fueron englobados en la categoría “varones”. Las fábricas de galletitas, bizcochos y masas emplearon relativamente menos mujeres y niños, situación que se revierte hacia fines del período. Si bien la tendencia general fue creciente, vemos un descenso en 1909, poco después de la reglamentación del trabajo de mujeres y menores, razón que puede explicar el declive momentáneo, tendencia que luego se revirtió.

²² De los 188 establecimientos registrados en el censo para los rubros que nos ocupan, 110 se hallaban localizados en la Capital Federal; asimismo, de los 6325 obreros empleados a nivel nacional, 5383 se empleaban en la Capital; por lo cual es factible suponer que la tendencia de empleo en el rubro a nivel nacional debe ser representativa de esta región, si bien los números no pueden dejar de usarse tan sólo de forma indicativa. El censo industrial de 1935 no distingue ramas de industria por distrito, siendo las cifras de escala nacional; las consideramos, no obstante, de utilidad para reflejar la tendencia general.

²³ El censo de 1895 no incluía distinción por edad, razón por la cual lo hemos dejado de lado en el Cuadro 2. Asimismo, el de 1914 no distinguía menores por sexo, por eso mismo los hemos englobado. Las tendencias indicadas son, sin embargo, contundentes. El empleo de

Cuadro 1: Evolución porcentual de la población empleada en las industrias alimenticias de la Capital Federal.

Evolución porcentual	1895¹	1904	1909	1914	1935²
Substancias alimenticias y bebidas					
Varones	88,5%	90,6%	89,6%	91,1%	79,7%
Mujeres y menores	11,5%	9,4%	10,4%	8,9%	20,3%
Chocolate y bombones, caramelos, etc., dulces en general (fábricas)					
Varones	72,9%	66,4%	78,0%	63,9%	44,3%
Mujeres y menores	27,1%	33,6%	22,0%	36,1%	55,7%
Confiterías (incluye fábricas y al por menor)					
Varones	92,0%				
Mujeres y menores	8,0%				
Galletitas y bizcochos (fábricas)					
Varones	96,0%	89,1%	96,1%	79,1%	46,3%
Mujeres y menores	4,0%	10,9%	3,9%	20,9%	53,7%
Subtotal dulces, chocolates y galletitas					
Varones	90,9%	72,5%	81,1%	70,3%	44,9%
Mujeres y menores	9,1%	27,5%	18,9%	29,7%	55,1%

¹ No detalla menores

² Nacional

Fuentes: Segundo Censo de la República Argentina, 1895; Censo General de la Ciudad de Buenos Aires, 1904; Censo General de la Ciudad de Buenos Aires, 1909;

menores en la industria decreció sistemáticamente a lo largo del período, siendo ya muy reducido hacia 1935, y fue paulatinamente reemplazado por mujeres adultas, cuya ocupación aumentó de forma constante. Que en 1895 no se distinguiera edad era coherente con las concepciones de la infancia en la época y la inexistencia de legislación laboral. No había emergido aún la preocupación social por la “protección” de la infancia, plasmada luego en leyes “protectoras” que buscaban paliar los efectos nocivos del trabajo sobre las mujeres-madres y los niños (Panettieri 1984; Pagani y Alcaraz 1991; Suriano 1990; Zapiola 2009). En cambio, ya en 1904 los censistas se cuidaron de discriminar niños y niñas de mujeres y varones adultos, síntoma sin dudas de esta nueva sensibilidad que advertíamos en las publicidades, radicada en las ideas de cuidado, protección y salud. Irónicamente, mientras las publicidades difundían estas imágenes, el trabajo infantil en estas mismas fábricas (que comenzaban a orientarse cada vez más hacia los consumidores infantiles) alcanzaba su punto máximo. De estos años provienen fotografías de talleres poblados de niños, que si hoy sublevan susceptibilidades, eran en cambio aceptadas en la época y difundidas por las mismas empresas.

Tercer Censo Nacional, 1914; Censo Industrial de 1935, Ministerio de hacienda. Comisión Nacional del Censo Industrial. Buenos Aires. 1938.

Hacia el comienzo del período, el trabajo infantil alcanzaba la abultada cifra del 20,1% de la mano de obra empleada en las industrias. Ya para 1909, luego de la Ley 5291 de trabajo de mujeres y menores, el descenso fue brusco: el empleo de niños decayó al 9,2%. No se debe, sin embargo, exagerar la influencia de la legislación. En muchos casos, los empleadores ocultaban la situación real a los censistas para evitar multas²⁴. De todos modos, con las múltiples autorizaciones e inspecciones requeridas para el empleo de menores²⁵, es factible que éste haya disminuido, y la tendencia se profundizó en el largo plazo: en 1935 era del 4,8%. Este descenso, que hacía que el trabajo infantil no fuera ya tan significativo en estas industrias, es consistente con la inflexión que se produce hacia la década del '30 en las percepciones de la infancia y las políticas públicas tendientes a reducir la brecha entre infancia y minoridad²⁶. Si bien el trabajo infantil aún persistía, no parecía ya el taller o la fábrica un lugar apropiado para los niños.

Sin embargo, los empleadores preferían para ciertas tareas el trabajo de los niños, lo que se explica por sus exiguos salarios, mucho menores que los de los varones adultos e incluso que los de las mujeres, como también por otras razones, como su “docilidad y obediencia”²⁷. No es de extrañar la fuerte resistencia de la Unión Industrial Argentina a la legislación que limitaba el empleo de niños. La solución más viable parecía el reemplazo de los niños por mujeres, que no debían obtener las dificultosas autorizaciones que requerían los menores, y cobraban igualmente jornales inferiores a los de los varones. Fue hacia la década del '20 cuando comenzó a darse esta transición²⁸.

Por esto mismo, el trabajo femenino tuvo un carácter de “competencia” respecto del de los menores. Ambos se empleaban para las mismas tareas: aquellas fábricas que emplearon profusamente mano de obra infantil empleaban en general pocas o ninguna mujer (como en el caso de Águila Saint hasta la década del '20), y viceversa. Tanto el trabajo de mujeres,

²⁴ Suriano (1990), p. 265.

²⁵ Suriano (1990); Pagani y Alcaraz (1991).

²⁶ Cosse (2005).

²⁷ Suriano (1990), p. 260.

²⁸ Esta puede deducirse de los documentos fotográficos disponibles, y del desarrollo en los primeros años de la década de “Escuelas para obreras” en casi todas las fábricas grandes del rubro, llevadas adelante o bien por los mismos patrones (Águila), o por iniciativa de la Liga Patriótica. *Boletín de Servicios de la Asociación del Trabajo*, 05 de junio de 1922, n°57, pp. 227-228; *Memoria de 10 Escuelas Obreras, 1924-Mayo-1925*, 1925, Liga Patriótica Argentina, Comisión de Señoritas, Buenos Aires.

como el de niñas y niños fue concebido en la época como una actividad *excepcional*, justificada por situaciones de necesidad extrema; como *transitorio*, ya que se esperaba que retornaran al mundo doméstico pasada la situación excepcional; y como *complementario*, en tanto se concebía como “suplemento” al presupuesto familiar sostenido por el varón (y por esto mismo, de inferior pago)²⁹. Sin embargo, puede afirmarse que en estas industrias la “excepción” fue la norma.

Cuadro 2: Evolución en cantidad y porcentual de la población empleada en las industrias alimenticias de la Capital Federal: mujeres y menores de ambos sexos.

Evolución porcentual: menores (ambos sexos)	1904	1909	1914	1935¹
Substancias alimenticias y bebidas	457	878	498	3744
%	7,1%	7,5%	2,3%	3,5%
Chocolate y bombones, caramelos, etc., dulces en general (fábricas)	202	183	135	161
%	23,9%	10,5%	7,7%	3,7%
Galletitas	31	12	111	142
%	9,9%	3,3%	8,6%	7,3%
Subtotal dulces, chocolates y galletitas	233	195	246	303
%	20,1%	9,2%	8,1%	4,8%

Evolución porcentual: mujeres adultas	1904	1909	1914	1935¹
Alimenticias	145	327	1409	18242
%	2,3%	2,8%	6,5%	16,8%
Chocolates, confites, dulces	82	201	499	2273
%	9,7%	11,5%	28,4%	52,0%
Galletitas y bizcochos (fábricas)	3	2	158	909
%	1,0%	0,6%	12,3%	46,4%
Subtotal dulces, chocolates y galletitas	85	203	657	3182
%	7,3%	9,6%	21,6%	50,31%

¹ Nacional.

²⁹ Lobato (2007); Queirolo (2010).

Fuentes: Censo General de la Ciudad de Buenos Aires, 1904; Censo General de la Ciudad de Buenos Aires, 1909; Tercer Censo Nacional, 1914; Censo Industrial de 1935, Ministerio de hacienda. Comisión Nacional del Censo Industrial. Buenos Aires. 1938.

Esto podía explicarse a partir de las fuertes diferenciaciones salariales existentes. L. de Vedia, inspector del DNT en 1913, informaba que los salarios en estas industrias “son bien reducidos, siendo \$ 2,50 el máximo de lo que ganan las mujeres y \$ 0,50 el mínimo y de los menores \$ 2,30 y \$ 0,40 respectivamente. La tarea que desempeñan si bien es simple, pues se reduce a la envoltura y empaquetamiento, no deja de ser fatigosa, pues para alcanzar los jornales máximos, les es necesario no perder un minuto. La mayor parte trabaja a destajo, y gana según los kilogramos de caramelos que envuelven (...) se advierte que es necesario trabajar empeñosamente y tener mucha práctica para poder obtener un jornal discreto”³⁰. Si bien señalaba que para los obreros adultos también regían jornales bajos en esta industria, no excediendo en general los \$ 3,80, los de las mujeres y los menores eran un 35% y un 40% inferiores respectivamente, aun cuando trabajaban también entre 8 y 9 horas.

Métodos de contratación

En cuanto a los métodos de contratación, la situación era variable. Como vimos al comienzo en el caso de Saint, durante las primeras dos décadas del siglo XX estos empresarios se valieron del trabajo “forzado” de menores enviados por las Defensorías. Abel Saint (h) contribuía monetariamente para la recolección de estos menores de las calles. Esta fábrica empleó profusamente a niños varones³¹, y no empleó mujeres hasta la década del '20, cuando éstas comenzaron a reemplazar gradualmente a los pequeños, en cuyo caso el método de contratación debe haber cambiado.

El caso de Noel era diferente. En esta fábrica no se empleaban niños, y en cambio había profuso empleo femenino. No tenemos más datos respecto de los y las obreras de la fábrica, más que la mención de que los había de ambos sexos. En 1913, De Vedia detallaba: “ocupa en la actualidad 200 obreros; 160 hombres y 40 mujeres. No hay entre el personal menores de 16 años. El trabajo de las mujeres, consiste como en todas las fábricas de estos ramos en envolver y empaquetar productos”. A diferencia de lo que

³⁰ “Condiciones de trabajo en la ciudad de Buenos Aires, “Fábricas de dulces, chocolates y bombones”, *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, 31 de diciembre de 1913, n°25, pp. 805-806.

³¹ “La Nación: Edición conmemorativa de la revolución del 25 de mayo de 1810”, 1910, pp. 146-147.

ocurría en Águila-Saint, las tareas que desempeñaban allí los menores eran cumplidas aquí por mujeres, lo cual ilustra el carácter de “competencia” entre el trabajo femenino e infantil al que aludíamos.

En Noel se privilegiaba para los puestos de responsabilidad el empleo por medio de familiares y conocidos, lo cual permitía a sus dueños dar la imagen de empresa “familiar”. Esto posiblemente servía para reducir los conflictos y garantizar la adhesión a la patronal en los puestos de confianza y responsabilidad. Se buscaba también “premiar” la disciplina y la fidelidad a la fábrica, indicando que muchos obreros habían hecho allí su aprendizaje; “formándose por sí solos y merced a su laboriosidad y sus esfuerzos han ido escalando por propios méritos, debidamente reconocidos, los puestos superiores que actualmente ocupan. De ese modo han alcanzado a dirigir en la actualidad las mismas secciones en que ingresaron en tiempo algo remoto, como simples aprendices u oficiales”³². Esto servía para disciplinar al conjunto de los trabajadores, mostrando que existían “carreras abiertas” al ascenso y los talentos al valorar la continuidad en el trabajo a la hora de nombrar capataces y efectuar ascensos. Para el empleo de los operarios rasos o con cierta calificación, sin embargo, debían de haber tenido que recurrir a métodos masivos de contratación, puesto que, como es evidente, por cada obrero que “ascendía” a capataz, eran muchos los que permanecían como operarios. Sin embargo, esto no funcionaba en todos los niveles de la fábrica. En ciertas dependencias de la fábrica y para tareas especializadas se había requerido el trabajo y la dirección de especialistas europeos, como era el caso de François Lavigne, un exquisito confitero francés contratado para la elaboración de dulces³³.

Tenemos referencia de la existencia de una bolsa de trabajo administrada por la Asociación del Trabajo, una poderosa corporación patronal surgida al calor de los conflictos de 1918³⁴, en la que participaron todas las grandes fábricas del rubro. Desde junio de 1919, esta organización se encargó de colocar obreros, publicando en cada número de su Boletín los movimientos y colocaciones, de modo que la bolsa de trabajo “sirva en la mejor forma los intereses del comercio y de la industria, afiliados a la Asociación”³⁵. Es decir, estas bolsas de trabajo eran una poderosa forma de llevar registro y así individualizar a los obreros “disruptivos”, y de romper los monopolios

³² *Ibid.*

³³ Manacorda (1947); Azzi y De Titto (2008).

³⁴ La Asociación del Trabajo fue una organización patronal fundada en 1918, cuya razón de ser inicial fue la defensa del “trabajo libre” en el contexto huelguístico, y que consecuentemente se desarrolló en espejo al movimiento obrero (Rapalo 2012, p. 58). Esta organización mantuvo estrechos vínculos con la Liga Patriótica Argentina.

³⁵ *Boletín de Servicios de la Asociación del Trabajo*, 20 de marzo de 1920, n°4, p. 10.

sindicales de las formas de contratación, en caso que existieran. La confección de listas negras y el control del acceso al empleo fueron formas de accionar habituales de esta organización, así como la provisión de rompehuelgas en caso de conflictos³⁶. Las fábricas grandes y medianas del rubro que estudiamos formaron parte de esta asociación, y se valieron de la bolsa de trabajo para obtener empleados. Como hemos podido ver, las diversas políticas de contratación de mano de obra no se orientaron únicamente a satisfacer la provisión de operarios para el trabajo en las fábricas, sino que además buscaron que esta mano de obra fuera barata, dócil, disciplinada y controlada. Es decir, buscaron también garantizar la paz social. Si bien una y otra son dimensiones interrelacionadas, trataremos de abstraer ahora aquellos aspectos vinculados a la construcción de la disciplina laboral en las fábricas.

Construcción de la disciplina laboral

Cuando hablamos del empleo de mujeres y menores en la industria, señalamos que una de las razones para su ocupación eran los bajos salarios que percibían. Pero además, uno de los motivos principales que los empresarios daban para la contratación de mujeres y niños en la industria era, luego de los bajos salarios, su “docilidad y obediencia”³⁷. De esto se deriva que los empresarios consideraban que mujeres y niños eran menos proclives a las huelgas y conflictos. Sin embargo, numerosos estudios desde el campo de la historia de las mujeres y los estudios de género han mostrado, por el contrario, que las mujeres (e incluso algunos niños, aunque los estudios en esta dirección son escasos) han participado masivamente en movimientos huelguísticos y conflictos, sosteniendo huelgas, piquetes y medidas de lucha³⁸. Pero estos mismos estudios han indicado que el liderazgo femenino en los conflictos fue escaso, siendo hegemonizado por varones, quienes a su vez ocuparon los espacios de dirección en los sindicatos, configurándose éstos como espacios esencialmente masculinos. Creemos que este diagnóstico se aplica también a niños y niñas.

Por esto mismo, la representación patronal de la “docilidad y obediencia” de mujeres y niños debe ser complejizada. Si damos por hecho que estos caracteres no estaban anclados por la naturaleza en los “cuerpos dóciles” femeninos e infantiles, debemos pensar en cambio en la

³⁶ Rapalo (2012).

³⁷ Suriano (1990), p. 260.

³⁸ Entre otras, véase Lobato (2007); Palermo (2007); Acha y D’Antonio (2000).

“construcción” de los mismos, y matizar representaciones sobre estos cuerpos a partir de un contraste con las prácticas.

Así, desde las patronales se emprendieron distintas medidas para “construir” la disciplina en las fábricas. En primer lugar debe destacarse para el período, como hemos mencionado, el empleo de castigos corporales sobre los menores, factor que debía colaborar a su “docilidad”, y al mismo tiempo muestra que esta no era “natural”, sino construida: si los niños necesitaban ser castigados, debemos suponer que no debían ser tan “dóciles” y “obedientes”. Estas medidas disciplinares, atestiguados para el caso de Saint³⁹, no debían ser infrecuentes en otros establecimientos en los que se empleaba niños. Por otro lado, la condición del trabajo “forzado” de los niños enviados a trabajar por las defensorías a esta fábrica sin dudas buscaba incentivar la disciplina. Se trata del extremo de una política de empleo de mano de obra que privilegió, en las primeras décadas del siglo, al trabajo infantil. Asimismo, como puede observarse en numerosas fotografías del periodo, el trabajo de los menores siempre se llevaba a cabo bajo la estricta vigilancia de adultos capataces, quienes eran los encargados de garantizar la estricta disciplina de los menores.

Esta tendencia al empleo de infantes, como vimos, se había revertido en los años '20 y '30. Por esos años, florecieron una serie de iniciativas “sociales” por parte de los patrones, orientadas particularmente hacia las obreras, entre las que se destacan las “Escuelas para obreras” en las fábricas impulsadas por los mismos industriales, como en el caso de Águila-Saint⁴⁰, o por la Liga Patriótica Argentina, con la cooperación de las fábricas. Allí, se les enseñaba a las obreras, entre otras cosas, puntualidad, higiene y disciplina, a través de materias como “Deberes con respecto al cuerpo. Deberes con respecto al alma”⁴¹. A su vez, en el reglamento de las escuelas de la Liga Patriótica, se listaban los “Deberes de las alumnas”:

- 1° - La asistencia regular a la Escuela y la puntualidad constituyen principios de una disciplina inquebrantable.
- 2° - El aseo en la persona, en su vestir y en sus útiles debe ser perfecto.
- 3° - Es un deber inexcusable el aparecer respetuosos y obedientes a sus maestras, tolerantes con sus compañeras y dignas en todos los momentos.
- 4° - Es un deber velar por el nombre y el prestigio de la Escuela dentro y fuera del local en que funcione y la conservación de sus muebles, útiles, etc.

³⁹ Marotta (1960), p. 182.

⁴⁰ *Boletín de Servicios de la Asociación del Trabajo*, 05 de junio de 1922, n°57, p. 227-228.

⁴¹ Liga Patriótica Argentina, Comisión de Señoritas, *Memoria de 10 Escuelas Obreras, 1924-Mayo-1925*. Buenos Aires, pp. 45-46.

Como vemos, en estas escuelas, además de contenidos básicos de alfabetización y aritmética, y junto con la educación patriótica y religiosa, se buscaba inculcar en las obreras disposiciones corporales de disciplina, hábitos de aseo, de sumisión y obediencia a la autoridad, de puntualidad. Todos estos valores eran cruciales para los patrones, y por ello mismo impulsaron o facilitaron la instalación de estas escuelas en sus fábricas cediendo las locaciones para aulas, así como materiales y útiles para sostener las instituciones.

Este tipo de iniciativas, difundidas en la década del '20, respondían sin dudas al fuerte periodo de conflictividad vivido por la industria en el contexto huelguístico de los años 1918-1919. Un informe de la Asociación del Trabajo sobre la Federación de Obreros en Dulce señalaba que “en 1919 esta organización que estaba adherida a la federación sindicalista logró organizar a todos los obreros de los establecimientos de esa industria y algunas huelgas victoriosas los colocó en primera fila. Si rápida fue la ascensión, el descenso no le fue en zaga. Intemperancias de sus dirigentes que por cualquier nimiedad planteaba conflictos al patrono, desbandó a los asociados que rápidamente perdieron casi todas las conquistas. Sus efectivos apenas suman hoy unos 600 afiliados en su mayoría mujeres y menores no tiene secciones y es el único sindicato de esa industria”⁴³. De este breve informe puede deducirse que los patrones atribuían la etapa de crecimiento y conflictividad a la presencia de dirigente varones, anarquistas. En cambio, en el momento de escritura del informe, cuando la actividad del sindicato se hallaba en retroceso, señalaban que su composición era mayormente femenina e infantil, dando a entender sin explicitar la causalidad, que allí radicaba la causa del quietismo del mismo. En última instancia, podemos inferir de este informe que, aunque la dirección haya sido masculina, mujeres y niños se afiliaron de forma importante al sindicato. Sin embargo, los patrones evaluaban a las mujeres y a los niños de forma diferente a los varones. Estos eran “recuperables”, y se podía influir sobre ellos a través, por ejemplo, de la acción pedagógica. Estas influencias debían ser las de los mismos empresarios o, en su lugar, la Liga Patriótica Argentina. *La Concordia*, periódico editado por la Asociación del Trabajo dirigido a predicar la paz social en las fábricas, se repartió asiduamente en las fábricas que estudiamos⁴⁴.

⁴² *Ibid.*, p. 50.

⁴³ “EL MOVIMIENTO OBRERO: Un estudio sobre las organizaciones de resistencia”, *Boletín de Servicios de la Asociación del Trabajo*, 05 de marzo de 1922, n°51, pp. 70-71.

⁴⁴ *Boletín de Servicios de la Asociación del Trabajo*, 20 de abril de 1920, n°6, pp. 15-18.

Balanceando estas breves consideraciones, podríamos concluir que, si mujeres y niños no fueron pasivos, si fueron considerados en cambio cuerpos “débiles”, en una evaluación donde los caracteres físicos parecían deslizarse hacia los morales, como fue frecuente en la época. Así, esta debilidad los hacía, en las concepciones de estos actores, más permeables a las influencias. El florecimiento de instituciones disciplinares como las escuelas de fábrica dirigidas a las mujeres en la década del '20 debe vincularse entonces a estas concepciones imperantes sobre las mujeres, y a su vez, en la necesidad de “disciplinar” unos cuerpos que se habían mostrado “indisciplinados” en el contexto conflictivo de 1918-1922.

Durante los años álgidos del conflicto, las empresas recurrieron a las organizaciones patronales para implementar medidas represivas. Nos referimos a la Liga Patriótica Argentina y a la Asociación del Trabajo. Estas organizaciones se encargaron de proveer rompehuelgas, organizar lockout patronales e incluso reprimir en caso de conflictos, como ha sido ampliamente estudiado⁴⁵.

Entrada la década del '20, luego de los fuertes conflictos de los años 1918-1922, la acción “paternalista” o “social” de las fábricas comenzó a difundirse, y las escuelas para obreras no fueron, las únicas medidas emprendidas por los patrones. En 1920, se había conformado e incorporado a la Asociación del Trabajo la Federación de Agrupaciones Gremiales de Fabricantes de Chocolates, Caramelos, Bombones, Dulces, Galletitas, Tostadores de Café y demás productos similares, que incluía a los Fabricantes de chocolate (dirigidos por Emilio Saint y Daniel Bassi), los Tostadores de café (P. Bidondo y P. Robertie), Fabricantes de galletitas y bizcochos (Sr. Bagley y Sr. Atilio A. Carpinacci), y de la que formaron parte también Noel, Terrabusi y Paulista, entre otras.

La Asociación del Trabajo, como así también la UIA⁴⁶, buscaba difundir entre sus miembros distintas medidas para garantizar la paz social. En uno de los primeros números de su boletín, instaba enfáticamente a los patrones a emprender “obras de mejoramiento industrial a que los trabajadores tienen legítimo derecho”⁴⁷. Señalaban que esto era necesario para alejar a los trabajadores de los “profesionales de la revolución” y mantener la paz y el orden necesarios para el desenvolvimiento fecundo de las industrias, puesto que las huelgas y los conflictos en el trabajo costaban dinero, “muchísimo dinero”, y en cambio “la paz en el trabajo es dinero en caja”.

⁴⁵ Rapalo (2012); McGee Deutsch (2003); Lvovich (2003); Caterina (1995); Ospital (1994); Rock (1977).

⁴⁶ Rocchi (2000), p. 171.

⁴⁷ “Las obras de mejoramiento industrial”, *Boletín de Servicios de la Asociación del Trabajo*, 05 de marzo de 1920, n° 3, p. 24.

Para ello llamaban a retomar las recomendaciones de los técnicos sociales norteamericanos y sus medidas de “*industrial betterment*”, puesto que “el dinero invertido en mejoras a los obreros (...) es una de las inversiones más productivas. (...) Los tres objetos principales deben ser la salud, la moral y la educación”⁴⁸. Para ello, listaban una serie de medidas exitosas emprendidas por los industriales norteamericanos:

Higiene: 1 ventilación, calefacción e iluminación convenientes de los talleres. 2 Aparatos protectores contra los accidentes y el incendio. 3 Examen médico al ingresar. 4 ídem. id. anual. 5 Lavabos. 6 Baños y duchas. 7 Salas de descanso. 8 Gimnasios. 9 Terrenos de deportes. 10 Comedores. 11 Roperos. 12 Clínicas de socorros. 13 ídem especiales (óptica, dentales, etc.) 14 Licencias por enfermedad, con sueldo. 15 Enfermeras a domicilio. 16 Hospitalización. 17 Lucha antituberculosa.

Alojamiento: 18 Venta de casas baratas. 19 Alquiler de ídem. 20 Casas de huéspedes. 21 Préstamos para construcción de casas.

Previsión: 22 Seguros de enfermedad. 23 ídem de vida. 24 ídem de vejez. 25 ídem de invalidez. 26 Cajas de ahorro. 27 Suscripción de acciones de la empresa. 28 Cooperativas de consumos.

Educación: Clases de aprendizaje. 30 ídem de perfeccionamiento profesional. 31 ídem de instrucción general. 32 Bibliotecas. 33 Conferencias.

Recreo: 34 Salones de recreo. 35 Sociedades de recreo. 36 Excursiones. 37 Fiestas y conciertos.

Varias: 33 Cuidado de las familias. 39 Préstamos. 40 Vacaciones con sueldo. 41 Participación de los beneficios. 42 Primas.

No deseamos entrar a la justificación de estas obras aduciendo argumentos de índole moral y social que las apoyan de manera definitiva. Nos limitamos a las razones de orden puramente comercial: la paz en el trabajo es dinero contante; cumple a los industriales asegurarla por todos los medios⁴⁹.

En sintonía con esto, comenzaron a publicar algunos casos ejemplares de obras sociales emprendidas por patronos miembros de la asociación, iniciando la sección con el caso de la fábrica de Saint. Esta emprendía obras de mejoramiento obrero exclusivamente financiadas por la fábrica. Como ya mencionamos, funcionaba en la fábrica una escuela para 100 obreras. En el aula se daban cursos de bordado, corte y confección y francés por profesoras especialmente costeadas por la casa, en horas de descanso. Había también una biblioteca espaciosa con 1000 volúmenes diversos entre

⁴⁸ *Ibid.*, p. 25.

⁴⁹ “Las obras de mejoramiento industrial”, *Boletín de Servicios de la Asociación del Trabajo*, 05 de marzo de 1920, n° 3, p. 25.

los que prevalecían las novelas, con su salón de lectura, destinado al recreo de las obreras en las horas de almuerzo, para mantenerlas alejadas de la calle y sus “peligro”. Por último, la empresa sostenía comedores económicos. Estos funcionaban en un amplio local de contiguo a la fábrica, donde habían destinado cuatro salones para comedores económicos de los obreros, dos para hombres y dos para mujeres. Las paredes de los mismos estaban adornadas con carteles con leyendas educativas, sentencias de educación moral, recomendaciones de mutuo respeto, e incluso indicaciones sobre la forma de presentar cualquier queja relativa al servicio. En el local se cuidaba la higiene, y era administrado por un empleado que lo hacía “desinteresadamente y en horas de descanso”; es decir, sin percibir un salario. Se servían allí comidas baratas, de “abundancia y buena calidad”, y el número de comensales de ambos sexos oscilaba entre 150 a 200 diariamente, cantidad que equivalía 20 % del total de los obreros de la fábrica.

Por otro lado, Águila sostenía en colaboración con los obreros una mutual que había fundado en la década del '10. Señalaba el informe que la participación de los señores Saint Hnos. era más material que directriz, ya que aportaban una suma igual a la total pagada por los obreros en conjunto. El directorio se componía de nueve miembros, tres de los cuales correspondían a la empresa. Formaban parte de la mutualidad de la casa todos los obreros, en un número que oscilaba de 1000 a 1200. La contribución de éstos estaba prefijada en los Estatutos: \$ 1.50 mensuales cada socio o socia activo (independientemente de sus salarios, lo cual hacía el gasto más oneroso para las obreras), y \$ 1 m|n. cada socio menor de 18 años. Los beneficios de esta mutualidad eran la asistencia médica en consultorio y a domicilio, el suministro de medicamentos, servicio dental, hospitalización de enfermos en el Sanatorio Lavalle, baños gratuitos en el establecimiento Lacroze, suministro de aparatos ortopédicos, suministro de aparatos ópticos, gastos de entierro, subsidio a conscriptos, subsidios pecuniarios periódicos y subsidios de fallecimiento”⁵⁰.

La Asociación del Trabajo recomendaba enfáticamente imitar la labor de “acción social” emprendida por los hermanos Saint, como un vehículo para mantener a los trabajadores satisfechos y evitar nuevos conflictos huelguísticos. Como vimos, las escuelas para obreras fueron frecuentes en todas las fábricas de la mano de la Liga Patriótica Argentina, como fue el caso de Bagley, Canale y Noel. La gerencia de Bagley había instalado también, en colaboración con la labor educativa de la escuela para obreras y obreros instalada en su fábrica por la Liga Patriótica Argentina, una

⁵⁰ *Boletín de Servicios de la Asociación del Trabajo*, 05 de junio de 1922, n°57, pp. 227-228.

Biblioteca con 400 libros⁵¹. La mayoría de estas fábricas, a su vez, contaban con algún tipo de seguro contra accidentes ya desde antes de la legislación de seguros contra accidentes de 1915⁵².

Es difícil ponderar el éxito de estas medidas, ya que esto sólo puede hacerse a partir de un pormenorizado análisis de las acciones y organizaciones obreras, lo cual excede con mucho el presente trabajo. Sin embargo, parece claro que las iniciativas de tipo “paternalistas” fueron introducidas luego del periodo represivo de la coyuntura huelguística. El viraje en la política de la casa Saint, desde el trabajo forzado y los castigos corporales empleados en las primeras décadas del siglo, hacia las medidas sociales como las escuelas, así parece atestiguarlo. Por esto mismo, no parece acertado para estas industrias extrapolar las ideas del “paternalismo” industrial hacia los inicios de la industrialización⁵³. Por el contrario, estas emergieron en la década del '20.

Algunas reflexiones provisorias

A lo largo de este trabajo hemos abordado tres aspectos del accionar empresario en las fábricas de dulces, galletitas y chocolates más importantes de la ciudad de Buenos Aires durante el periodo estudiado, tendientes a garantizar el buen desarrollo de las industrias. Comenzamos repasando brevemente el proceso de trabajo en las mismas, destacando que se componía de dos tapas diferenciadas. Una primera, intensiva en maquinarias; y la segunda, que requería del empleo de profusa mano de obra. Vinculado a esto, nos adentramos en las políticas de contratación de mano de obra, señalando que para las primeras tareas se había priorizado el empleo de varones adultos, mientras que para las segundas se habían contratado niños y mujeres, siendo los primeros gradualmente reemplazados por las segundas en la década del '20. Los métodos de contratación habían sido variados, y abarcaban desde el trabajo cuasi-forzado de menores, hasta el empleo de familiares y conocidos para las tareas de responsabilidad, o la contratación de técnicos extranjeros. A partir del contexto huelguístico de 1918-1922, se había recurrido a las bolsas de trabajo patronales. El tercer aspecto abordado, vinculado al anterior, fue la

⁵¹ *Memoria de 10 Escuelas Obreras, 1924-Mayo-1925*, Liga Patriótica Argentina, Comisión de Señoritas, Buenos Aires.

⁵² “Condiciones de trabajo en la ciudad de Buenos Aires, “Fábricas de dulces, chocolates y bombones””, *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, 31 de diciembre de 1913, n°25, pp. 805-806.

⁵³ Fernando Rocchi (2000) plantea que estas empresas habían sido paternalistas desde sus inicios. Sin embargo, no encontramos indicios de este tipo de políticas previo a la década del '20.

construcción de la disciplina laboral. Si en una primera etapa ésta había estado signada por la vigilancia y el control, durante el contexto huelguístico se había intensificado su carácter represivo, para luego adoptarse medidas de “bienestar social” tendientes a evitar futuros conflictos.

Si bien cada fábrica presenta rasgos variados y diferenciados, en líneas generales puede observarse que el accionar empresarial fue creativo y variado, fue modificándose de acuerdo a los cambios en la tecnología, en la legislación laboral, la valoración social de la infancia, y en relación también al accionar del movimiento obrero. Esto nos permitió descartar caracterizaciones generales como las del “paternalismo industrial”, mostrando que los empresarios cambiaron sus estrategias e función de las distintas necesidades y momentos históricos.

Si bien se trata de un primer abordaje al problema, consideramos que estas reflexiones provisorias pueden servir como punto de partida para futuras pesquisas y reflexiones, que deben ser complejizadas a partir de un análisis pormenorizado del accionar colectivo de los trabajadores y las trabajadoras en las fábricas.

Bibliografía

Aversa, María Marta (2006); “Infancia abandonada y delincuente. De la tutela provisoria al patronato público (1910-1931)”, en Daniel Lvovich y Juan Suriano (comps.); *Las políticas sociales en perspectiva histórica 1870-1952*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 89-108.

Azzi, María Susana y De Titto, Ricardo (2008); *Pioneros de la industria argentina*, Buenos Aires, El Ateneo.

Barrancos, Dora (2001); “La Vida Cotidiana”, en Mirta Z. Lobato (ed.); *Nueva Historia Argentina. El Progreso, La Modernización y Sus Límites (1880-1916)*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 553-601.

Caterina, Luis María (1995); *La Liga Patriótica Argentina: un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del veinte*, Buenos Aires, Corregidor.

Cosse, Isabella (2005); “La infancia en los años treinta”, *Todo Es Historia*, n° 457, pp. 48-57.

D’Antonio, Débora y Acha, Omar (2000); “La clase obrera “invisible”: imágenes y participación sindical de las obreras a mediados de la década de 1930 en Argentina”, en Paula Halperin y Omar Acha (coords.); *Cuerpos, géneros e identidades*, Buenos Aires, Signo, pp. 229-266.

Díaz Alejandro, Carlos F. (1983); *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu.

Dorfman, Adolfo (1942); *Historia de la industria Argentina*, Buenos Aires, Losada.

Freidenraij, Claudia (2012); “Por los vericuetos de una incipiente justicia de menores. Abandono, delincuencia y derechos de corrección en torno al caso de Manuel Sicard (Buenos Aires, ‘1880)”, Jornadas Policía, justicia y sociedad en la Argentina Moderna, Universidad de San Andrés, Septiembre de 2012

Helguera, Dimas (1893); *La producción Argentina en 1892*, Buenos Aires, Goyoaga y Cía.

Lobato, Mirta Zaida (2007); *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires, Edhasa.

Lvovich, Daniel (2003); *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara, Grupo Zeta.

Manacorda, Telmo (1947); *La gesta callada. Biografía de una industria*, Buenos Aires, Peuser.

Marotta, Sebastián (1960); *El movimiento sindical argentino: su génesis y desarrollo, Tomo 1, Periodo: 1857 – 1907*, Buenos Aires, Lacio.

McGee Deutsch, Sandra (2003); *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932: la Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Ospital, María Silvia (1994); *Inmigración y nacionalismo: la Liga Patriótica y la Asociación del Trabajo (1910-1930)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Otero, Hernán (2006); *Estadística y nación: una historia conceptual del pensamiento censal de la Argentina moderna, 1869-1914*, Buenos Aires, Prometeo.

Otero, Hernán (2007); “Censos antiguos: 1869, 1895, 1914, 1947”, en Susana Torrado (ed.); *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo*

centenario: una historia social del siglo XX. Buenos Aires, Edhasa, Secretaría de Cultura de la Nación, pp. 187-214.

Pagani, Estela, y Alcaraz; María Victoria (1991); *Mercado laboral del menor (1900-1940)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Palermo, Silvana (2007); “¿Trabajo masculino, protesta femenina? La participación de la mujer en la gran huelga ferroviaria de 1917”, en María Celia Bravo, Fernanda Gil Lozano y Valeria Pita (comps.); *Historias de luchas, resistencias y representaciones: Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*, Tucumán, Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán, pp. 91-121.

Panettieri, José (1984); *Las primeras leyes obreras*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Queirolo, Graciela (2010); “Las mujeres y los niños en el mercado de trabajo urbano (Buenos Aires, 1890-1940)”, en Héctor Recalde; *Señoras, universitarias y mujeres (1910-2010): la cuestión femenina entre el centenario y el bicentenario de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario.

Rapalo, María Ester (2012); *Patrones y obreros: la ofensiva de la clase propietaria, 1918-1930*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Rocchi, Fernando (2006); *Chimneys in the desert. Industrialization in Argentina during the export boom years, 1870-1930*, California, Stanford University.

Rocchi, Fernando (2000); “Un largo camino a casa: Empresarios, trabajadores e identidad industrial en la Argentina, 1880-1930”, en Juan Suriano (comp.); *La Cuestión Social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena, pp. 159-190.

Rock, David (1977); *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu.

Ruibal, Beatriz (1990); “El control social y la Policía de Buenos Aires. Buenos Aires 1880-1920”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, N° 2, Buenos Aires, pp. 75-90. Disponible on-line en: http://ravignanidigital.com.ar/bol_ravig/n02/n02a04.pdf

Scheinkman, Ludmila (2013); “Segmentación espacial, segmentación laboral. Un análisis del proceso de trabajo en las industrias de dulces, galletitas y afines porteñas a principios del siglo XX.”, *Cuartas Jornadas de Historia de la Industria y de los Servicios*.

Schvarzer, Jorge (1983); “La implantación industrial”, en José Luis Romero y Luis Alberto Romero (eds.); *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Abril, pp. 223-240.

Suriano, Juan (1990); “Niños trabajadores. Una aproximación al trabajo infantil en la industria porteña de comienzos de siglo”, Diego Armus (ed.); *Mundo urbano y cultura popular : estudios de historia social argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 251-280.

Villanueva, Javier (1972); “El origen de la industrialización Argentina”, *Desarrollo Económico*, Octubre–Diciembre, vol. 12, nro. 47, octubre-diciembre, pp. 451–476.

Zapiola, María Carolina (2009); “Los niños entre la escuela, el taller y la calle. Buenos Aires, 1884-1915”, *Cadernos De Pesquisa*, vol. 39, nro. 136, Janeiro/Abril, pp. 69-81.

Post bellum

La Revista de Economía Argentina y los inicios del “industrialismo”

Marcelo Rougier y Juan Odisio

Introducción

Las investigaciones acerca de la “naturaleza y causas de la riqueza de las naciones” -y en particular sobre el “atraso” económico y social- han estado ligadas muchas veces a las dificultades de los países para conformar una estructura productiva con destacada presencia manufacturera. De hecho, la industrialización ha constituido un tema recurrente y central en la literatura sobre el desarrollo económico. Esa trayectoria conceptual se fue definiendo con mayor claridad desde la segunda mitad del siglo XIX, cuando la división internacional del trabajo y la dinámica institucional pareció determinar qué países tendrían la capacidad de aprovechar las oportunidades que se abrían, punto de partida de gran parte de la desigualdad mundial que se consolidó en las décadas siguientes y hasta hoy día. Salvo pocos y excepcionales casos, los países “exitosos” son aquellos que lograron avanzar en el proceso de industrialización y cambio tecnológico y, en contrapartida, quienes no lo consiguieron perduran en horizontes de pobreza y bajo desarrollo.

La importancia de las actividades manufactureras en el crecimiento económico es indudable, y ha animado grandes controversias, desarrollos teóricos y propuestas de políticas específicas a nivel mundial desde tiempos remotos. También es posible rastrear esas recurrentes discusiones en la Argentina, incluso desde una época anterior a su independencia. En efecto, con distintos énfasis y valoraciones -asociados a la situación socioeconómica del país en cada momento histórico como a particulares “climas de época”- el tema ha resurgido de manera prácticamente constante en la arena pública en distintas ocasiones, pero siempre revelándose preeminente. La disputa en torno a la necesidad de favorecer (o no) un mayor avance y peso de la industria local ha atravesado los dos siglos de historia argentina, enlazando los distintos momentos en torno a esta problemática común y distinguiéndolos a su vez, mediante particulares matices.

Este texto aborda, para un periodo acotado pero significativo, dos cuestiones vinculadas y claramente diferenciables: por un lado las definiciones que, a partir de saberes específicos, se realizaron sobre el sector manufacturero y por otro, el proceso por el cual esas elaboraciones conceptuales se desplegaron sobre la sociedad, legitimando y

problematizando distintos mecanismos de política económica, generando, en consecuencia, novedosas expresiones de adaptación o rechazo frente a esas acciones. La hipótesis general de la que partimos señala que los cambios en las conceptualizaciones respecto al sector industrial se produjeron no sólo como resultado de cambios ideológicos en las grandes narrativas y cosmovisiones, sino también a partir de saberes específicos confrontados entre sí y con la realidad social.

Específicamente, proponemos en este trabajo estudiar distintas ideas, lecturas y propuestas que discurrieron sobre la industria argentina en el lapso que va del estallido de la primera guerra mundial hasta el umbral de la crisis de 1929. En esa etapa se fueron forjando nuevas opiniones acerca del desarrollo argentino y sus posibilidades, las que formuladas por distintos actores (cientistas sociales, políticos, militares o formadores de opinión) involucraban una determinada apreciación sobre el lugar que le correspondía a las manufacturas en ese proceso. De este modo, esperamos arribar a una interpretación integradora del campo intelectual de la primera posguerra, vinculado no sólo a los problemas de la industria nacional sino del panorama más amplio de la economía y el desarrollo en esos años. En primera instancia, puede señalarse que parte no menor de las propuestas difundidas localmente tenía un correlato —cuando no una filiación directa— con ideas desarrolladas provenientes de otras latitudes. Por ello, además de exponer los elementos centrales de cada postura será necesario contextualizar las intervenciones en el universo de los planteos económicos del período, tanto en el país como en el exterior. Asimismo, procuraremos establecer el sentido detrás de cada argumento tomando en consideración tanto la estructura y problemas de la economía nacional como en relación a las definiciones de política económica. Como veremos, por lo general las intervenciones fueron surgiendo como respuesta (o impugnación) hacia las medidas vigentes, o bien se pretendían establecer como opciones para lineamientos diferentes.

Particularmente, creemos que las ideas que Alejandro Bunge y sus colaboradores comenzaron a desarrollar en la inmediata posguerra desde las páginas de la “Revista de Economía Argentina” pusieron los cimientos de un campo de controversia y discusión más complejo que el entonces existente acerca de la cuestión industrial. Abreviar en estos escritos, como en los de otros intelectuales y actores políticos de la época, así como en publicaciones académicas y de las agremiaciones empresariales durante aquellos años cobra relevancia, por un lado, para lograr una imagen más acabada de las ideas sobre el desarrollo económico, los problemas de la dinámica agroexportadora, las limitaciones del esquema de regulación macroeconómica y las alternativas de la industria, nuestro principal foco de

atención. Por otro, y quizás más significativamente, porque estas publicaciones serán las principales protagonistas del inicio de un debate sobre las estrategias de desarrollo y las políticas económicas asociadas que se instalaría por décadas, cubriendo entre sus principales temas el papel del mercado interno y de la industria manufacturera, la intervención del Estado, entre otros; verdaderos “nudos gordianos”, según la atinada expresión de Juan Llach, que acompañarán los avatares y disquisiciones de la sociedad argentina incluso hasta nuestros días.¹

El panorama de la posguerra

El período que se abre con la guerra mundial de 1914 anuncia una serie de transformaciones significativas en la dinámica de la economía argentina. El ingreso de capitales y de mano de obra, dos de los factores clave que habían permitido el “éxito” del modelo basado en la expansión de la producción primaria exportable al menos desde la década de 1880, se detuvo (lo que implicó, además, el abandono del régimen de patrón oro, predominante hasta entonces y el dislocamiento de los mercados cambiarios). Estas restricciones constituían un duro golpe a una economía extremadamente vulnerable y dependiente del contexto internacional. Pero además el conflicto bélico provocó un fuerte impacto sobre el comercio exterior, afectado por la restricción de la oferta de manufacturas y de bodegas para el tráfico de ultramar: si bien las exportaciones de cereales y de carne tenían gran demanda en esas complicadas circunstancias, también es cierto que la escasez de buques y los peligros añadidos en los mares por las flotas en conflicto terminaron por perjudicar la exportación de trigo a Europa, aunque por distancias con los productores competidores la producción y ventas de carne se incrementaron notablemente, y habrían de provocar una crisis en el sector frigorífico poco después de la salida de la guerra.

El panorama en el sector industrial resultó aún más complejo, aunque también dual: las dificultades para proveerse de insumos clave y combustibles, y eventualmente maquinarias para sostener o ampliar el ritmo productivo, afectó a numerosas industrias, especialmente a las más pequeñas y aquellos rubros que, como el metalúrgico, sólo podían desarrollarse en tanto pudieran obtenerse del exterior las materias primas esenciales. Con todo, otras actividades -como textiles o de alimentos-, tuvieron relativa expansión al disponer localmente de insumos y gozar de una “protección de hecho” dada la imposibilidad de los países centrales de

¹ Llach (1985), p. 11.

abastecer regularmente el mercado.² En su conjunto, el sector industrial retrocedió durante los años del conflicto, acompañando el nivel de actividad general. Otro hecho negativo derivado de las alteraciones generadas por la guerra fue el incremento de los precios en el mercado internacional que se trasladó como “inflación importada” al mercado local, con una pérdida significativa del salario real de los trabajadores y el agravamiento de las condiciones de vida de las familias obreras, que pronto se tradujo en numerosos conflictos sociales. El incremento de los precios de los bienes importados también repercutió en la recaudación aduanera (por la diferencia entre los precios reales y sobre los que se aplicaban las tasas), que cayó por ese entonces y provocó un importante debate en los años siguientes.

Concluida la PGM, el comercio internacional se recobró pero con fuertes altibajos, en particular el de los bienes agropecuarios. Pronto los altos valores de la carne se desplomaron y los cereales tomaron la delantera, aunque predominó una elevada inestabilidad en los volúmenes y precios de las exportaciones, con un sensible deterioro de los términos del intercambio. El flujo de capitales, por su parte, recuperaría el vigor previo, ahora exclusivamente proveniente de los Estados Unidos; pero ese ingreso, si bien alentaba la introducción de máquinas y equipos por parte del país del norte, no implicaba mayores posibilidades de colocación de los productos argentinos como consecuencia de su política comercial, que en cambio continuaron destinándose a Europa.³

El producto se recuperó rápidamente hacia 1919 y la industria logró alcanzar los niveles de preguerra. Durante los siguientes lustros el crecimiento del sector fue enérgico, adquiriendo cada vez mayor peso en el total del producto (superando el 18% hacia 1928-1930). Al interior de las manufacturas, las actividades metalmecánicas y de elaboración de indumentaria incrementaron su participación y nuevos rubros hicieron irrupción a partir de las inversiones de filiales de compañías extranjeras, principalmente estadounidense. La fabricación de productos químicos, farmacéuticos, artículos eléctricos y diversos bienes metálicos cobraron presencia y modernizaron el sector industrial argentino. No obstante, las inversiones foráneas en el tradicional rubro de carne congelada siguieron

² Estudios que abordan la industria en el período son Dorfman (1942), Di Tella y Zymelman (1967), Díaz Alejandro (1975), Jorge (1971), Villanueva (1972), Schvarzer (1996), Rocchi (2005), Gerchunoff y Aguirre (2006). Un estudio historiográfico sobre la industria del período en Regalsky (2011b). Del mismo autor puede consultarse una síntesis de la economía del período en Regalsky (2011a).

³ Sobre la compleja relación comercial establecida en los años veinte véase Fodor y O’Connell (1973) y Rapoport (1988).

siendo significativas. Por otra parte, en muchos casos la producción local no se inició de manera automática con la radicación de la empresa extranjera, sino que se optó primero por importar el bien final o bien armarlo sobre la base de componentes importados, como ocurrió por ejemplo en el rubro automotor. También las importaciones de maquinarias y bienes de inversión crecieron en el período, provocando cierta renovación tecnológica.

Más allá de estos factores, los reajustes de los aranceles (operados en 1920 y 1926) y el cambio de precios relativos de los productos manufacturados y primarios, favorable a los primeros durante buena parte de los años veinte, ampliaron el mercado interno y también estimularon la dinámica expansiva de la producción local una vez que el empuje inicial provocado por la sustitución durante la Guerra se diluyó. Con todo, la modernización del sector tenía límites precisos, vinculados a su carácter dependiente de insumos y maquinarias extranjeras y a una estructura dual donde coexistían grandes empresas, en muchos casos integradas al mercado mundial, con talleres pequeños donde predominaba la producción semi-artesanal. Buena parte de las primeras gozaban de beneficios oligopólicos y tenían limitadas posibilidades de ampliar sus actividades: su expansión horizontal implicaba acceder a mercados donde no tenían esos privilegios y su integración vertical podía generar la pérdida de las ventajas derivadas de sus relaciones con los proveedores de insumos del exterior. Como se verá, los intereses de estos empresarios se expresaron mediante múltiples canales, como a través de las cámaras específicas que los agrupaban y de la Unión Industrial Argentina, que reflejaba las posiciones de los grupos más influyentes a pesar de contar en su seno con una amplia participación de pequeños empresarios.⁴

El clima de ideas en el cambio de siglo

Estas nuevas circunstancias atravesaron a un grupo variado de intelectuales, preocupados por los problemas económico-sociales derivados de la especialización agroexportadora y el devenir de las actividades industriales. Como veremos más abajo, entre ellos habría de destacarse Alejandro Bunge (1880-1943) y el grupo que lo acompañó en la *Revista de Economía Argentina*, fundada en 1918. Sin embargo la denominada “cuestión social” era una inquietud que precedía a Bunge y su emprendimiento. Los reformistas de entresiglo ya venían preocupándose por problemas tales como las condiciones de trabajo y de vida de los sectores populares (relacionados a

⁴ Schvarzer (1991), pp. 46-47.

vivienda y salud) como también por las organizaciones obreras y la forma de encauzar los reclamos y evitar el conflicto social. Se trataba de un conjunto de cuestiones capaces de ser cuantificadas y analizadas a partir de la elaboración de estadísticas y de los instrumentos teóricos de la sociología moderna y la economía. Más en general, una parte no menor de los intelectuales habían comenzado a defender con simpatía la doctrina agnóstica y evolucionista de Spencer, e interpretaban que sus avances en el campo científico debían ser puestos en práctica a través de nuevos instrumentos legales e institucionales.

Esos instrumentos reflejaban la extensión de las actividades estatales y privadas en materia social; de este modo, muchos de ellos se involucraron directamente en la actuación política y la estructura burocrática. Por ejemplo, Joaquín González (1863-1923) fue el redactor del proyecto de Ley Nacional de Trabajo, primer código laboral, en 1904, Augusto Bunge fue director de la sección de Higiene del Departamento Nacional de Higiene, José Ingenieros (1877-1925) estuvo al frente del Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional y José Matienzo (1860-1936) fue el primer encargado del Departamento Nacional del Trabajo, creado en 1907. Por su parte, Tomás Amadeo (1870-1950) fundó el Museo Social Argentino en 1911, un foro dedicado a la investigación y debate de los problemas vinculados a la cuestión social que nucleó a distintas figuras reformistas del mundo intelectual y político de la época.⁵

También entre intelectuales reformistas encontraría eco la evocación de una “nueva economía social”, en línea con los fines y métodos de los economistas de la Escuela Histórica Alemana y el “socialismo de cátedra”.⁶ Esta Escuela fue una corriente iniciada en el siglo XIX que argumentó que el estudio de la historia era la principal fuente de conocimiento sobre las acciones humanas y las cuestiones económicas. Así, se rechazaba la idea de que las “leyes” económicas podían ser tomadas como universalmente válidas. Basados en la obra pionera de Friedrich List (1879-1846), estos autores entendían el desarrollo del conocimiento económico como resultado de estudios empíricos e históricos rigurosos. Consideraban que la economía política debía rebasar el marco de los fenómenos económicos en su sentido estricto y fundirse con las demás ciencias sociales. Consecuentemente, abordaban estudios sobre la realidad social en toda su complejidad, incluyendo no sólo aspectos económicos sino asimismo políticos, históricos, psicológicos, legales y éticos. Sus principales referentes fueron Wilhelm Roscher (1817-1894), Gustav von Schmoller (1838-1917),

⁵ Pelosi (2000).

⁶ Denominados respectivamente *Kathedersozialisten* (socialistas de cátedra) debido a su condición de profesores universitarios.

Adolph Wagner (1835-1917), Werner Sombart (1863-1941) y Max Weber (1864-1920). La mayoría de los miembros de esta escuela fueron también *Sozialpolitiker* (políticos sociales o “socializantes”), es decir, estaban preocupados por la reforma social y la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, que sufrían los efectos perniciosos de una rápida industrialización. Este desvelo abría la posibilidad de que el Estado tuviera una mayor capacidad de intervención para regular las actividades económicas y sociales.

Por otra parte, además del catolicismo tradicional y del positivismo en sus diferentes manifestaciones, en la Argentina del cambio de siglo tendría también expresión la filosofía del alemán Karl Krause (1781-1832), que prolongaría en el siglo XX el tradicional pensamiento racionalista romántico local. El sistema filosófico ideado por Krause planteaba que la humanidad era un organismo en el que los individuos superaban sus limitaciones y contradicciones a través de la libre asociación, dentro de una concepción armnicista. El Estado, como expresión de la sociedad humana y por tanto dirigido armnicamente al progreso de la humanidad, no podía mantener una posición pasiva. No obstante ello, la intervención estatal estaba, de acuerdo a Krause, sometida a severas restricciones por fuera del ámbito jurídico; la sociedad debía desarrollar por sí misma, en régimen de libre organización, las ciencias, el arte o la industria. El Estado podía tutelar pero no sustituir la libre iniciativa.

En rigor, el krausismo originario sólo proporcionaba un vago enfoque desde donde mirar las cuestiones económicas, pero esa dimensión fue desarrollada fuertemente en las últimas décadas del siglo XIX en España, donde la filosofía de Krause tuvo especial repercusión; en primera instancia mediante la circulación de la obra de sus seguidores en la Universidad de Bruselas, Heinrich Ahrens (1808–1874) y su sucesor en la cátedra de Filosofía, Guillaume Tiberghien (1819-1901). Poco después, una segunda oleada se produjo a partir de la obra de los filósofos Julián Sanz del Río (1814-1869) y Francisco Giner de los Ríos (1839-1915), su discípulo. Especialmente en el ámbito económico, la propagación del krausismo se verificó a través de un grupo de intelectuales de las Universidades de Madrid y Oviedo.⁷ Entre ellos destacaban Gumersindo de Azcárate (1840-1917) y Adolfo Buylla (1850-1927); pero quizás el autor que logró una formulación más acabada de la dimensión económica del krausismo fuese el catedrático madrileño José Piernas Hurtado (1843-1911), mentor de la

⁷ Acerca del krausismo económico español pueden verse los trabajos de Hoyo (2003), Ureña (2001) y Malo Guillén (2005). La difusión de las ideas de Krause en Hispanoamérica seguiría el mismo patrón que el señalado para España; cfr. Gómez Martínez (1982), los aportes recopilados en Fundación Friedrich Ebert (1989) y Stoetzer (1998).

denominada “escuela armónica”. Este economista agrupaba las distintas tendencias económicas en tres grandes sistemas: el individualismo, el socialismo y el “armonismo”, que proponía como alternativa superadora al reconocer en el orden económico la simultaneidad del fin individual y el colectivo.⁸

No se trataba realmente de un nuevo método de elaboración científica sino de la proposición de un enfoque económico sensibilizado con la cuestión social. Si bien esta última concepción lo ligaba inicialmente a los “socialistas de cátedra” alemanes, a quienes reconocía abiertamente como influyentes, más tarde Hurtado matizaría sus ideas respecto a la intervención directa del Estado en el orden industrial (por otra parte, no muy claramente definido).⁹ Para los economistas krausistas, el Estado debía garantizar el cumplimiento del derecho, el libre ejercicio del trabajo y del cambio y la propiedad. En ningún caso debía contribuir directamente a la producción de la riqueza, pero señalando que su acción “no es tan sólo negativa en el sentido de que haya de limitarse a no crear obstáculos y a separar los que nazcan de ataques a la justicia. El Estado no puede ser indiferente para con ninguno de los fines humanos”,¹⁰ Si bien el Estado no debía tener a su cargo la “dirección de la industria” ni la reglamentación del comercio, sí tenía la tarea indelegable de cumplir un orden tutelar, reglamentando ciertas industrias por interés del fisco o por causa de seguridad y salubridad pública, protegiendo a las mujeres y los niños, procurando la garantía de los derechos de inventores y fabricantes, organizando centros consultivos, promoviendo exposiciones o difundiendo la enseñanza técnica. En suma, el papel del Estado era insustituible en el ámbito de las relaciones de producción a través de la política social, entendida como una intervención dirigida a consolidar “la armonía de los intereses y evitar las luchas violentas de las clases sociales, extirpando, en lo posible, las causas de la desigualdad, de la miseria y del malestar”.¹¹ Pero ello debía desarrollarse el accionar estatal siempre guardando de no ahogar la iniciativa individual, sin la cual, para esta corriente, no era posible el trabajo, el ahorro, ni el desarrollo de la producción. En el plano del comercio internacional, los krausistas españoles eran declarados

⁸ Piernas Hurtado (1915 [1877]), pp. 157 y ss. Véanse también sus *Principios elementales de la ciencia económica* de 1903.

⁹ Definía como “industrial” a todos los trabajos materiales, a los que dividía en distintos grupos: industria extractiva, agrícola, pecuaria, manufacturera, locomotiva (vinculada a los transportes), e incluso, mercantil; Piernas Hurtado (1915 [1877]), p. 87.

¹⁰ Piernas Hurtado (1915 [1877]), p. 67.

¹¹ Según la expresión de Adolfo Posada -a quien nos referimos más abajo- citada en Uría (2000), p. 126 y Malo Guillén (2005), p. 62.

librecambistas. Se trataba, en definitiva, de un reformismo social con defensa del libre cambio.¹²

Este florecer del krausismo español y de la concepción de un liberalismo “solidarista”, como alternativa al liberalismo clásico, resultó paralela al desarrollo de la vocación social del positivismo argentino.¹³ Luego de un incipiente proceso de asimilación, hacia el cambio de siglo el krausismo entró en contacto con el positivismo y, al menos en cuanto filosofía política y pedagógica, alcanzó su apogeo en nuestro país para perdurar hasta la crisis de 1930. Como destacó Roig, se trató además de un fenómeno generacional, en tanto sus principales representantes nacieron cerca de 1850 y fallecieron alrededor del año treinta, al igual que los más destacados representantes españoles. Probablemente un papel notable en la difusión de las ideas económicas del krausismo español en la Argentina le corresponda al ovetense Adolfo González Posada (1860-1944), un krausopositivista discípulo de Giner de los Ríos, abocado a temas jurídicos y sociológicos.¹⁴

De hecho, la Universidad de la Plata tenía un programa de intercambio con la de Oviedo, una iniciativa que contó con el beneplácito de Joaquín V. González, fundador de esa Universidad.¹⁵ Resultado de esta apuesta, Posada dio una serie de cursos y conferencias en la Argentina durante el transcurso de 1909.¹⁶ De allí puede desprenderse que el académico estaba familiarizados con los trabajos de los reformistas argentinos; el propio González, Avellaneda y Augusto Bunge, entre otros. Incluso la presencia de Posada suscitó la integración argentina a los organismos internacionales promotores de la reforma social, como la *Association Internationale pour la Protection Légale des Travailleurs* (AIPLT). En efecto, en 1910, el Departamento Nacional del Trabajo (DNT), bajo la dirección de Avellaneda, organizó una reunión con el fin de constituir la Sección Argentina de la AIPLT, en la que estuvieron presentes, además del propio Posada, González, Ingenieros y Alejandro Bunge, entre otros, aunque el

¹² No obstante, inicialmente los economistas españoles habían adoptado una posición intermedia entre proteccionismo y librecambio, de defensa de la libertad de comercio pero a través de un proceso gradual de reformas no traumáticas para la industria nacional. En 1847 esa fue la respuesta de la Revista Económica de Madrid frente a la creación del *zollverein* en Alemania. En cambio, hacia los años setenta la posición favorable al librecambio no tendrá figuras.

¹³ Roig (2006).

¹⁴ Sus ideas pueden verse de manera sintética en Posada (1904).

¹⁵ Zimmermman (1992), p. 551. De hecho, comentarios del código de trabajo de González fueron publicados por el Boletín del Instituto de Reformas Sociales español, dedicado al estudio y preparación de la legislación laboral.

¹⁶ Entre sus numerosas obras, Posada también escribiría en 1912 un ensayo sobre la Argentina.

proyecto finalmente se frustró.¹⁷ Posada haría un segundo viaje a la Argentina a comienzos de los años veinte donde predicaría en la Universidad de Buenos Aires sobre la crisis del viejo pensamiento liberal y el surgimiento de uno nuevo, “amplio y social”, surgido de la transformación jurídica del Estado y de una “noción dinámica de soberanía”, capaz de integrar a las nuevas fuerzas sociales.¹⁸

Entre los krausistas argentinos declarados se encontraban Wenceslao Escalante (1852-1912) y el conservador mendocino Julián Barraquero (1856-1935), un abogado que, según Roig, fue uno de los hombres públicos más activos en el interior argentino ya que “durante más de cincuenta años Barraquero ocupó sin cesar bancas legislativas, ministerios, cargos judiciales, cátedras en colegios secundarios y en universidades”.¹⁹ Escalante, por su parte, doctorado en la Facultad de Derecho en la Universidad de Buenos Aires, ocuparía diversas cátedras de Filosofía y Filosofía del derecho, llegando a ser además vice-rector de la Universidad de Buenos Aires. Paralelamente desarrolló una vasta actuación política: fue director del Banco Hipotecario Nacional y del Banco de la Nación Argentina, legislador, ministro del Interior de Luis Sáenz Peña, en 1893, ministro de Hacienda entre 1897 y 1898 y ministro de Agricultura de Julio Roca, desde 1901 hasta 1904.

Para Escalante el Estado no sólo tiene como función la de preservar el derecho, sino que ha de reconocer la autonomía de todas las esferas de la vida que no pueden ser absorbidas por él y además ha de intervenir, sobre la base del acuerdo previo de los ciudadanos, en la realización de “bienes positivos”.²⁰ Para Escalante los “derechos sociales” tienen, en consecuencia, la misma base que los “individuales”: “es siempre el mismo y eterno derecho”, entendido como “condición para la moralidad”.²¹ En Escalante, el eticismo krausista llevaba necesariamente al “solidarismo”, pero no como “socialismo”, sino como corrección del liberalismo individualista.

La vertiente krausista también cobrará forma y trascendencia en el transcurso del período que particularmente nos ocupa, dominado por la presencia política de Hipólito Yrigoyen (1852-1933), quien ocupó la presidencia de la Nación entre 1916 y 1922, y luego entre 1928 hasta el

¹⁷ Véase Zimmermann (1995), cap. 4 y especialmente (2000) y Pelosi (2005).

¹⁸ Posada (1922). Esta nueva incursión del ovetense en Argentina puede seguirse en Roig (2006), pp. 167 y ss.

¹⁹ Roig (2006), especialmente el capítulo II. Según este autor, Barraquero enseñó Economía Política en colegios secundarios y “seguramente” también desempeñó la cátedra de Economía Política en la Universidad de la Plata.

²⁰ Roig (2006), pp. 38-60.

²¹ Cfr. Escalante (1895).

golpe militar de septiembre de 1930. Al igual que muchos de su generación, Yrigoyen fue un lector profundo de Ahrens y de Tiberghien. Como conductor político, el líder de la Unión Cívica Radical declamó un krausismo difuso a través de cartas, manifiestos, declaraciones, participaciones parlamentarias y mensajes, que constituyen las referencias intelectuales de su acción política.²² Yrigoyen sostenía, al igual que Escalante, una concepción orgánica del Estado. De acuerdo a Falcón, en el pensamiento de Yrigoyen el krausismo actuaría como un verdadero “puente entre el liberalismo más individualista de tendencia kantiana y una etapa de mayor preocupación por lo social. Este puente fue el concepto de solidaridad”.²³ El Estado podía –y debía– entonces intervenir “en la marcha de la vida nacional”, sin que ello implicara salirse del liberalismo; al decir de Roig, “sin quitar a las distintas esferas o personas el poder de la causalidad eficiente que las caracteriza de modo esencial”.²⁴

Más en general, las corrientes de “reformistas liberales” empezarán a reconocer acerbamente los problemas del modelo idealizado por la “generación del 80” y su optimismo asociado a la posibilidad de alcanzar un progreso indefinido; problemas que se harían más notorios con la Guerra Mundial. Se trataba de una relativa vuelta al idealismo en conjunción con una revalorización del sujeto, que tomó caminos disímiles: hacia el oscurantismo autoritario de los nacionalistas de una parte y hacia la ampliación de la libertad y el solidarismo en su vertiente krausista, por la otra.

Entre las figuras principales del nacionalismo destacaron Manuel Gálvez (1882-1962) –cuñado de Alejandro Bunge– y Leopoldo Lugones (1874-

²² El pensamiento del líder del radicalismo puede rastrearse en Yrigoyen (1956 y 1987) y Senado de la Nación (1986). También puede consultarse Del Mazo (1936) y Clementi (1987). Sobre su acción de gobierno véanse, entre otros, Rock (1975), Sabsay y Etchepareborda (1998) y Persello (2004).

²³ Falcón (2000), p. 328. En este sentido, el pensamiento del líder del radicalismo significaba un paso del liberalismo tradicional hacia una nueva forma en la que se entendía a la sociedad como un ente constituido por ciertas estructuras orgánicas. La concepción krausista del estado venía por otra parte a fortificar aquella visión de los “atributos nativos de la nacionalidad”, contraria al “liberalismo individualista”.

²⁴ Estos aspectos del racionalismo armónico podrían rastrearse luego en la gestión como presidente de la Nación, por ejemplo en su política internacional, la defensa de los ferrocarriles estatales o particularmente en el tratamiento de la “cuestión petrolera”. También su concepción se vislumbra en la legislación social propiciadas por el gobierno, por ejemplo mediante la ley de salario mínimo, la ley básica de organización gremial (como antecedente de la ley de conciliación y arbitraje obrero y la ley de contrato colectivo de trabajo), y el proyecto de Código del Trabajo elevado al Congreso Nacional en 1921, cuyo sumario incluyó el establecimiento de la jornada de trabajo, descanso dominical, accidentes de trabajo, seguridad en el trabajo, salario, jubilación de ferroviarios, entre otros.

1938), ambos además partícipes de un movimiento intelectual anclado en el modernismo cultural, que alumbró una renovación notable de la literatura del cambio de siglo.²⁵ De hecho, será Gálvez en *El diario de Gabriel Quiroga*, publicado para el momento de los festejos del Centenario, quien enunciará una serie de argumentos que más tarde cobrarán trascendencia en el seno del pensamiento nacionalista. En ese escrito se conjugaban visiones conservadoras y tradicionalistas del hispanismo tanto como de los ideales nacionalistas que, entre otras cuestiones, reinstalaban la dicotomía Buenos Aires-interior; el primer término identificado con la degradación cosmopolita producto de la masiva inmigración y de las inclinaciones europeizantes de la elite, en tanto que el último era valorado como cuna y expresión de los caudillos, verdaderos portadores de las mejores tradiciones locales.²⁶ Casi al mismo tiempo, también Ricardo Rojas expresaba la idea de que el cosmopolitismo (y por añadidura la inmigración) dañaba las tradiciones y los valores nacionales.²⁷ Lugones ocupará, del mismo modo, un lugar central en la reconstrucción mítica de la nacionalidad, consagrando al gaucho como arquetipo nacional, en contraposición a las “preocupantes” conductas sociales de los inmigrantes.²⁸ Se trataba de la consolidación de un proceso cultural de creación de una identidad nacional por parte de la élite; construcción que es perceptible desde décadas anteriores, cuya expresión más acabada cristalizará durante los años de la guerra y los lustros siguientes.

La Revista de Economía Argentina

Fue este particular clima de ideas -a la vez complejo y rico- el que permeó sus años formativos de Alejandro Bunge, como también sus ideas y acciones al menos hasta los años treinta. Bunge había nacido en una familia de raigambre católica, anclada en la elite social, intelectual y política de la Argentina.²⁹ Creció y se formó al calor de las concepciones positivistas que

²⁵ Las relaciones sociales de la familia de Bunge pueden rastrearse con detalle en los libros de Eduardo José Cárdenas y Carlos Payá (1995 y 1997).

²⁶ Gálvez (1910). Carlos Bunge estaba vinculado a este grupo a partir de la efímera pero influyente revista *Ideas* -dirigida por Gálvez-, y entre sus libros destaca un ensayo de psicología social (Bunge, 1903) en el que describía la “composición racial” de la Argentina y los problemas derivados de las poco beneficiosas influencias españolas, indígenas y negras, tema que también será objeto de estudio y preocupación de Alejandro.

²⁷ Rojas (1909).

²⁸ Al respecto, Lugones publicaría *El payador* en 1916, sobre la base de una serie de conferencias dictadas tres años antes.

²⁹ Su padre Raimundo Octavio fue un abogado liberal, presidente de la Corte Suprema de Justicia desde 1892 hasta su muerte en 1910.

dominaban la escena intelectual de Buenos Aires entre 1890 y 1910. En esos años, florecían las teorías evolucionistas y biológicas, así como los estudios sociológicos y psicológicos que se desarrollaban sobre la base del determinismo de las ciencias naturales, que dejaban pocos espacios a la libertad humana. No obstante, la interpretación de los datos científicos tenía en esa concepción una clara finalidad social.³⁰

Los hermanos mayores de Alejandro fueron exponentes destacados de un clima variado de ideas, pero arraigado en un tronco liberal común: Carlos Octavio (1875-1918), era jurista y llegaría a ser un reconocido filósofo positivista. Augusto (1877-1943) era médico y fue fundador y diputado del Partido Socialista por Buenos Aires, entre 1916 y 1936;³¹ Augusto fue además profesor de Sociología en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, desde su creación en 1913.

Alejandro, quien inicialmente estudió en el Colegio del Salvador - emblema de la educación jesuita de Buenos Aires-, tuvo en su juventud una activa militancia en el catolicismo social; una experiencia que lo sensibilizará frente a las condiciones de vida de los hogares trabajadores, parte sustancial de sus futuras indagaciones. Estos grupos religiosos desarrollaron a través de los Círculos de Obreros Católicos una creciente acción social sobre los trabajadores, con el propósito de neutralizar la efervescente ideología marxista y anarquista.³² Esa trayectoria entroncará con las preocupaciones de los denominados “reformistas liberales”, ubicados en un camino intermedio entre el liberalismo a ultranza y el socialismo a la hora de atender las consecuencias sociales derivadas de la expansión económica (en particular de la inmigración masiva, la urbanización y el crecimiento de las industrias) y, en parte, también con la “reacción antipositivista” de los nacionalistas y los krausistas argentinos.

Como otros intelectuales de su época, Bunge fue un hombre de ciencias, dotado de criterios y de leyes específicas para fundamentar su discurso y su “saber”. En concreto, fue un profundo conocedor del método científico de las ciencias sociales, particularmente de la economía y la sociología. Tras un breve paso por las facultades de Ingeniería y Derecho de la Universidad de

³⁰ Terán (2008), pp. 155-157.

³¹ Se trataba de un socialismo que recogía gozoso el evolucionismo y convivía sin mayores perturbaciones con el pensamiento positivista. Sobre el socialismo argentino véase, entre otros, Camarero y Herrera (2005).

³² Imaz (1974). La Federación de Círculos Católicos de Obreros había sido fundada en 1892 por el sacerdote Federico Grote y era una agrupación con objetivos mutualistas y sindicales, enfrentada al anarquismo y el socialismo en su disputa por representar al movimiento obrero, que se presentaba como “tercer espacio ideológico” frente al socialismo y al liberalismo. Bunge fue su principal asesor, junto a monseñor Miguel D’Andrea (1877-1960) a partir de 1912; cfr. Núñez (2010), p. 163.

Buenos Aires sus estudios se desarrollaron en la Alemania del II Imperio, una experiencia que marcaría su formación como economista.³³ El joven Alejandro recaló en la *Technische Hochschule* de Hainichen, dependiente de la Universidad Real de Sajonia, dónde se graduó de ingeniero electrónico en 1903. Los técnicos universitarios formados por ese entonces -en la Alemania de pleno despliegue manufacturero- compartían la idea de un *Organisierter Kapitalismus*, como organización social opuesta a la asignación azarosa de recursos típica del capitalismo manchesteriano de la primera revolución industrial.³⁴ En esa institución Bunge absorbería el pensamiento y métodos de la por entonces “joven” escuela historicista y de su principal precursor, Friedrich List. Terminados sus estudios, recorrió algunos países europeos y se mostró particularmente interesado por el proceso de industrialización catalán.

Siguiendo estos preceptos, una propuesta temprana de Bunge se refería a la creación de una unión aduanera entre distintos países del sur americano. Pero esta idea también reconocía vastos antecedentes en el pensamiento local; por ejemplo, a mediados de la década de 1880 el ensayista Mariano Pelliza (1837-1902) planteó incluso la alternativa de conformación de una “Federación Social Hispano-Americana”, que debía considerar aranceles uniformes de importación, la unidad monetaria y la libertad de tránsito fluvial, marítimo y terrestre, entre otras consideraciones integracionistas. En los primeros años del siglo XX también fueron presentadas propuestas similares, aunque circunscritas a diferentes países sudamericanos.³⁵ En 1909 Bunge dictó una conferencia en Mannheim ante comerciantes, banqueros, industriales y productores agropecuarios vinculados a la Argentina. Allí propuso por vez primera unificar las tarifas de Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay de acuerdo con los derechos más altos en cualquiera de esos países para cada artículo. Con ello Bunge pensaba en conformar un amplio mercado que estimulara el incremento de

³³ En su breve experiencia como alumno de Derecho se vincularía con Emilio Lamarca, profesor de Economía Política y seguidor de las ideas de Henry MacLeod (1821-1902). Este abogado y economista escocés se opuso tempranamente a la teoría del valor-trabajo y se abocó a la “construcción de una ciencia real de la economía sobre el modelo de las ciencias físicas ya establecidas” (MacLeod, 1896, p. 143, traducción propia). Publicó numerosos libros sobre temas monetarios y crediticios que alcanzaron cierto reconocimiento en su época. Por algunos de sus aportes ha sido considerado un antecesor de la teoría chartalista del dinero y los institucionalistas, como asimismo de los liberales austríacos y la primera escuela marginalista; véase Commons (1990) y Milgate y Levy (2008).

³⁴ Falcoff (1982), p. 59 y González Bollo (2004).

³⁵ En 1910 Ricardo Pillado, director de Comercio e Industrias, presentó un proyecto en el que proponía “el ejercicio del libre cambio entre las naciones fronterizas, como una política comercial conveniente” (Pillado, 1910, p. V). Véase Audino y Tohmé (2007) y Lucchini, Blanco y Cerra (1998).

la producción y su diversificación, en clara concordancia con las ideas de List. La propuesta sería reformulada en varias oportunidades durante las siguientes décadas, de acuerdo a la dinámica de las coyunturas políticas y económicas. Por ejemplo en 1926 (en el marco de tendencias en ese sentido en Europa) y otra vez en 1929 propuso Bunge una integración gradual por etapas entre los anteriores países y también Bolivia, que tuvo repercusiones importantes en los gobiernos de Chile y Uruguay.³⁶ El proyecto reaparecería en los últimos años de su vida, considerando entonces también la posible inclusión de Brasil.

Esta precoz idea se sustentó en una serie de investigaciones y de la recopilación de datos sobre consumo, producción y comercio exterior. Más allá de un núcleo potente de ideas, Bunge también incorporaría de la Escuela histórica alemana su interés por la medición y cuantificación como base necesaria para el desarrollo de sus monografías empíricas, en oposición a la economía abstracta, deductiva y formalista de las escuelas austríaca e inglesa. Se trataba de una metodología estilizada por la *Verein für Socialpolitik* (Asociación para la Política Social); una agrupación de economistas alemanes fundada en 1873, en la que participaban los aludidos Weber, Sombart, von Schmoller, Wagner y también Ernest Engel (1821-1896), éste último de particular importancia pues había sido director de la oficina de Estadística de Prusia, además de compartir con el francés Frédéric le Play su dedicación al estudio de las condiciones sociales y económicas de las clases trabajadoras y la idea de usar presupuestos hogareños como instrumento fundamental del análisis económico.³⁷

Al igual que su hermano Augusto, Alejandro ingresó a la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires en 1913, cuando fue creada, inicialmente como profesor suplente de la cátedra de Estadística.³⁸ Ese mismo año fue nombrado jefe de la División Estadística del DNT, desde donde desarrollaría los estudios monográficos que darían lugar a numerosas publicaciones y también al surgimiento de algunos proyectos de ley.³⁹

Las investigaciones sociales del DNT cobrarán mayor interés público frente a la inestabilidad económica y la desocupación urbana de los años de

³⁶ En octubre de 1926 Bunge escribiría dos artículos en *La Nación* al respecto, que aparecerían ampliados en la edición de diciembre de la REA. La referencia a la conferencia de 1909 se encuentra en Bunge (1929).

³⁷ González Bollo (2004), p. 39.

³⁸ Sobre la creación de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA véase Plotkin y Caravaca (2007) y Pantaleón (2004); un recorrido institucional de los primeros lustros puede hallarse en Greffier y Loudet (1938).

³⁹ Como por ejemplo la ley de Casas Baratas impulsada por el católico social Juan Cafferata, que tuvo sanción legislativa; Núñez (2010), p. 165.

la Primera Guerra Mundial.⁴⁰ Esta era una preocupación que había tomado el gobierno y que extendió a los industriales. En efecto, en septiembre de 1914 Carlos Saavedra Lamas, presidente de la Comisión de Presupuesto de la Cámara de Diputados, solicitó a la UIA consejo sobre las medidas más adecuadas para fomentar el desarrollo de las manufacturas. El memorándum de los industriales incluía una propuesta de reforma arancelaria, de forma tal que los derechos sobre las importaciones dejaran de tener sólo una finalidad fiscal para proteger a todas aquellas industrias ya existentes o susceptibles de implantarse. Para el sector en su conjunto sugería también una amplia libertad de trabajo, apoyo financiero con créditos a largo plazo, la compra preferencial de los organismos públicos (como de las empresas ferroviarias y de navegación) de bienes producidos localmente, etcétera; además de solicitar una serie de beneficios para determinadas actividades (algodón, madera o textil).⁴¹

En sintonía con estas demandas, Bunge se preocupó por cuantificar la capacidad de consumo del mercado interno y la especialización productiva de las economías regionales, a la que veía como un medio alternativo para enfrentar las dificultades del comercio exterior. Siguiendo estas preocupaciones, durante los años de la guerra se concentró en calcular los valores del intercambio comercial y señaló las diferencias ocurridas entre los precios de las importaciones y los de las exportaciones en el período. También realizó cálculos de la renta nacional y presentó un proyecto de impuesto progresivo a las rentas que fue impulsado por el Ministerio de Hacienda del gobierno yrigoyenista.⁴²

Como dijimos, a partir de 1918 Bunge promovió la aparición mensual de la *Revista de Economía Argentina* (REA), de notable trascendencia para dimensionar la percepción de los contemporáneos sobre la economía y la industria en particular (aunque no únicamente). Debe notarse que por ese entonces sólo existía, como publicación importante en materia económica, la *Revista de Ciencias Económicas* (RCE), editada por los estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires y más tarde publicación oficial de la Facultad. Entre los directores y colaboradores de esta revista se encontraban estudiantes y profesores de esa casa de estudios, como Raúl Prebisch (1901-1986) y Alfredo Palacios (1880-1965). En sus contenidos solían predominar los estudios teóricos, matemáticos y legales y sólo se abordaban marginalmente problemas vinculados al sector

⁴⁰ En DNT (1915) se ensayó un primer cálculo de la desocupación urbana y rural. Luego condensaría sus opiniones en Bunge (1917a).

⁴¹ Guerrero (1944), pp. 241 y ss.

⁴² Dirección General de Estadística de la Nación (1917); Bunge (1917b y 1918a); González Bollo (2012), p. 68.

industrial. La línea editorial era favorable al librecambio, ya que se sostenía que la protección terminaría por perjudicar a los sectores de menores ingresos.⁴³

En contraste, con la circulación de la REA Bunge y su grupo de colaboradores abiertamente pretendían influir en la orientación de las políticas de gobierno, además del compromiso directo que tenían muchos de ellos en distintos ámbitos de actuación pública. Entre los directores de la revista se podía encontrar profesores de la misma Facultad de Ciencias Económicas, doctores en leyes como Juan José Díaz Arana (1880-1965), profesor de Economía política en la Facultad de Derecho, seguidor de Guide y presidente del Museo Social Argentino o Enrique Ruiz Guiñazú (1884-1967), el liberal reformista, profesor de Finanzas y Economía política en la Facultad de Derecho y de Ciencias Económicas, por ese entonces también director de la revista del Banco Hipotecario Nacional y luego, también presidente del Museo Social, del que la revista se declaró “adherente”. Inicialmente también participaron Enrique Uriburu (1876-1936), profesor de Economía Política en la Facultad de Derecho y dirigente de la Bolsa de Comercio de Tucumán y Luis Roque Gondra (1881-1947), un reconocido radical, amigo personal de Yrigoyen, admirador de la cultura italiana y profesor de Historia del Comercio en la Facultad de Ciencias Económicas. Sin embargo, su adhesión a las teorías económicas de Pareto lo ubicaba en antagonismo de la perspectiva historicista de Bunge y los otros directores de la REA; opinaba que la economía es una “disciplina científica esencialmente abstracta, una matemática aplicada, y su objeto, la determinación cuidadosa de las uniformidades constantes de ciertos fenómenos y de las circunstancias en que se producen”.⁴⁴

Más específicamente, Gondra era un claro defensor del liberalismo económico y, por ejemplo, lo expresaría así en una conferencia de 1927, al decir que “el proteccionismo teórico, vale decir, el proteccionismo perfecto [...] sería un estado límite de inercia o tal vez de regresión económica”. Después de una breve exposición acerca de los efectos nocivos derivados de la protección dispensada al azúcar, generalizaría su argumento diciendo que “el desarrollo industrial de un país depende de un cúmulo de factores que sobrepaja inmensamente a la eficacia de cualquier política restrictiva, necesariamente limitada y efímera”, lo que lo llevaba a afirmar aparatosamente que “el proteccionismo recalcitrante de ciertos escritores

⁴³ Cfr. Bagliolo (1918). Sobre la RCE puede consultarse Pantaleón (2004) y Plotkin y Caravaca (2007).

⁴⁴ Gondra (1918). Una semblanza de sus ideas en Liliedal (1961). También véase Mallorquín (2010) y Fernández López (2007).

propagandistas es una concepción troglodítica”.⁴⁵ Gondra culminaría su charla recurriendo a Pareto, para argüir que se podía demostrar que la implementación de una política de ese tipo ocasionaría una caída en la renta de los consumidores superior a las ganancias que podrían obtener las industrias protegidas, ocasionando una “pérdida colectiva” evitable mediante la adopción del libre comercio.

Por otra parte, Bunge y varios directores de la REA serían hombres de consulta permanente por parte de las autoridades nacionales, organismos públicos y corporaciones empresariales durante los años veinte, además tener una participación destacada y prácticamente constante en la prensa. A ese cuerpo se sumaría además un grupo importante de colaboradores que no necesariamente profesaban la misma opinión sobre los diversos temas tratados en la publicación. No obstante, el equipo de dirección de la revista parecía compartir, en apretado consenso, una interpretación que enfatizaba las dificultades que presentaba la economía para mantener un ritmo creciente y sustentable de crecimiento: Argentina había completado una etapa marcada por la expansión de la producción primaria exportable, por lo que ese estancamiento tornaba necesario buscar nuevas fuentes de riqueza en la diversificación de la producción agraria, la expansión de los cultivos industriales y en la industrialización misma.

Como síntesis del pensamiento bungeano, puede considerarse este párrafo, escrito en 1921:

Se ha sostenido durante demasiado tiempo que la República Argentina era y debía seguir siendo un país agrícola: que la extensión y la fertilidad de su suelo definían el mayor provecho con el cultivo de algunos cereales y el cuidado de los ganados; que la explotación de otras fuentes de riqueza y las industrias resultaba difícil y costosa [...], la situación de nuestro país no ofrece ningún obstáculo insuperable para que un cambio de política económica nos permita colocarnos en la posición de una nación de primer orden [...], ha llegado el momento de orientar el esfuerzo nacional hacia el perfeccionamiento de su producción, multiplicando sus cultivos, no en extensión sino en variedad, explotando minas y ensanchando y creando manufacturas [...]. Nuestra nueva política responde a necesidades nuevas, a la elevación de nuestro nivel cultural por medio de una industrialización adelantada.⁴⁶

Bunge enfocaba el dilema desde la perspectiva de la “economía positiva” en oposición a una política económica fundada sobre bases

⁴⁵ Gondra (1930), pp. 150, 159 y 162.

⁴⁶ Bunge (1921), pp. 451-452. También como resumen de sus posiciones véanse los primeros apartados de Bunge (1922c).

abstractas, que en las nuevas circunstancias era “anticuada e inconveniente” según afirmaba en línea con las prescripciones de la Escuela Histórica alemana.⁴⁷ Su cuerpo principal de ideas remitía al hecho que la política económica de la Argentina resultaba anacrónica porque ignoraba los hechos: “nuestro comercio exterior se ajusta a los intereses de nuestros compradores y a los de nuestros proveedores del exterior”. ¿Cuál era la política que regía ese comercio? Según Bunge, una política sencilla, “de lineamientos vagos”, impuesta por el predominio de los importadores y los estancieros, formulada cuando “nuestro comercio exterior importaba en todo el año lo que hoy importa en un día: consistió y consiste aún hoy en comerciar cuanto se pueda con el exterior. Vender todo cuanto sea posible y al precio que nos quieran ofrecer, y comprar cuanto podamos, eso es todo”.⁴⁸

Bunge estimaba que a la salida de la guerra las perspectivas para la economía argentina eran “brillantes”. Creía que con el fin del conflicto, la economía entraría en un “período de actividades y de prosperidad hasta hoy desconocido” como consecuencia del reestablecimiento del orden internacional, del arribo de artículos y maquinarias y también del crédito comercial, de algún modo equivalente a las inversiones de capital extranjeras. “Tengo fe –sostenía– en este porvenir cercano [...], siempre que el país, pueblo y gobierno, proceda a formular y sostener enérgicamente la política social y económica, interna y del comercio exterior, que es indispensable para ajustar nuestra vida nacional a las necesidades nuevas y particularísimas de los primeros años de paz”.⁴⁹

En consecuencia, debían abandonarse las doctrinas internacionalistas de aquellos que simpatizaban con:

la producción uniforme y simple y con el libre cambio y resultan, colaboradores con la política de los estados astros. Ellos dividen al mundo en zonas: ésta es apta para el trigo, aquella para el algodón, la de más allá para el hierro, etcétera. El bienestar consiste para ellos en que las poblaciones respectivas se dediquen a producir muy barato, algunos artículos y los cambien con los de las demás zonas. ¿Qué naciones practican esta doctrina? Solamente las más atrasadas [...]. Hay zonas extensas y países enteros que, efectivamente, se dedican a recoger de los árboles sus bananas y sus naranjas y a embarcarlas en los buques extranjeros que los van a buscar. Con el dinero que obtienen compran los mismos artículos manufacturados que esos mismos buques les traen [...].

⁴⁷ Bunge (1920), pp. 2 y ss. Este escrito se basa en una conferencia dictada en agosto de 1918.

⁴⁸ Bunge (1918b), p. 239 y ss.

⁴⁹ Bunge (1918b), pp. 256-257.

Pero no se podrá citar un solo país adelantado que no haya multiplicado los objetos de su producción y de sus industrias.⁵⁰

De allí que fuese necesario un cambio en el comercio exterior que permitiera “conquistar la independencia económica de la que hasta hoy carecemos”.⁵¹ Ello implicaba también, en ocasiones, proteger las producciones agrícolas regionales. Como han notado algunos autores, su postura se alejaba en este sentido de las posiciones de List -contrario al proteccionismo agrícola-, para acercarse en cambio a las del norteamericano Simon Patten (1852-1922), a quien Bunge también citaba a menudo.⁵²

Se trataba de una crítica al modelo de organización económica basada en la agro-exportación con la adición de una propuesta de diversificación productiva e impulso de la industrialización. Ello estaba vinculado fundamentalmente a las particulares condiciones que la PGM había generado, pero también a una estructura económica tradicional formada al calor de los intereses de las potencias extranjeras. No se trataba de medidas radicales sino de orientar el esfuerzo al perfeccionamiento de la producción agraria, diversificando la producción y avanzando progresivamente hacia otras esferas: en la línea doctrinaria de Patten, se debía alentar la producción de nuevos cultivos, como arroz o algodón, explotar de manera intensiva maderas, petróleo y minerales; y sobre esta base podría desarrollarse la industria para lo que se estimularía la importación de “maquinaria industrial de todo orden que la Argentina tardará muchos años en producir”.⁵³ Ya en el primer número de la REA Horacio Beccar Varela (1875-1949), un

⁵⁰ Bunge (1921), pp. 462-463.

⁵¹ Bunge (1920), p. 15.

⁵² Por ejemplo en su artículo de 1921; véase asimismo Lucchini, Blanco y Cerra (2000-2001). Patten fue “uno de los economistas estadounidenses más originales e idiosincráticos de su generación” según Coats (2008, traducción propia). Al igual que Bunge, tras iniciar estudios universitarios en su país decidió formarse en Alemania, terminando en 1878 el doctorado en economía por la Universidad de Halle-Wittenberg. Si bien sería uno de los fundadores de la *American Economic Association* sus visiones discordantes lo marginarían de la academia norteamericana: Patten opinaba que debía descartarse el principio de la escasez, ya que el avance tecnológico y social habían hecho posible un mundo de “abundancia”. Era necesario un nuevo modelo económico que, educando a la sociedad bajo las nuevas premisas, eliminara la pobreza. Si bien sostenía que las leyes económicas eran de naturaleza social, sus teorías eran de contenido abstracto más que históricas o estadísticas. Además de ser un declarado reformista social fue un ardiente proteccionista que sostenía que las barreras al comercio permitirían evitar las depresiones. Su postura, más autárquica que la de List, justificaba el avance de la producción local en todas las esferas de la economía; para el agro específicamente sostenía que el agotamiento del suelo debía ser contrarrestado mediante la rotación y la incorporación de nuevos cultivos. Mayores precisiones acerca de la vida y obra de Patten pueden encontrarse en Lach (2000) y Coats (2008).

⁵³ Bunge (1922a), citado por Belini (2010).

abogado director de la Caja de Conversión y también partícipe del Museo Social Argentino, planteaba aplicar el “sobrante de nuestra riqueza al desarrollo de las industrias y a la creación de nuevas fuentes de producción para procurar en el menor tiempo posible desvincularnos de la tutela extranjera, devolviéndole todos los capitales que le debemos”; aunque consentía que ello no era posible mientras durase la guerra, dada la imposibilidad de adquirir las maquinarias y equipos necesarios para la implantación industrial.⁵⁴

El despliegue de ciertas actividades manufactureras durante la guerra y las restricciones para sostener la importación de insumos y combustibles planteó una fuerte disyuntiva respecto a cómo encarar su futuro en lo sucesivo. Las posiciones esgrimidas en los primeros números de la revista tenían sus matices pero el núcleo principal sostenía la necesidad de adoptar una política clara de fomento y estímulo. Enrique Uriburu estaba convencido de que las industrias que se habían desarrollado, e incluso llegado a exportar en esas particulares condiciones, desaparecerían (“en un soplo”) una vez reestablecido el tráfico internacional. Aún aquellas más importantes difícilmente resistirían la competencia de los países más avanzados, que contaban con sistemas de crédito eficaces, niveles importantes de organización e incluso precios de exportación menores a los costos de producción.⁵⁵

Uriburu citaba a Hamilton y List para argumentar en favor de medidas proteccionistas y de estímulo, tal como se habían implementado en los países más avanzados pero también en otros con menor desarrollo. Por ejemplo, mencionaba la ley de fomento industrial español, medidas que se estaban implementando en Sudáfrica y la política “nacionalista” que llevaba adelante Brasil para implantar en su territorio nuevas industrias, a las que se proveía de préstamos a largo plazo o donde el Estado compraba hierro, carbón o soda cáustica, además de garantizar tarifas reducidas de transporte y otros beneficios.⁵⁶

⁵⁴ Beccar Varela (1918), p. 16.

⁵⁵ Uriburu (1918), pp. 226 y ss. Las siguientes citas están tomadas de este mismo artículo.

⁵⁶ También Roberto Ramm Doman, un especialista en temas financieros vinculado al grupo Tornquist, señalaba que “una política aduanera adecuada a la economía nacional es la piedra angular para un cimiento sano y fuerte, capaz de sostener y favorecer una creciente prosperidad nacional”. No adelantaba mayores precisiones pero las experiencias de Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Alemania, constituían un parámetro indispensable para la acción: “Una nación joven como la nuestra no necesita inventar nuevas teorías para colocar su economía nacional sobre un fundamento firme a su creciente desarrollo, si no sabe leer con sentido práctico y visión clara en la historia para encontrar los mejores medios que conduzcan al bienestar y a la grandeza”; Ramm Doman (1918), pp. 37 y 42.

Según Uriburu había llegado la hora de optar: “o seguimos eternamente exportando materias primas o nos esforzamos para que el mejor mercado de esas materias primas sea el mercado interior; o bien aceptamos como unidad económica el mundo o aceptamos como unidad económica la Nación; o dependemos de otros o nos bastamos dentro de lo posible a nosotros mismos”. La idea era desarrollar una industria diversificada, lo que constituía también un aprendizaje derivado de la guerra: “es completamente inútil gastar millones en milicias y en armada sino hay una industria diversificada que mantenga el esfuerzo”. No obstante, Uriburu era bastante pesimista respecto a las posibilidades de alcanzar el éxito de esa empresa por falta de un “espíritu” industrial: había que “convencer a nuestros capitalistas que hay otras inversiones que el campo, las vacas o la hipoteca”.

La búsqueda de la independencia industrial era la consecuencia de la experiencia surgida del conflicto bélico, que incluso podía referenciarse en los desarrollos teóricos de List.⁵⁷ Pero también son significativas las similitudes de estas ideas con las generalizadas en España durante el período de la guerra. De hecho, más allá de las referencias a la legislación de fomento español y las políticas proteccionistas aplicadas, *slogans* como la “independencia económica” y de “bastarse a sí mismo” desplegados en la REA y otras intervenciones de la época estaban asimismo presentes en los artículos de la española *Revista Nacional de Economía* (RNE), publicada desde 1916. Para su redactor principal, Eloy Luis André, el conflicto había “puesto de relieve que la independencia de la Nación está total y absolutamente ligada a la independencia económica”.⁵⁸ La base de esa autonomía económica se encontraba, para los autores peninsulares, en el “bastarse a sí mismo” que era la condición necesaria para alcanzar la independencia. Al respecto, en el mismo 1916 un economista catalán enunciaba conceptos que muy poco después comenzarían a resonar localmente desde las páginas de la REA:

No confiemos, pues, en la producción extranjera, ni en la economía extranjera, ni en la cultura extranjera: estudiémoslas, y tratemos de asimilárnoslas, pero para imprimirles nuestro sello nacional. Si no

⁵⁷ List había afirmado que era cierto que “inicialmente, los aranceles protectores encarecen los artículos manufacturados; pero igualmente cierto es [...] que con el transcurso del tiempo, una nación capacitada para instituir una perfecta energía manufacturera puede fabricar, en la propia nación, más baratos los productos que importa de fuera. Así, pues, si con los aranceles protectores se exige un sacrificio de valores, esta pérdida está compensada por la adquisición de una energía productiva mediante la cual se asegura a la nación para el porvenir no sólo una suma infinitamente mayor de bienes materiales, sino también la independencia industrial en caso de guerra”, List (1942 [1841]), pp. 39-40.

⁵⁸ André (1916a).

queremos ser satélites [...] produzcamos todo lo necesario para nuestra vida y para nuestra defensa, con las primeras materias nacionales, con obreros nacionales, con dinero nacional, con energía nacional, con inteligencia nacional, con organización nacional... y hagámoslo todo con el espíritu del sacrificio individual, en aras del bien colectivo.⁵⁹

Con análoga orientación, en septiembre de 1919 la REA publicó una disertación de Francisco Oliver (1863-1924), realizada en el Instituto Popular de Conferencias del diario *La Prensa*. El autor, que había sido ministro de Hacienda de Victorino de la Plaza y se desempeñaba como profesor de Economía política en la UBA, destacaba que los argentinos eran un “pueblo pastor y agricultor”; y como consecuencia, beneficiaba el desarrollo de la industria extranjera perpetuando el atraso de la economía local y de los sectores populares:

Por cada kilo de lana que exportamos recibimos un peso y medio, y en cambio tenemos que pagar \$30 por cada kilo de paño fabricado en el exterior con esa lana. ¿Qué se ha hecho de esa diferencia de precio? Ha servido para el pago de fletes de buques que no son nuestros [...]; ha servido para pagar el costo de producción del paño, es decir combustible, amortización de máquinas, aceites, materias colorantes, todo extranjero, y también los salarios de los obreros de toda esas industrias, mientras aquí dormimos el sueño pastoril y los obreros nacionales e inmigrados, que hemos llamado y a las que prometimos bienestar, carecen de trabajo o no pueden recibir salario suficiente para sostener sus hogares!⁶⁰

Como Uriburu y otros articulistas de la revista, Oliver sostenía que había que considerar la historia de otros pueblos (como la de Estados Unidos o Alemania) como ejemplo para salir de la condición “pastoril” e incluso la experiencia inglesa podía aportar claras enseñanzas, ya que sólo cuando “hubo implantado sus régimen industrial y una marina poderosa [...], entonces por medio de A. Smith predicó el librecambio”. Por el contrario, la Argentina no había tenido nunca una política aduanera y las tarifas siempre se habían aplicado con criterio fiscal. Era difícil saber qué ideas forjaron la ley de aduanas vigente, “porque no se encuentra en ella ningún criterio fijo, y en cuanto a la tarifa [de avalúos] tiende a facilitar la

⁵⁹ Granell (1916), p. 90. Estas ideas tenían raíces en el neomercantilismo e historicismo de la generación del '98 y en particular de Antonio Flores de Lemus (1876-1941), discípulo de Schmoller y Wagner, quien podría considerarse una especie de *alter ego* de Bunge: un reformista social conservador, de convicciones católicas, que estudió en Alemania, dedicado a la investigación estadística y ocupó diversos cargos en la administración pública; véase Velarde Fuertes (1998).

⁶⁰ Oliver (1919), pp. 187 y ss. Las citas que siguen están tomadas de este mismo artículo.

importación de toda mercadería y sin mira alguna a la industria nacional sino a obtener renta fiscal”. Ese régimen de “dejar hacer y dejar pasar” sólo había tenido como excepción la protección de la economía azucarera y vitivinícola, lo que explicaba en definitiva la mayor riqueza y bienestar de esas provincias frente al resto del interior empobrecido y atrasado.

La Guerra había demostrado que era factible avanzar en la sustitución de algunas importaciones gracias a la protección de hecho, pero las previsiones de Oliver respecto a lo que sucedería ni bien se recompusiera el comercio internacional eran bastante más tenebrosas que las que perfilaba Bunge: “en breve vendrá una avalancha de mercaderías que harán imposible la vida a nuestra incipiente industria y los esforzados industriales pagarán con la decepción y la ruina su valiente y patriótico esfuerzo”. En consecuencia, tal como sostenía Urriburu, Oliver consideraba que el país se encontraba en una encrucijada fundamental: o retornar a la situación previa a la guerra, a la economía pastoril y agrícola, o proteger la industria y el trabajo nacional que evitaría la crisis y “permitirá al país desenvolver todas las fuentes de riqueza, y utilizar sus materias primas, que fomentarán su producción y darán trabajo y bienestar a la población”.

Parte importante de ese debate se originaba en la política arancelaria. La desactualización de los aforos por el incremento de los precios importados había provocado una caída de la recaudación aduanera que el gobierno de Yrigoyen quería recuperar. Pero, para Oliver, las autoridades no definían una política clara en este sentido y sólo aportaban “conceptos y términos vagos”, dónde se proponían proteger “a aquellas industrias que propendieran al bienestar general y al abaratamiento de los consumos, de tal manera que ello no dificulte la importación de mercaderías extranjeras”. Peor aún, señalaba que un funcionario radical fundamentó el despacho de la Comisión de Presupuesto diciendo que la reforma del sistema impositivo que se propiciaba, “si bien no es todo lo radical que él anhelaba, marca por lo menos nuevas orientaciones tributarias, pues busca suprimir en lo posible todo lo que tienda a hacer de la ley de aduanas un sistema de protección industrial”.⁶¹

El radicalismo parecía en esas circunstancias estar preocupado menos por el impulso industrial que por el encarecimiento de los bienes de

⁶¹ Oliver continuaba su crítica al proyecto del gobierno de esta manera: “El mensaje [del Poder Ejecutivo Nacional] quiere realizar la maravilla de proteger la industria nacional sin aumentar el costo de los artículos protegidos y facilitando a la vez la entrada de mercaderías del exterior. En ningún país se ha protegido la industria con tal política, pues precisamente *protección* quiere decir lo contrario y en ningún país se ha pretendido que con la protección baje al principio el precio de las mercaderías porque es ese precio algo superior el que recompensa y hace posible el crecimiento de las industrias nuevas”.

consumo que acarrearía la elevación de los derechos aduaneros, lo cual podría afectar su base electoral.⁶² Oliver por el contrario, enfrentado claramente al gobierno, sostenía que los economistas oficiales estaban bajo la influencia de ideologías muy humanitarias pero equivocadas, porque seguían los lineamientos de Say, que no habían sido adoptados en la práctica por ningún país.

En rigor, las ambigüedades de la propuesta oficial se enmarcaba más en lo que definimos como “krausismo económico”, que consideraba positiva la intervención del Estado en algunas ocasiones (sobre todo para garantizar niveles aceptables de condiciones de vida de los sectores populares) pero que en política comercial era claramente librecambista. Ideas similares sostenían los socialistas, quienes consideraban que los aranceles eran excesivos, y que permitían a los industriales gozar de beneficios oligopólicos. La combinación de tarifas y aforos no hacía más que perjudicar a los consumidores y los sectores populares al gravar más los bienes de menor valor. Precisamente, Juan B. Justo impulsó por ese entonces la creación de una “Comisión Investigadora de los Trusts” en la Cámara de Diputados que verificó los efectos del control del mercado por parte de unas pocas empresas, amparadas por la alta protección aduanera.⁶³ La UIA contestó estas acusaciones con un memorial presentado al Senado, en momentos en que se proyectaba una serie de reformas tendientes a rebajar los aranceles en algunos rubros: “el actual encarecimiento de la vida, obedece a causas complejas, de carácter universal, y no al supuesto proteccionismo de nuestras industrias”.⁶⁴

Oliver criticaba la propuesta del gobierno y reclamaba una fuerte política de protección que seguramente incrementaría los costos internos –como argumentaban los sostenedores del librecambio, incluidos los radicales y socialistas- “pero todo lo pagado, todo íntegramente, quedaría aquí en el país [...], sería la industria auxiliar nuestra, nuestros productores y nuestros trabajadores los que se distribuirían el importe del precio pagado”. En línea

⁶² Esta posición puede verse explícitamente en el veto de Yrigoyen a las modificaciones introducidas a la ley de impuestos internos al tabaco por el Congreso: “El Estado debe, respetando el principio fundamental de la libertad de comercio, amparando la competencia honesta, dejando que la capacidad industrial se imponga por la calidad y por la cantidad si cabe, del producto sin recargo para el consumidor”. Ver “Defensa de la Industria Nacional del Tabaco” del 13 de julio de 1920, en Senado de la Nación (1986), p. 374.

⁶³ Cfr. Cámara de Diputados de la Nación (1919).

⁶⁴ Citado por Guerrero (1944), p. 268. De todos modos, la UIA no tenía por ese entonces posturas claramente proteccionistas y en ocasiones impulsaba la rebaja de aranceles cuando convenía a los intereses específicos de sus socios, como fue el caso del pedido de libre importación de algodón para la industria textil o de hojalata, insumos clave para algunos sectores.

con las propuestas de los españoles antes mencionadas, se trataba de preparar al país para “bastarse a sí mismo” y exportar los excedentes de la industria, si en el futuro ello fuera posible. Logrado ese paso, quizás fuese posible “algún día aunque sea lejano, proclamar el librecambio de todo nuestro comercio”.

La proposición de Oliver consistía en formular una nueva ley de aduana, dividiendo las mercaderías de importación en cinco grupos principales: a) los artículos de lujo, que debían gravarse con un derecho superior al 50% de su valor efectivo; b) aquellos artículos de gran consumo y que eran factibles de ser producidos localmente por disponer de materias primas (gravamen de 35%); c) los artículos de escaso consumo y que pudiesen ser sustituidos debían gravarse con el 25% (que era el impuesto medio del momento); d) los artículos de “utilidad evidente” para el comercio y la industria (materias primas, máquinas, combustibles, metales) que no podían producirse localmente debían entrar libres de derecho o gravarse sólo hasta el 5%; finalmente aconsejaba 5) la prohibición del ingreso de bebidas alcohólicas.⁶⁵ Pero para complementar esta política era necesario alcanzar acuerdos con los países limítrofes, una idea que iba en sintonía con la propuesta bungeana de constituir un mercado común sudamericano.

Pero la política arancelaria sólo era una parte de la propuesta industrialista de Oliver. El país necesitaba contar con materias primas abundantes, con “petróleo, hulla y hierro” y para ello debía declararse la propiedad del Estado de todo el subsuelo y de las minas no explotadas, además de realizar inversiones en exploraciones y perforaciones. Con todo, su propuesta más novedosa consistía en crear un banco industrial que “acoja la iniciativa [privada] y de crédito de habilitación a bajo interés”.⁶⁶ Esa institución no sólo debía vigilar la inversión sino también facilitar la organización de las industrias en sociedades anónimas y colocar las acciones en el público, a la vez que se reservaría una parte del capital para contar con

⁶⁵ La idea era que por la introducción de los artículos se pagaran derechos específicos, es decir tanto por unidad, fijándose a cada categoría el impuesto único correspondiente a los de calidad superior; esto facilitaría la producción de los artículos de calidad inferior, “que es por donde supuestamente empieza la industria nacional”.

⁶⁶ El problema del crédito manufacturero ya había sido planteado en 1915 por la UIA a través de su presidente, Domingo Noceti, quien en respuesta a una consulta del Banco de la Nación, destacó la escasa importancia que las instituciones financieras -tanto oficiales como particulares- le otorgaban al problema del crédito industrial: “sólo han visto en las industrias, aún en las que tendían al aprovechamiento de productos indígenas, una simple modalidad comercial” (citado en Rougier, 1999). El mismo año los industriales dirigieron una nota al Ministerio de Hacienda solicitando que las instituciones oficiales de crédito les acordaran preferencia, justificando esta propuesta en que ello permitiría ampliar la producción, evitar el incremento de los precios, como el consecuente “malestar social” y la desocupación; Guerrero (1944), pp. 237-238.

participación en el directorio de las empresas. Se trataba de un “instituto de fomento industrial”, que tendría a su cargo el “estudio técnico de la industria, su vigilancia e intervención, su recomendación a los capitalistas y el aporte de crédito y capital necesarios para su éxito”. En síntesis, Oliver presentaba un programa integrado con el propósito de iniciar la “era superior del desenvolvimiento industrial del país” por razones de oportunidad, necesidad y urgencia.

La CACIP y sus estrados

Además del grupo comandado por Bunge, surgieron otras voces que también insistían en la idea de fomentar la industria nacional. En efecto, si bien –como señalamos- la orientación editorial de la RCE se pronunciaba en contra del proteccionismo, también había lugar para posturas más afines a las que predominaban en la REA. Mauricio Greffier, profesor de la FCE y redactor de la revista, proponía aprovechar el proteccionismo de hecho que había impuesto la guerra y sostenerlo a través de medidas de gobierno, con el propósito de fomentar la industria nacional. Con todo, siguiendo también las orientaciones de List, advertía que la protección solo debía aplicarse a las industrias que utilizaran materias primas nacionales y estuvieran orientadas al mercado interno y sólo por tiempo limitado.⁶⁷

También Emilio Lahitte, uno de los fundadores del Museo Social Argentino y Jefe de la Oficina de Estadísticas del Ministerio de Agricultura desde 1889, pregonaba desde esa misma publicación por el fomento de la industria, considerando especialmente el costo de la sustitución de importaciones.⁶⁸ Si con anterioridad a la guerra había sido una alternativa difícil de justificar dada la escasa población, mano de obra cara y falta de elementos materiales y técnicos, las nuevas circunstancias la tornaban posible, entre otras razones porque cada vez había que exportar mayor cantidad de productos agropecuarios para conseguir la misma cantidad de productos manufacturados. La cuestión fundamental era considerar si las industrias creadas al amparo de la escasez de importación y de los precios extraordinariamente altos del período de la guerra, podrían en las nuevas circunstancias mantener sus precios “en los límites de los que nos costarían los artículos importados”. La alternativa del *laissez faire, laissez passer* era, según su opinión “un tanto arriesgada”. Por el contrario, el “buen sentido” indicaba la conveniencia de formular la base de “un régimen industrial fundado en el conocimiento de las causas del mayor o menor costo de producción de los artículos que importamos y de los similares que pueden

⁶⁷ Greiffer (1918).

⁶⁸ Lahitte (1919).

ser fabricados en el país”. Para determinar ese mecanismo complejo proponía la creación de una Comisión de Valores.

En septiembre de 1919 tuvo lugar una “Conferencia Económica Nacional” en la que participaron funcionarios, empresarios y destacados intelectuales, muchos de ellos colaboradores de la REA.⁶⁹ La sesión inaugural marcó el tono en el que se desarrollaron luego las diferentes secciones o comisiones. Inicialmente expuso Luis Zuberbühler (1860-1930), un empresario que había sido presidente de la Bolsa de Comercio y que dirigía la poderosa Confederación Argentina del Comercio, de la Industria y de la Producción (CACIP), patrocinadora del evento.⁷⁰ El empresario destacó las potencialidades de la Argentina en la inmediata posguerra, a la vez que denunciaba el estado incipiente del procesamiento de materias primas locales, más allá de lo que ocurría con frigoríficos, bodegas y otras pocas actividades. Según su aspiración debía aumentarse la producción interna, aprovechar mejor los recursos naturales a través de progresos en la actividad ganadera y el cultivo de granos y frutas, desarrollar las industrias extractivas y también avanzar en la elaboración “hasta donde sea posible” de los productos primarios. Como Bunge y otros intelectuales, Zuberbühler estaba turbado por algunos componentes culturales propios de los habitantes de la Argentina: la preferencia por los artículos extranjeros y su escaso espíritu empresarial y capacidad técnica: de “los hijos de esta tierra, pocos son los que afrontan la senda más próspera del comercio y la industria”.⁷¹ Finalmente, acercándose a la aludida preocupación de Oliver, el dirigente empresarial señalaba la falta de instituciones bancarias capaces

⁶⁹ Los discursos de esa conferencia fueron publicados en los números 17 y 18 (noviembre-diciembre de 1919) de la revista, de dónde extraemos las citas siguientes. Véase también CACIP (1931). Significativamente, también en España se había desarrollado poco antes el “Segundo Congreso de Economía Nacional”, que congregó a intelectuales, funcionarios y empresarios para discutir la implementación de medidas destinadas a enfrentar las nuevas condiciones generadas por la guerra.

⁷⁰ En 1916, ante los efectos del estallido de la PGM, los grandes empresarios y centros económicos agroindustriales regionales se organizaron en la CACIP, una corporación de corporaciones, con la intención de accionar frente al Estado y atenuar los efectos del conflicto y de la posguerra. En ella participaban la Sociedad Rural, las Bolsas de Comercio y un grupo de industriales vinculados a la UIA, aunque no formalmente esa institución. Miembros de la revista, como Uriburu ocuparían cargos directivos en la Corporación; el propio Bunge y otros colaboradores asiduos de la REA como Oliver o Tornquist, por ejemplo, eran también socios a título individual. La Corporación tenía sus propias publicaciones como los *Estudios de Problemas Nacionales*, editados en forma de separatas de artículos extensos. Sobre esta corporación véase Marchese (1993 y 2000) y Ospital (1998).

⁷¹ Esta era una idea muy extendida. Ese mismo año, el hermano socialista de Alejandro publicó un trabajo con consideraciones similares: cfr. Augusto Bunge (1919).

de orientar la inversión del ahorro, “que sigue tan reacio a la habilitación de la industria como a la suscripción de acciones en sociedades anónimas”.

Argumentos similares sostuvo también Manuel Monte de Oca (1867-1934), un abogado también miembro de la CACIP que había sido ministro de Relaciones Exteriores y de Interior en la primera década del siglo durante la presidencia de José Figueroa Alcorta. El ex funcionario señaló que la inmigración y la industria eran bases posibles de prosperidad, “pero sólo a condición de adoptar virilmente los medios de darle eficiencia”, persuadido de que el “el abandono, el marasmo, el *laissez faire* son anacrónicos en este siglo de competencia y pujanza”. En su perspectiva, la reconstrucción europea mejoraría las posibilidades de exportación del país, pero había que darle a “nuestras industrias cimientos robustos y organización científica”. En rigor, Montes de Oca hablaba de las actividades agropecuarias y no de la industria manufacturera, pero la idea era impulsar a aquellas actividades que utilizaran materias primas locales y no seguir colocando en el exterior productos sin ningún tipo de elaboración, como se hacía por ejemplo con la lana sucia.⁷²

Por su parte, el salteño Damián Torino (1863-1932), abogado integrante del consejo directivo de la CACIP que se había desempeñado como ministro de Agricultura de Manuel Quintana, destacó las dificultades que podrían sobrevenir para el comercio exterior argentino con el fin de la guerra, un tópico casi excluyente en los análisis de la época, como vimos. Era factible que la producción agropecuaria se viese afectada seriamente y no podría compensarse con un mayor consumo interno, por ser ese mercado muy pequeño, lo que constituía a la postre el verdadero problema:

Cansados estamos de oír decir que la Argentina es, después de Holanda, el país que más exporta por persona; que exporta más que el Brasil y por consiguiente es más rico y progresista. No puede emplearse un criterio más unilateral para apreciar una cuestión compleja [...]. El Brasil, es cierto, tiene un comercio exterior inferior a la Argentina, pero tiene un comercio interno muy superior: 1) porque tiene tres veces más habitantes, y 2) porque ha sabido, más que la Argentina, establecer industrias propias y usar en mayor escala de sus cuantiosos recursos naturales para satisfacer las necesidades de su población [...], es menos lo que tiene que pedir y

⁷² La misma idea fue expresada en los Anales de la SRA por Alberto Castex: “La República Argentina es un país industrializable. La industrialización no tiene por qué hacerse a partir de los minerales, porque el concepto que mantiene a éstos por base del proceso industrializador es anticuado, pues bien puede un país llegar a ser industrial careciendo en absoluto de minas, siempre que reúna otras condiciones. Nuestros ganados y nuestros vegetales constituyen una fuente inagotable de materias primas suficientes para proporcionar inversión industrial a muchos hombres”. *Anales de la SRA*, 1 de enero de 1920.

pagar al extranjero, lo que constituye ciertamente una grande y positiva ventaja, y un verdadero enriquecimiento, a despecho de su menor comercio exterior.

Paso seguido, el expositor se quejaba de la ley de Aduana y el desalojo del producto local por el extranjero que había provocado: “No hay nación progresista y celosa de su independencia económica que no defienda, con la mayor decisión, su comercio interno, y que no reserve su mercado interior para sus propios productos, recurriendo al extranjero solo por lo que no pueda obtener dentro de casa”. Torino señalaba, como otros, el punto de inflexión en el que se encontraba el país y la necesidad de adoptar un cambio de política económica:

[H]a llegado la hora de pedir a lo que es nuestro, el contingente que preferíamos solicitarlo del extranjero; nos es indispensable preparar nuestra casa para encarar con recurso propios y seguros las exigencias de la vida económica del futuro, llena de interrogantes y sorpresas. La Argentina –continuaba de manera didáctica- es una nación que en la terminología económica se puede calificar de nación *dinámica*; es decir, una nación en vías de desarrollo, dueña de recursos de todas clases y que tiene delante de sí un inmenso campo de actividad para el trabajo; por oposición a una nación *estática*, nombre con que se designa a las que han empleado ya todos sus recursos, y llevado la producción a un punto, en que no tienen las probabilidades de desarrollarse con la misma fuerza que los países nuevos.⁷³

En la sesión de clausura de la Conferencia, el político e intelectual tucumano Julio López Mañán (1878-1922) expuso las conclusiones de la sección “Industrias Fabriles”.⁷⁴ La Comisión afirmaba la necesidad de

⁷³ No obstante, para Bunge la Argentina era un país “estático” desde el punto de vista de su organización económica a menos desde la primera década del siglo: “ha bastado que la capacidad de consumo de Europa se haya reducido, y que algunos estados hayan modificado su política, para que la Argentina se vea amenazada con una larga crisis”. De allí la necesidad de modificar la política comercial exterior; Bunge (1921), p. 450.

⁷⁴ La sesión de clausura de la conferencia quedó a cargo de los distintos presidentes de las secciones: Ramón Cárcano, vinculado a la REA y José Malbrán resumieron las correspondientes a las actividades agropecuarias, José Rey Basadre desarrolló las conclusiones de la comisión sobre combustibles, Carlos Meyer Pellegrini sobre transportes, el almirante Sáenz Valiente sobre la necesidad de impulsar la marina mercante nacional, Enrique Ruiz Guñazú sobre inmigración y colonización, y Francisco Oliver sobre Finanzas. Entre los integrantes de la Sección sobre industria se encontraban destacados intelectuales, políticos, funcionarios y empresarios como Miguel Casares, Roberto Clark, Emilio Lahitte, Domingo Minetti, Ambrosio Nougués, Francisco Oliver, Ernesto Padilla, Miles Pasman, Pedro Piccardo, León Rougés, José Rey Basadre, Emilio Saint, Enrique

defender y desarrollar la industria de transformación: para aquellas industrias que pudiesen crearse –con objeto de abastecer el mercado local especialmente-, proponía que se determinase las condiciones para el desarrollo de la iniciativa privada, mientras que:

para las que han nacido –a fin de llenar vacíos causado por la guerra- que se las proteja contra la reacción de los antiguos ocupantes de su sitio en el consumo, y para que toda forma de capacidad fabril del país, antigua moderna o futura, que una ley de carácter realmente nacional, levante empalizadas que las defiendan dentro del propio hogar, tan altas como lo exija el ataque de los colosos de afuera, en la ejecución de sus planes de estrategia comercial sobre el mundo.

No se trataba de acoger una determinada posición teórica sino de observar la respuesta y medidas que llevaban adelante otros países. Concretamente, los miembros de la sección propusieron la liberación de impuestos a la importación de maquinarias, la protección a las industrias creadas durante la guerra (caso contrario podía ocurrir el “aniquilamiento de capitales nacionales” y el incremento de la temida desocupación) y estímulos y garantías para las fábricas que elaborasen materias primas nacionales. También recomendaban establecer una ley antidumping y crear una comisión federal de valores para estudiar detalladamente los costos de los productos importados y determinar los niveles de protección a aplicar.⁷⁵ Como tratamiento especial, la Comisión estipuló la conveniencia de fomentar la industria siderúrgica: “No deben omitirse esfuerzos para conseguir su más pronto y seguro afianzamiento”. Para ello era necesario asegurar la materia prima prohibiéndose la exportación de hierro viejo y

Uriburu, Carlos Velarde y Raúl Zimmermann, entre otros, muchos de ellos colaboradores de la REA.

⁷⁵ Estas conclusiones compatibilizaban con otras esgrimidas en las diferentes comisiones. Por ejemplo, el presidente de la sección sobre comercio interno y externo, el radical Ernesto Weigel Muñoz, un precursor de la enseñanza de la psicología y vicedecano de la FCE, sostuvo que “el proteccionismo y liberalismo mercantil son escuelas doctrinarias que, fuera de la ciencia económica, en el terreno positivo, dejan de ser antagónicas para armonizarse; sea dentro del evolucionismo de Federico List que considera el librecambio como el régimen de una comunidad de naciones con iguales potencias económicas, y el proteccionismo nacional como un medio de llegar a figurar en dicha comunidad, sea dentro del oportunismo de los hombres de Estado que limitan la protección a las industrias realmente vinculadas a la producción nacional”. La propuesta de la comisión consistía en crear una Junta Económica destinada a fijar aforos o valuaciones reales “para que los derechos aduaneros resulten equitativos”, y a estudiar “las tasas desde el punto de vista de su incidencia sobre las industrias y sobre los consumos”.

organizando un sistema de recolección y concentración del material diseminado en el territorio.⁷⁶

Finalmente, como síntesis de la sección, los participantes señalaron que el:

advenimiento de un período industrial y de un activo intercambio entre las distintas regiones del país, debe, en consecuencia ser evocado para la República por todos los métodos conocidos y a nuestro alcance: exención temporaria de impuestos, garantía de un limitado interés, prima sobre determinada producción, impuestos restrictivos a la importación, etc.

A la postre, estos medios deberían ser aplicados en forma que asegurasen un tiempo suficiente para la evolución del capital invertido, “sustituyendo abiertamente la injerencia fiscal por un control bien calculado de competencia privada. De esta suerte se evitarían los peligros de tener una industria no progresiva o sujeta a la enervante tutela oficial”.

Más allá de los matices, las conclusiones de la Conferencia se acercaban a las posiciones de Bunge y de las principales colaboraciones de la REA, donde se apreciaba la necesidad de impulsar las actividades manufactureras. No obstante, ese relativo consenso era menos evidente respecto al grado de intervención del Estado, más allá de la definición de nuevos instrumentos financieros y la protección arancelaria. La profundidad de la participación del sector público también generaba diferentes posiciones respecto a los ferrocarriles, la explotación de la minería y, especialmente, del petróleo. En ocasiones se promovía una legislación de fomento para estimular a la acción privada y en otras directamente se impulsaba una mayor regulación por parte del sector público o la organización de empresas mixtas e incluso directamente estatales.⁷⁷ Esta última era la posición del gobierno de Yrigoyen, que creía conveniente “establecer, facilitar y extender las exploraciones y explotaciones fiscales de petróleo” e impulsaba leyes que incluían “la realización de las explotaciones mineras y la industria de sus productos por el Estado”.⁷⁸

La injerencia del Estado estaba también justificada para atender la “cuestión social”, que sobrevolaba todas las discusiones respecto a la

⁷⁶ En otras secciones se discutieron mecanismos legislativos para estimular la producción de alcoholes y carburantes derivados del petróleo y la de los astilleros.

⁷⁷ Véase por ejemplo, Velarde (1918), donde se proponía una legislación de fomento para estimular a la acción privada en la explotación petrolera.

⁷⁸ “Intensificación de la explotación petrolífera fiscal” y “Defensa del Petróleo”, en Senado de la Nación (1986), p. 165 y ss. (ambas intervenciones corresponden a 1919). El modelo de intervención estatal que se proponía era el utilizado para las explotaciones petrolíferas en Rumania.

posibilidad de que se agravaran los conflictos con la ruina de la industria a la salida de la guerra. Se trataba del viejo pensamiento reformista que, como lo expresó Ruiz Guinazú, remitía a la Escuela Histórica Alemana y a Gide: “El capital y el trabajo se complementan; unidos hacen más fecunda la paz social”; era el Estado el que debía poner coto al “interés voraz” y al “abuso del capital que provocaba la inestabilidad de las condiciones de nuestra vida industrial”. También Bunge había manifestado claramente en 1917 que “nosotros somos enemigos del Estado-providencia y del socialismo del Estado; lo hemos demostrado en todos nuestros estudios y en nuestra acción social; pero que, en este caso, sólo el gobierno del país puede hacer posible la política económico-internacional, que imperiosamente reclaman las circunstancias”.⁷⁹

El advenimiento del nacionalismo

Con todo, aquella postura cercana al reformismo liberal, que justificaba el intervencionismo estatal en el área industrial, fue dejando paso a una posición cada vez más conservadora y reaccionaria, particularmente después de los sucesos conocidos como la “Semana Trágica” en Buenos Aires, en enero de 1919.⁸⁰ Poco antes se había creado la Asociación del Trabajo y luego la Liga Patriótica, fundada bajo el lema “Patria y orden” por Manuel Carlés (1875-1946), asiduo colaborador de la REA que se había desempeñado como diputado radical e interventor de la provincia de Salta.⁸¹ Ambas organizaciones, vinculadas a la CACIP, tenían el propósito de presionar al gobierno para endurecer su política frente a las organizaciones sindicales, principalmente de origen anarquista, o directamente tomar a su cargo esa misión; de hecho la Liga había tenido participación destacada en la matanza de obreros durante los trágicos sucesos de enero. En esta organización confluían diversos sectores nacionalistas que en su mayoría compartían posiciones antijudías y anticomunistas.

⁷⁹ Bunge (1984 [1940]), p. 244. Originalmente publicado en *La Razón* del 20 de diciembre de 1917.

⁸⁰ La “Semana Trágica” refiere a los incidentes ocurridos entre huelguistas anarquistas y la policía, rompehuelgas y sectores nacionalistas tras la toma de los Talleres Vasena, en Parque Patricios; como resultado hubo centenares de muertos y heridos. Véase, entre otros, Godio (1985).

⁸¹ Junto a militares, políticos conservadores y radicales, empresarios e intelectuales, en la Liga Patriótica se encontraban Carlos Tornquist y también Zeballos, vinculados a la REA. Además participaba monseñor Miguel D’Andrea que -como señalamos- compartió con Bunge la dirección de los Círculos Católicos en la década de 1910. Sobre la Liga Patriótica véase Caterina (1995).

El presidente de CACIP, Zuberbühler, era a la vez vicepresidente de la Liga Patriótica y su discurso en la “Conferencia Económica Nacional”, más allá de la defensa de la producción nacional que hemos comentado, dejaba traslucir el horror frente a la alteración del orden social que habían provocado las huelgas y disturbios de enero de 1919.⁸² También Bunge enarboló el espíritu nacionalista de la Liga, a la que estaba afiliado y fue relegando -como muchos otros militantes católicos de la época- las posiciones más progresistas respecto al tratamiento de la “cuestión social”, en tanto sus propuestas respecto a los inmigrantes se tornaban más selectivas y restrictivas.

Conmovidos por la Guerra, la Revolución Rusa y los sucesos locales de la Semana Trágica y luego de la Patagonia, muchos intelectuales, en gran parte hombres destacados de la cultura, cuestionaron severamente a Yrigoyen pero también a la democracia liberal en sí, mientras prestaban atención a nuevas formas de representatividad política que se desarrollaban en Europa. No pocos emprenderán el camino del nacionalismo autoritario tomando como modelo las ideas de Charles Maurras y las experiencias corporativistas y fascistas de Miguel Primo de Rivera (1870-1930) y Benito Mussolini (1883-1945) y, desde fines de la década de 1920, de la dictadura portuguesa y su hombre fuerte, el economista António de Oliveira Salazar (1889-1970). Se trataba en general de expresiones aisladas de algunas personalidades destacadas del mundo cultural local, pero que fueron adquiriendo una articulación colectiva bajo la forma de organizaciones como la Liga Patriótica o, hacia fines de la década, en torno de algunas publicaciones periódicas y agrupaciones políticas.⁸³

En estas manifestaciones políticas la industria también tenía reservado un importante papel en función de la “independencia económica” que

⁸² Carlos Tornquist, por ejemplo había propugnado desde las páginas de la REA por una “legislación social obrera adecuada que se ponga al abrigo de las frecuentes huelgas y tiránicos boycotts raras veces justificables, perjudiciales siempre y que ahuyentan al capital extranjero” (1919), p. 19; mientras que Estanislao Zeballos se quejaba de que el presidente (Yrigoyen) “piadosamente gestiona que se acuerde lo que piden los ‘pobrecitos obreros’, y quedan eliminadas las soluciones generales y de Estado y autorizadas indirectamente las huelgas” (1919), p. 95.

⁸³ También Lugones abandonará su modelo de república liberal restrictiva para adherir explícitamente al fascismo, en una serie de conferencias auspiciadas por la Liga Patriótica; en su búsqueda concluirá que era el ejército el verdadero sujeto social identificado con la patria y en 1924 proclamará la llegada de “la hora de la espada”. El nacionalismo militante adquirirá mayor vigor a fines de ese mismo año cuando se funde el periódico *Nueva República*, dirigido por Julio Irazusta (1897-1967) y en el que participaban su hermano Rodolfo (1889-1982), Ernesto Palacio (1900-1979) y otros intelectuales que serán importantes gestores y portavoces en la irrupción cívico-militar de septiembre de 1930. Véase al respecto Navarro (1969), Ibaguren (1969) y Devoto y Barbero (1983).

reclamaba la postura nacionalista, aunque las versiones predominantes asignaban al Estado funciones limitadas en el campo económico.⁸⁴ No obstante, estas preocupaciones encontraron manifestación en algunas dependencias estatales. Ciertamente, puede identificarse una especie de nacionalismo “burocrático” o “de profesión” en determinados sectores de la estructura administrativa del Estado, que en parte se relacionaba con la función que tenían asignadas algunas reparticiones. En algunos casos las inquietudes militares respecto a las dificultades para alcanzar el aprovisionamiento frente a situaciones de conflicto fueron decisivas. En 1921 el general José Félix Uriburu mencionaba la necesidad de adquirir materiales y armamentos para “resolver la independencia económica”.⁸⁵

De hecho, algunos oficiales del Ejército y la Marina contribuyeron decididamente a la formación de este grupo de ideas nucleadas alrededor del desarrollo del capitalismo nacional y en particular de la industrialización como forma de asegurar la “defensa nacional”. En efecto, el escaso interés por la producción de insumos básicos durante los años de expansión de la economía agroexportadora fue contrastado por un grupo pequeño de militares, muchos de ellos agrupados en el Comando de Ingenieros, que propugnaba por la industrialización y una mayor independencia económica. Desde allí surgieron incluso algunas iniciativas puntuales. La más significativa fue, sin dudas, la creación en 1922 de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), una empresa estatal que quedaría bajo la dirección del coronel Enrique Mosconi (1877-1940), un militar que apostaba al desarrollo de una industria petrolera estatal integrada y pretendía “romper con los trusts” extranjeros que controlaban esa producción.⁸⁶

Paralelamente, la Marina había impulsado estudios sobre la posibilidad de utilizar carbón nacional para movilizar sus buques de guerra. Poco después de la creación de YPF, el teniente de navío Melchor Escola planteaba la urgente necesidad de asegurar el control de los recursos minerales estratégicos para la defensa:

⁸⁴ Julio Irazusta (1928) y Rodolfo Irazusta (1929). Por su parte, pueden percibirse en la postura de Palacio (1927 y 1928) tintes más estatizantes.

⁸⁵ Uriburu (1921).

⁸⁶ Mosconi egresó del Colegio Militar en 1894 y se recibió de ingeniero civil en la UBA en 1901. De 1906 a 1908, formó parte de una comisión enviada a Europa (Bélgica, Italia y Alemania) para realizar un estudio y posterior adquisición de usinas hidroeléctricas y a gas. En Alemania habría tomado contacto con la obra de List. De regreso al país se desempeñará como director del Arsenal “Esteban de Luca” y preparará la primera estadística industrial militar del país con el propósito de estimar el tiempo necesario para la construcción de los materiales requeridos en el caso de una movilización militar. Por una aproximación a su trayectoria y pensamiento puede verse Mosconi (1938); Larra (1957); y Solberg (1982), pp. 130 y ss. Acerca de los inicios de YPF y el nacionalismo petrolero véase también Solberg (1982) y Gadano (2006).

Sólo una exploración sistematizada del subsuelo por el Gobierno podrá conducirnos a situaciones reales y efectivas tal como son reclamadas por la industria, la economía general y la defensa nacional. Sin carbón y sin hierro, y dentro de la relativa capacidad económica del país, la acumulación de material guerrero, cualesquiera sea su importancia, conduciría fatalmente a una ‘impasse’ a poco que el resultado de una campaña no se desarrolle en las condiciones previstas. La capacidad de resistencia de la Nación se encuentra disminuida sin estos elementos esenciales. Si el país no tuviera carbón y hierro explotable económicamente en tiempo de paz, lo tiene indiscutiblemente para ser explotado en tiempo de guerra. Hay por lo menos que empezar por prever esta eventualidad.⁸⁷

Más tarde, el coronel Luis Vicat sostendría en una conferencia la idea de “bastarse a sí mismos” como base para la independencia económica, una idea vinculada a la defensa nacional y que, como vimos, tenían gran predicamento en las páginas de la REA, aunque el militar enfatizaba en que el Estado debía promover una industria nacional del hierro y el acero.⁸⁸

Mientras tanto, la falta de definiciones del yrigoyenismo sobre la problemática social y laboral –pero también sobre la específicamente industrial- fue alejando cada vez más a Bunge, como a otros intelectuales, del gobierno. Mientras tanto la UIA afirmaba en 1920 que en las propuestas arancelarias del gobierno campeaba “una acentuada tendencia librecambista”.⁸⁹ No sin cierta desazón Bunge afirmaba poco después:

“Fui optimista al creer hace tres años que habríamos de arrancar a nuestro suelo, muy en breve, nuevas y valiosas riquezas, rompiendo la monotonía de nuestra producción primitiva e inquietante [...] y aún no se nota una orientación concreta hacia las normas que permitirían una producción menos simple y una mayor dedicación industrial”.⁹⁰

Con todo, más allá de las sombrías perspectivas del comercio exterior (expresadas con crudeza en 1921), Bunge confiaba en comenzar la etapa de la “definitiva emancipación económica”.⁹¹ Por ese entonces se produjo un cambio en la dirección de la REA que de alguna manera reflejó la nueva

⁸⁷ Escola (1923). Una semblanza del teniente Escola y otros marinos preocupados por el desarrollo de la producción de carbón y otros materiales estratégicos puede encontrarse en Pontoriero (2012).

⁸⁸ Cfr. Vicat (1925 y 1934).

⁸⁹ Guerrero (1944), p. 268.

⁹⁰ Bunge (1921), p. 449.

⁹¹ Bunge (1921), p. 450.

situación: Gondra (ya dijimos, vinculado a Yrigoyen), Arana y Uriburu se alejaron, mientras se incorporaban Mauricio Bunge y Eduardo Tornquist (ambos empresarios y socios individuales de la CACIP), que abrieron las puertas de la revista a la colaboración permanente de Carlos Tornquist (1885-1953), el presidente e hijo del fundador del poderoso grupo diversificado *Ernesto Tornquist y Cía*, dirigente de la Asociación del Trabajo y vicepresidente de la CACIP.⁹² Para esa fecha también se integró al Consejo Miguel Ángel Cárcano (1889-1978), abogado y profesor de Régimen Agrario de la Facultad de Economía y Agronomía de la UBA, además de miembro de la Sociedad Rural Argentina (SRA), de la que fue su secretario.⁹³ A partir de entonces la REA acentuó su perfil como canal de expresión del empresariado, en particular de la poderosa CACIP, a la cual adhirió formalmente desde 1922.

Ese último año Bunge renunció a la Dirección General de Estadísticas e inició un viaje que lo llevó a Estados Unidos, donde confirmaría, en su perspectiva, las bondades de una concepción trabajadora y del esfuerzo, que había identificado en sus años mozos en Alemania.⁹⁴ La Argentina podía avanzar en la misma senda, pues también tenía una “población caucásica”, con educación y despliegue de la técnica. La agricultura, la ganadería y los ferrocarriles, factores esenciales para el crecimiento económico, ya había alcanzado un importante despliegue y era necesario avanzar en otros componentes como la edificación, la industria y la conformación de una marina mercante.⁹⁵

Discordias en torno a la legislación

En 1922 el cambio de gobierno reforzó el optimismo de Bunge respecto a las posibilidades de concretar sus anhelos. En efecto, el nuevo presidente, Marcelo de Alvear (1868-1942), anunció una orientación económica más “industrialista”, de acuerdo a su mensaje en el Congreso a comienzos de 1923, donde recogía mucho del discurso publicitado desde la REA y la

⁹² Sobre las empresas del grupo Tornquist, véase Gilbert (2003), entre otros trabajos de este mismo autor. La empresa también era adherente a la CACIP.

⁹³ Cárcano fue un asiduo colaborador de la revista donde abordó temas sensibles para los grandes hacendados, como las políticas de colonización e impuestos al latifundio, que compartía con Bunge. Sobre los vínculos de Cárcano y su trayectoria véase Blacha (2005).

⁹⁴ También esta gira le permitirá anudar relaciones con el mundo empresarial estadounidense e integrar el directorio de algunas de las empresas que se radicaron en la Argentina.

⁹⁵ Bunge (1922b). Un proyecto de creación de una Marina Mercante fue presentado por el gobierno de Yrigoyen a fines de 1916, pero luego del debate en las Cámaras fue retirado; el Ejecutivo adquirió entonces por decreto unas pocas naves para conformar la flota.

CACIP.⁹⁶ Las actividades tradicionales eran la fuente principal de riqueza y no debía achicarse el comercio exterior, pero la Argentina, en la perspectiva de Alvear, debía definir con claridad una orientación económica que no rezagara la producción y el perfeccionamiento industrial. Como Bunge y otros, el presidente destacó el inicio de una nueva etapa y la necesidad de emprender una producción con mayor grado de elaboración y diversificación y en definitiva “hacer progresos en el sentido de bastarnos a nosotros mismos”, utilizando la misma expresión esgrimida por diversos autores desde las páginas de la REA.⁹⁷

Bunge mismo adquirió fuerte protagonismo cuando el gobierno impulsó una reforma fiscal y aduanera con el propósito de comenzar a cerrar la brecha entre el precio de los bienes importados y el de los aforos, sobre el que se aplicaban las tasas. De hecho fue el principal asesor e impulsor del proyecto llevado adelante por el ministro de Hacienda, socio de la CACIP y colaborador de la REA, el venezolano Rafael Herrera Vegas (1868-1928). Incluso llegó a ocupar la presidencia de una Comisión Asesora que implementaría la propuesta.⁹⁸ La propuesta original de Bunge contemplaba algunas similitudes con la de Oliver, publicada algunos años antes en las páginas de la REA: un arancel mínimo para insumos y maquinarias (hasta 5%), entre el 25% y 50% para industrias incipientes y de 80% para los artículos de lujo y también para las industrias ya consolidadas.⁹⁹

Por su parte, Herrera Vegas juzgaba como peligroso un alza de todos los derechos aduaneros, pero proponía:

[L]a protección a las industrias verdaderamente nacionales, a aquellas que elaboren materias primas verdaderamente nacionales, a fin de defenderlas, porque están lánguidas, anémicas, no pueden vivir y se perjudicarán, si estas industrias se paralizaran, a multitud de obreros [...] es justo que pasemos ya del período agrícola al período industrial.¹⁰⁰

⁹⁶ Ya el año anterior los industriales habían obtenido respuestas a algunas demandas cuando un decreto estableció la igualdad entre las empresas extranjeras y las locales en las licitaciones de las reparticiones públicas.

⁹⁷ “Mensaje al inaugurar el período ordinario de sesiones del H. Congreso Nacional. Mayo de 1923”, en Alvear (1928), pp. 25-26. Con todo, al año siguiente notaría que el proteccionismo no debía producir el encarecimiento del costo de vida, dando continuidad a la orientación “tradicional” del radicalismo, en sintonía con el krausismo económico; véase “Mensaje al inaugurar el período ordinario de sesiones del H. Congreso Nacional. Junio de 1924”, Alvear (1928), pp. 77-78.

⁹⁸ Jáuregui y Regalsky (2003), p. 85. Sobre las medidas de gobierno en esa coyuntura véase Jorge (1971) y Villanueva (1972). El debate en el congreso se encuentra analizado detalladamente en Padoan (2011).

⁹⁹ Bunge (1924).

¹⁰⁰ Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, citado en Villarruel (1993), p. 204.

El proyecto enviado proponía un aumento general del 80% para la tarifa de avalúos, pero fue modificado por la Comisión de presupuesto: el incremento sería de 60% y también se aumentaba en 25% las tasas de los artículos gravados con derechos específicos, incorporando una rebaja para los artículos de consumo imprescindibles y para los materias primas esenciales y maquinarias, y un aumento para los bienes de lujo. En el Congreso los radicales defendieron el propósito fiscal de la reforma, mientras que los socialistas la criticaron severamente con los argumentos liberales tradicionales, citando a Smith y reprobando las ideas proteccionistas. Enrique Dickman (1874-1955), por ejemplo, señaló lo absurdo de la “idea infantil de creer que las naciones pueden a esta altura de la civilización, bastarse a sí mismas”. Y directamente atacando a Herrera Vegas, marcó:

Hace poco leí con pena [...] un reportaje hecho al señor ministro de hacienda en que él también repetía la frase que queda bien en boca de un fabricante -que tiene que ganar con la protección aduanera argentina- pero no en boca del ministro de hacienda de la nación. Yo preguntaría al señor ministro qué quiere decir ‘hay que bastarse a sí mismo’ ¿Qué nos comeremos todos nuestros novillos, todo nuestro trigo, todo el maíz argentino, los rollizos de quebracho, etcétera, etcétera? ¡Se va a indigestar el señor ministro de Hacienda con todos estos productos!¹⁰¹

Por su parte, Justo sostuvo que el “fomento de la industria nacional” ocultaba la intención de aumentar los recursos fiscales o, aún peor, favorecer los intereses de empresarios capitalistas que sólo podían vivir bajo el amparo de la protección y perjudicar a la agricultura y la ganadería. Por ese entonces, esta era también la postura del joven Raúl Prebisch (1901-1986), colaborador de la REA, que terminó por alejarlo de Alejandro Bunge poco después. Sin embargo, al final de su vida, Prebisch reflexionó así sobre el debate de 1923:

Yo creo que el problema monetario era el que más preocupaba [...] el problema del comercio exterior, porque durante la guerra hubo una protección natural y entonces se alentaron y desarrollaron industrias en el país y cuando se fue normalizando el mundo y volvieron a crecer las exportaciones, vino un gran ataque contra el proteccionismo, un debate muy sostenido en el Congreso en el cual los socialistas tuvieron una actuación muy destacada. Yo seguí atentamente esos debates que

¹⁰¹ Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, 26 de junio de 1923, citado en Padoan (2011), pp. 43 y ss., de donde también extraemos las siguientes citas de ese debate.

coincidían perfectamente con mi formación doctrinaria. En cambio, Alejandro Bunge estaba en la posición contraria. El explicó la necesidad de protección con argumentos muy sólidos. No digo que hubiera tenido más éxito si hubiera profundizado en la teoría, porque no la conocía bien. El era ingeniero; yo no se cómo entró en la economía [...] Tenía yo bastante respeto por él, pero no me produjo la impresión de un hombre sólido, como Justo y como los otros que siguiendo la teoría de la división internacional del trabajo atacaron la industrialización en la Argentina. Con todo, los hechos le dieron la razón a Bunge. Fue él el primer apóstol de la industrialización en la Argentina. Y allí yo empecé a separarme de él porque consideraba que estaba en una posición errada, completamente errada.¹⁰²

Las tesis del proteccionismo industrialista, cuya manifestación más importante se nucleaba en torno a la REA, fueron defendidas vehementemente por el diputado del Comité de Industria, Comercio y Producción de Mendoza, Frank Romero Day (1893-1950), quien denunció el anacronismo de las ideas de Smith:

Es muy hermoso hablar de libremercado [...], que dentro del escenario de la humanidad cada uno debe producir lo que produce mejor y más barato. Esta es una teoría bien lógica, tan evidente que nadie puede siquiera discutirla, pero es el caso que no vivimos, desgraciadamente en un mundo ideal, que los países viven ahora para sí, que el egoísmo nacional se ha acrecentado enormemente después de la guerra; y basta examinar las leyes que se están promulgando todos los días en cualquier país, y especialmente en los Estados Unidos.¹⁰³

También la UIA defendió con vehemencia la protección y el “decidido fomento” de la industria local, para lo que aconsejaba mantener el derecho aduanero con aranceles reales y la creación del impuesto a la renta, además de insistir con una legislación obrera que permitiese el control interno de las fábricas.¹⁰⁴

Con las modificaciones de la Comisión, la reforma arancelaria fue aprobada en el Congreso pero la fiscal, que incluía el tratamiento del

¹⁰² Entrevista de González del Solar a Prebisch en Mallorquín (2006). Alejandro Bunge tuvo relevancia en la formación y los vínculos iniciales de Prebisch, que fue su alumno en un seminario sobre economía que había dictado en la FCE y a partir de 1920 se transformó en colaborador de la REA. Por iniciativa de Bunge, Prebisch ingresó como Jefe de Trabajos Prácticos en el Seminario de Economía y Finanzas de la FCE. También por intermedio de Bunge y Herrera Vegas, Prebisch conseguiría una beca en 1925 para estudiar la organización de los departamentos de estadística de Nueva Zelanda y Australia.

¹⁰³ Padoan (2011), pp. 46-47.

¹⁰⁴ Memorial de la UIA de 1923, citado por Guerrero (1944), p. 305.

impuesto a la renta se trabó definitivamente.¹⁰⁵ Poco después, Herrera Vegas fue desplazado del Ministerio de Hacienda por Víctor Molina (1861-1933), un declarado librecambista que solicitó una rebaja de los gravámenes de algunos artículos (azúcar, tejidos de algodón y de lana).¹⁰⁶ Ello provocó la prolongación del debate, donde algunos diputados mantuvieron el discurso del “bastarnos a nosotros mismos”, convertido en un verdadero eslogan de los defensores de la industria y de la “independencia nacional”. En esa ocasión fue el diputado yrigoyenista por Santa Fe, Romeo Saccone, el que planteó la falacia de sostener el liberalismo o proteccionismo absoluto.¹⁰⁷ Aunque juzgaba necesario definir una orientación económica clara, adoptando un proteccionismo racional (es decir, limitado a un período concreto y descendente) para fomentar la industrialización de las materias primas: “pido una protección razonable, que permita el desarrollo de la industria, su consolidación y la competencia después para que el pueblo no tenga tampoco a través de un proteccionismo mal entendido que pagar mucho más de lo que cuesta el artículo extranjero, debido a la ayuda excesiva de los productos nacionales”.¹⁰⁸

En los años siguientes los gobiernos radicales no modificarían sustancialmente la política aduanera con fines de protección industrial.¹⁰⁹ Con todo, Alvear apoyó el desarrollo de YPF y confirmó a Mosconi en su cargo. Esa política implicaba la subsistencia paralela de la explotación privada, como había ocurrido con la anterior administración, pero fortaleciendo la acción estatal sobre el mercado. En 1923, durante la gestión de Tomás Le Bretón (1868-1959) al frente del Ministerio de Agricultura, el Poder Ejecutivo solicitó al Parlamento la sanción de un crédito para instalar destilerías e intensificar la producción fiscal, pero no fue siquiera tratado por el Congreso. También se propusieron reformas al Código de Minería,

¹⁰⁵ El proyecto -que contemplaba el impuesto a la renta progresivo- generó una airada oposición de los sectores propietarios; luego de algunas modificaciones fue finalmente rechazado en el Congreso. Véase Caravaca (2011), pp. 103-110.

¹⁰⁶ Molina tenía una larga carrera política en el radicalismo y era profesor en la FCE, especializado en derecho de comercio y finanzas; además fue director de la RCE. Sobre el cambio ministerial y la respuesta de la UIA véase Jáuregui (1993), pp. 180 y ss. y Lewis (1987).

¹⁰⁷ Este diputado había integrado años antes una Comisión de Investigación Judicial destinada a evaluar los negocios de La Forestal SA. Luego, durante la crisis ganadera de 1921-1923, presentó un proyecto de expropiación de los frigoríficos en caso de que sus ganancias superaran el 20%. Poco después del debate sobre aranceles, al tratar la Cámara el problema del petróleo sostuvo: “Empecemos con el petróleo, luego seguirán los frigoríficos y los ferrocarriles. Hay que hacer política nacionalista, no internacionalista”, citado por Puiggrós (2006), p. 153.

¹⁰⁸ Citado en Padoan (2011), p. 54.

¹⁰⁹ Véase Solberg (1973).

donde se establecía que todas las minas eran bienes privados de la Nación y abría la posibilidad para que el Estado las explotara directamente. Pero pese a las insistencias del Ejecutivo, estos proyectos no fueron tratados y el gobierno actuó por decreto.¹¹⁰ Ese mismo año, una ley autorizó al Poder Ejecutivo a fomentar la industria aeronáutica, la instalación de talleres y el fomento de la industria metalúrgica; esa ley daría origen poco después a la creación de la Fábrica Militar de Aviones, dependiente de la Dirección General de Aeronáutica.¹¹¹

En paralelo con estos debates, la CACIP organizó una Segunda Conferencia, que básicamente mantenía lo expresado cuatro años atrás, en la anterior. Las conclusiones de la sección sobre la industria reclamaban a las autoridades fijar tarifas que facilitaran la industrialización de las materias primas en sus zonas de producción, fomentar la iniciativa privada en la actividad petrolera y especialmente la protección de la industria nacional. La UIA específicamente requería el sostenimiento de los derechos aduaneros con aranceles reales y sólo reducirlos cuando se tratara de artículos cuya fabricación no se obtuviera localmente o se emplearan como materia prima. También la entidad insistía con el acceso por parte de los industriales a créditos de largo plazo e intereses “moderados”. Finalmente, se planteaba la protección o estímulo a algunas actividades específicas, como la industria de la madera, harinera, pesquera o la producción de aceite de oliva y algodón.¹¹²

Por fuera de esa Conferencia, ese mismo año la CACIP presentó un proyecto de ley de fomento de la industria, que de algún modo sintetizaba las ideas y preocupaciones vertidas en las conferencias económicas organizadas por la Corporación y también las de Bunge y colaboradores de la REA.¹¹³ La propuesta contemplaba la creación de una Comisión de Fomento, presidida por el ministro de Agricultura y compuesta por el decano de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, el director general de Industria y Comercio, el director general de Estadística y delegados de la UIA, la CACIP, el Centro de Consignatarios, la SRA y la Bolsa de Comercio, que establecería las condiciones de los

¹¹⁰ Sabsay y Etchepareborda (1998), pp. 365-370.

¹¹¹ Angueira y Tonini (1986), p. 58 y DINFIA (1967), p. 11. La construcción de aeronaves implicaba importar los principales insumos y materias primas y pronto promovió la creación de laboratorios de ensayos de materiales y la búsqueda de alternativas en el ámbito doméstico.

¹¹² CACIP (1931), p. 62.

¹¹³ El proyecto fue presentado a la Comisión Asesora convocada por Herrera Vegas por los delegados de la CACIP, Antonio Crouzel, J. de Marval, Guillermo Padilla (ex presidente de la UIA) y Rómulo Naón: CACIP (1923). Las citas siguientes están extraídas del articulado de este documento.

beneficios a las industrias, además de velar porque esa protección no facilitara la competencia ventajosa con las similares preexistentes.

Entre las diversas formas de protección a las actividades manufactureras, el proyecto incluía la exención, aplazamiento o reducción de impuestos, exención de derechos aduaneros, primas de estímulos a la exportación préstamos en efectivo y un régimen especial para el transporte de mercaderías. Estos mecanismos se implementarían para las industrias nuevas (consideradas así todas las implantadas a partir de 1915) y a las que se instalaran a partir de entonces para la producción de nuevos artículos; para las industrias existentes “cuya producción no satisfaga la demanda normal del consumo interno”; y para las industrias con capacidad exportadora. Adicionalmente se preveía el otorgamiento de garantías de interés mínimo al capital invertido y primas de estímulo a la producción pero sólo para aquellas industrias destinadas a satisfacer las necesidades de la “defensa nacional”.

La exención y reducción de derechos impositivos estaba planteada para un máximo de cinco años, mientras que la de derechos aduaneros para un máximo de entre cinco y diez años para las materias primas que no podían obtenerse internamente (una vez producidas localmente la exención debía cesar de manera automática). También la importación de máquinas y repuestos quedaba exenta por un máximo de cinco años. Finalmente, los productos destinados al mercado externo estarían exentos de derechos arancelarios de exportación por el mismo lapso. Las primas a la exportación se otorgarían a aquellos elaboradores de calidad cuya producción excediese la capacidad de absorción del consumo interno, considerando los costos de producción de las materias primas. El monto de las compensaciones debía “ser tal que el producto argentino pueda luchar con éxito en los mercados extranjeros” y también por un plazo no mayor a cinco años.

Los préstamos a otorgar para la instalación de nuevas industrias o la ampliación de las existentes no podrían exceder el 50% del capital a invertirse. Mientras que el interés se fijaría a una tasa menor a la del mercado, y en el caso de nuevas industrias el reembolso del capital podía quedar aplazado durante los tres primeros años. Se trataba de un sistema de crédito de mediano y largo plazo (que podía ser entregado en etapas), aunque no se establecía fehacientemente un período límite para la devolución del préstamo ni los mecanismos para garantizarlo. La Comisión de Fomento se encargaría de estudiar cada caso y fijaría las pautas específicas para su otorgamiento, seguimiento y cancelación.

Por su parte, la garantía de interés, dispuesta para las manufacturas vinculadas a la defensa nacional no podía exceder el 6% anual del capital efectivamente invertido en la industria (“y existente en el momento de la

concesión”), otorgada por un plazo no mayor de diez años. Además, el industrial debía invertir una suma no inferior a la mitad de la cantidad cuyo interés garantizaría el Estado para poder obtener el beneficio. Las primas no debían exceder de un 50% del costo de producción del artículo y no podrían extenderse por más de cinco años. Estos beneficios estaban destinados sólo a aquellas industrias que “satisfagan intereses vitales del país o que contribuyan a afianzar su independencia económica”, de igual forma determinadas por la Comisión.

Finalmente, la propuesta contemplaba una serie de medidas adicionales para la defensa de los productores locales, como la obligatoriedad de que los artículos fabricados en el país llevaran impresa la leyenda “industria argentina” o la preferencia de las empresas nacionales en las licitaciones públicas, “siempre que sus productos no excedan, bajo iguales condiciones, en más de un 10% de los precios cotizados por el producto extranjero”. Asimismo, la Comisión de Fomento podía proponer al Poder Ejecutivo la concesión de beneficios de *draw-back*, considerando tanto el interés fiscal como el de la industria nacional y el aumento de los derechos aduaneros para evitar el *dumping*.

El proyecto presentado por la CACIP condensaba de algún modo las diferentes alternativas esgrimidas en los años inmediatos de la posguerra y evidenciaba la filtración e impacto de las ideas de Bunge y los colaboradores de la REA en las corporaciones e interesados en el avance de las manufacturas, como los militares, y también el mayor peso de la UIA dentro de la Corporación.¹¹⁴ Se trataba del primer programa exhaustivo de estímulo público a la industria nacional que no reducía el fomento industrial a la protección aduanera y que en adición contemplaba instrumentos fiscales, crediticios y otros, además de considerar especialmente a las industrias básicas ligadas a la defensa nacional.¹¹⁵ Si bien no tuvo trascendencia en su momento, el conjunto de tópicos y preocupaciones allí planteado tendrá persistencia en los debates sobre la industria en las décadas siguientes.

Como refuerzo de estas ideas e instrumento político, la UIA organizó una gran Exposición de la Industria Argentina en 1924; su propósito no era otro que el de demostrar los notables avances del sector desde las anteriores

¹¹⁴ La UIA no había participado de la Primera Conferencia, pero sí lo haría en las Segundas y organizaría las Terceras. Ello refleja los cambios internos de esa corporación, en tanto a partir de 1922 un nuevo estatuto reforzó el peso de los sectores más concentrados y de las nuevas actividades como electricidad, petróleo y cemento. En cambio, en las Segundas no participó la SRA, cuya conducción estaba en manos del grupo de los “criadores”.

¹¹⁵ Por esa época, en economista francés de paso por la Argentina había señalado la necesidad de no reducir el fomento industrial a la protección aduanera: Geze (1924).

exposiciones realizadas a fines del siglo XIX, a la vez que modificar una serie de representaciones en boga sobre la industria local. Si bien la Exposición no era el espacio para formular propuestas específicas a las autoridades (planteadas -como vimos- mediante otras instancias), la propuesta detrás de la muestra era lograr la “independencia económica” bajo la fórmula del “bastarnos a nosotros mismos”, doblegando la subordinación que imponía el comercio internacional. De hecho, el presidente de la UIA, el ingeniero Luis Palma, bregó por la realización de un nuevo censo industrial (el anterior era de 1914) y la proyección con urgencia de un plan orgánico de fomento y protección de la industria.

Específicamente solicitaba la creación de una “Junta de Aforos y Fomento Industrial” y la lucha contra el *dumping*. Finalmente señalaba que debían defenderse “nuestras riquezas, nuestras industrias transformadoras; debemos ser proteccionistas por altas conveniencias patrióticas [...] porque no nos resignamos a rebajar nuestra independencia al nivel de factoría, sino que deseamos mantenernos como nacionalidad soberana”.¹¹⁶ También era claramente un espacio para generar “conciencia” en un público amplio, con el propósito de que apoyara a los productores locales. Consignas como: “Cada peso que Ud. invierte en la compra de productos extranjeros es un peso que Ud. arrebató al obrero argentino” o “Proteja la industria de su país y en su país habrá riqueza y bienestar” tenían el claro cometido de educar al consumidor y vencer la resistencia hacia los artículos de producción nacional; una preocupación planteada por varios colaboradores de la REA en múltiples oportunidades.¹¹⁷ Más tarde, se inauguraría una Exposición Permanente con el mismo propósito.

El resurgimiento de Bunge

Mientras tanto Bunge regresó al llano, no sin dejar de intentar influir en el debate sobre la reducción de tarifas a través de artículos en la prensa.¹¹⁸ En 1926 insistía en defender con aranceles del 26% al 50% durante un lapso prudencial “a aquellas industrias nacionales convenientes para la economía del país” frente a la competencia basada en “salarios y monedas inferiores”.¹¹⁹ Al mismo tiempo mantendría en pie la denuncia de la “pamplina económica”, envuelta de demagogia política, de la justificación librecambista:

¹¹⁶ Citado por Guerrero (1944), p. 320.

¹¹⁷ Lluch (2009), p. 247.

¹¹⁸ Véase el artículo publicado en la REA bajo el seudónimo de Vieytes (1925).

¹¹⁹ Bunge (1926b), pp. 194-195.

[L]a mayor parte de las rebajas de derechos de aduanas que han perjudicado al trabajo nacional se han establecido en la Argentina al amparo de una frase mágica, mitad política, mitad ingenuidad: 'hay que defender al consumidor'. Esta frase vino a prolongar la vida de la política económica pastoril que tanto mal está haciendo a nuestro país.¹²⁰

Ese discurso se mantuvo sin mayores variaciones durante el transcurso de la segunda mitad de la década del veinte, mientras se delineaba con mayor fuerza la cesura entre librecambistas y proteccionistas. Un colaborador de la REA señalaba que del lado del librecambio se encontraban:

[E]l gran diario *La Prensa*, *La Vanguardia*, órgano del Partido Socialista [...], *La Tierra*, órgano de la Federación Agraria y otros periódicos del Litoral [...]. El vocero actual de esta tendencia, alabado por todos ellos, es el presidente de la Sociedad Rural Argentina.

De otro lado, del *proteccionismo*, con distintos matices, desde el gran diario *La Nación* y *La Razón* de la Capital Federal, discretamente oportunistas, hasta los periódicos ultra proteccionistas de aquellas provincias que defienden las industrias norteañas o andinas [...] y la mayor parte de los industriales de todo el país, de los cuales es autorizada opinión la de la Unión Industrial Argentina [...], como asimismo, la importante Confederación de la Industria, el Comercio y la Producción.¹²¹

La salida del gobierno de Bunge no amilanó su optimismo sobre las posibilidades de la economía argentina y algunas medidas como la organización de un Ministerio de Industria especializado en los estudios de los problemas sectoriales o la revisión de los convenios comerciales, limitando el uso de la cláusula de "nación más favorecida", llamaron su atención. En una conferencia dictada en la ciudad de Paraná daba cuenta (a través de indicadores tales como cantidad de teléfonos y automóviles, kilómetros de líneas férreas, cifras de comercio exterior y otras) de la capacidad económica nacional, que superaba a la del conjunto de los países de América del Sur; pero a la vez denunciaba la falta de políticas industriales, a diferencia de Brasil donde estaban provocando un acelerado crecimiento económico.¹²² Tampoco se resintió su intervención y protagonismo, que por el contrario pareció incrementarse en la segunda mitad de la década. Particularmente, el ascenso de Luís Colombo (1878-1946) a las posiciones directivas de la UIA acercó las posiciones de esta

¹²⁰ Bunge (1926a), p. 484.

¹²¹ Pérez Catán (1927), p. 467 (cursivas en el original).

¹²² Bunge (1925).

entidad con las de la REA, mientras Bunge se transformaba en el principal asesor del dirigente empresarial.¹²³

Después de varios intentos la UIA organizó en noviembre de 1925 un Segundo Congreso de la Industria Argentina, presidido por Colombo.¹²⁴ En la apertura él mismo llamó la atención al gobierno, que en su opinión debía “escuchar la voz de los habilitados para cooperar”, a través de la creación de organismos de consulta. Mucho podía avanzar la industria si los legisladores y el gobierno dejasen de persistir en sancionar leyes que atentaban contra la industria nacional. Más aún, no era posible tolerar que “un empleado público, vea, en cada industrial [...] a un defraudador, ni que algunas disposiciones estén basadas en conceptos injustos y agraviantes”.¹²⁵ Los delegados se abocaron en esa oportunidad a tratar extensamente temas vinculados a la política económica y aduanera, el fomento industrial y a variados aspectos legales en numerosas secciones.

En 1927 el gobierno se pronunció por la nacionalización de los yacimientos petrolíferos y el monopolio de su industrialización y comercialización por el Estado y envió a las cámaras proyectos de ley en ese sentido.¹²⁶ En los debates, el yrigoyenismo pareció acentuar dentro de sus “postulados” las posiciones nacionalistas, a tal punto de que algunos autores han vislumbrado un “cambio doctrinario”.¹²⁷ En esa ocasión, Diego Molinari señaló que “hay en el fondo de esta cuestión, el debate secular [...] acerca de si es el Estado o el individuo el que ha de primar en la regulación económica de los bienes que constituyen el patrimonio colectivo. La representación radical se inclina por el Estado, y entiende que en el Estado

¹²³ Colombo era un empresario rosarino vinculado a empresas de seguros, mineras y vitivinícolas (vino Tomba), y al grupo Leng Roberts; era además amigo de Savio y Mosconi. En julio de 1925 fue elegido vicepresidente de la UIA y en enero del año siguiente presidente. Fue el primer presidente de entidad que no tenía a la vez cargos en la SRA, aunque su perfil no era muy diferente al de los otros directores de la UIA como Tornquist, Demarchi o Bemberg, representantes de los grandes grupos diversificados. Será uno de los principales colaboradores de la REA en los años siguientes; UIA (1987).

¹²⁴ Las bases del Congreso fueron establecidas por una Comisión especial presidida por Colombo y entre cuyos vocales se encontraba, junto a destacados empresarios, Bunge.

¹²⁵ Citado por Guerrero (1944), p. 336.

¹²⁶ Véase la posición del gobierno en el mensaje de Yrigoyen al Senado del 22 de octubre de 1929, en Senado de la Nación (1986), p. 172 y ss.

¹²⁷ Clementi (1987) percibe en los debates sobre la nacionalización del petróleo que la bancada personalista fiel a Yrigoyen adquiere “progresivo afinamiento teórico” acerca del papel del Estado en la conducción económica. Poco antes, un dirigente había expresado que el capital extranjero era “un peligro ya para todas las fuerzas políticas y sociales de la República que amenazan [...] con la soberanía y prestigios de los gobiernos e instituciones nuestras”; Ponssa (1925).

ha de esta el contralor de estas grandes riquezas”, mientras aclaraba que los radicales tenían una “ideología definida” con respecto a esos problemas.¹²⁸

El nacionalismo energético también formaba parte de las preocupaciones de los industriales. Colombo defendió la soberanía sobre los yacimientos, la reducción de las importaciones de hulla para ahorrar divisas y estimular su producción local, y el crecimiento del empleo y la mecanización que derivaría de la explotación de los hidrocarburos.¹²⁹ Mientras que el general Alonso Baldrich (1870-1956), ex administrador de los yacimientos de Comodoro Rivadavia, confirmaba la posición del nacionalismo económico:

La República Argentina, sin perseguir hegemonías comerciales ni imposición de tutelajes, tendrá, mediante la propiedad nacional de su petróleo, uno de los elementos básicos de su defensa nacional, y el control del Estado en su explotación y distribución asegurará la tranquilidad necesaria a su progreso, exento de complicaciones enojosas, para llegar a su bienestar con la fuente de una riqueza nueva, que será prosperidad económica en los mil usos industriales, agrícolas y domésticos, en los transportes aéreos, ferroviarios, marítimos y carreteros, que son los principales medios de distribución de las riquezas.¹³⁰

Esta idea era también compartida por Mosconi, quien antes se había pronunciado por un “monopolio mixto”, pero quien en 1928 señalaba que no había “otro camino que el monopolio del Estado pero en forma integral, es decir, en todas las actividades de esta industria: la producción, la elaboración, el transporte y el comercio [...], sin monopolio del petróleo es difícil, diré más, es imposible para un organismo del Estado vencer en la lucha comercial las organizaciones del capital privado”.¹³¹

En ese contexto, Colombo y Bunge impulsaron una “Tercera Conferencia Económica Nacional” de la CACIP, que tuvo lugar en 1928 con un tono claramente opositor al gobierno yrigoyenista. En ese cónclave se solicitó una urgente legislación nacional en materia petrolera que fomentara la exploración y explotación impidiendo “todo monopolio”, en

¹²⁸ Clementi (1987).

¹²⁹ Villarruel (1993), pp. 211-212.

¹³⁰ Baldrich (1927), citado por Pontoriero (2012), p. 14. Este general seguía las ideas de Camilo Barcia Trelles, un profesor universitario español que había publicado *El imperialismo del petróleo y la paz mundial* (también referenciado por Colombo en más de una conferencia). Sobre el nacionalismo económico de Baldrich puede verse Larra (1981).

¹³¹ Artículo de Mosconi en *La Prensa* del 19 de marzo de 1928.

oposición a las leyes propuestas por el gobierno nacional.¹³² Santiago Rey Basadre destacó que el Estado debía abstenerse, en principio, de explotar industrias con fines comerciales, “considerando que, según la experiencia [...] no era buen administrador ni industrial”, utilizando las mismas palabras enunciadas por Bunge en más de una ocasión.¹³³ También se planteó la necesidad de conformar una “Junta Permanente de Aforos” y revisar nuevamente los aranceles sobre la base de establecer tres categorías: hasta 25% con propósitos meramente fiscales, hasta 50% derechos protectores y más de 50% derechos prohibitivos.

El nacionalismo económico antiyrigoyenista también encontró expresión a través del político jujeño Benjamín Villafañe, quien sostenía que las políticas librecambistas del gobierno habían terminado por doblegar al interior.¹³⁴ Su propuesta contemplaba la adopción de un moderado proteccionismo que permitiera la diversificación de la producción. Más interesante aún, el dirigente jujeño presentó un proyecto vinculado al desarrollo de la siderurgia en su provincia natal. La existencia de yacimientos de hierro y la disponibilidad de carbón vegetal podrían servir de combustible básico para los altos hornos, un proyecto que anticipaba el que se pondría en marcha a fines de la década de 1930.¹³⁵

A finales de la década, las preocupaciones de Bunge continuaban en línea con su diagnóstico de estancamiento y las vulnerabilidades de la economía argentina frente a posibles problemas en el frente externo, derivados del reforzamiento del proteccionismo en los Estados Unidos y la tendencia de Gran Bretaña de replegarse sobre sus colonias, una lúcida previsión respecto a lo que acontecería poco después. Pero sobre todo, su impaciencia giraba en torno a la falta de respuestas por parte del gobierno y la demora en la aplicación de una “nueva política económica”, por la que bregaba desde hacía más de una década.¹³⁶

Otra de las preocupaciones de Bunge giraba en torno a las inversiones en el sector industrial, principalmente estadounidenses, que se estaban llevando a cabo por ese entonces con inusitada intensidad. Hacia 1927 ya no anunciaba la pronta llegada de una nueva etapa industrial sino directamente la hora del “nacionalismo económico”.¹³⁷ Pero ese

¹³² Poco antes, Colombo había apoyado el proyecto de ley del gobierno, si bien con reservas, y proponía un sistema de explotaciones mixtas para evitar el peligro del monopolio estatal. Véase Colombo (1927).

¹³³ CACIP (1931), p. 115.

¹³⁴ Villafañe (1926 y 1927).

¹³⁵ Sobre Villafañe véase Fleitas (1997).

¹³⁶ Bunge (1928).

¹³⁷ En el artículo “De la estabilización al progreso” decía que “estamos ya seguros que no podrá triunfarse en adelante en ninguna campaña política sino se levanta la bandera del

nacionalismo no impedía valorar positivamente las inversiones foráneas. Para Bunge, como sostienen Jáuregui y Regalsky, la “autonomía” resultaba del aumento de la diversificación de la producción que las nuevas inversiones traerían, independientemente de su origen. Su postura crítica respecto a las características del comercio exterior argentino se había atenuado respecto a la desplegada en los años de la inmediata posguerra, probablemente como consecuencia de la recuperación económica derivada, en parte no menor, del restablecimiento de ese comercio y de los flujos de capitales que ingresaron a partir de mediados de la década, tal como él mismo lo preanunciara.

En ese nuevo contexto, la admiración por los Estados Unidos no implicaba una oposición a los intereses tradicionales británicos sino una reorientación de la política comercial externa para lograr la modernización económica. Se trataba de impulsar políticas más activas y un nuevo eje de realizaciones económicas basado en los automotores y la explotación petrolera, sin dañar los vínculos comerciales y financieros que se habían alcanzado con las grandes potencias. La reserva del mercado interno, las desgravaciones impositivas y la menor injerencia posible en la marcha de las actividades de las empresas extranjeras constituían los instrumentos idóneos para estimular una implantación virtuosa.¹³⁸

No obstante, aún cuando podía compartirse la admiración respecto a los Estados Unidos, posiciones más críticas a las empresas extranjeras también tenían lugar en la revista a fines de los años veinte. Alejandro Shaw, un empresario vinculado al grupo Tornquist, sostenía que no había independencia económica:

si las utilidades producidas salen del país en forma de dividendo a los dueños verdaderos; no habrá independencia económica si producimos por medio de casas extranjeras, no habrá independencia económica si nos contentamos con apariencias y los argentinos trabajamos no ya como

nacionalismo económico, con un programa concertado hacia la defensa del trabajo nacional”, Bunge (1928b), tomo II, p. 85.

¹³⁸ Jáuregui y Regalsky (2003), p. 92. Esta perspectiva le permitía apoyar las inversiones inglesas en ferrocarriles y a las norteamericanas en petróleo, a la vez que denunciar un erróneo nacionalismo, como expresó en ocasión de debatir sobre YPF: “Nosotros no solamente no coincidimos con esas ideas sobre el industrialismo de Estado, ni con el supuesto imperialismo yankee, ni con esa clasificación de los ciudadanos y su monopolio del patriotismo, sino que consideramos que en la Argentina, oponerse a la venida de capitales extranjeros es oponerse al desarrollo y progreso del país y a su independencia económica”. Bunge, “Monto de los capitales extranjeros en la República Argentina, en Bunge (1928b), tomo II, p. 13.

dueños sino como asalariados [...]. La libertad política es un mito sino va acompañada de independencia económica.¹³⁹

Colombo y la UIA

La reorientación del comercio exterior implicaba alejarse del lema “comprar a quien nos compra” que defendían los sectores tradicionalmente vinculados a Gran Bretaña y también el gobierno de Yrigoyen en circunstancias de la misión D’Abernon en 1929 (que proponía la rebaja de aranceles para algunos bienes ingleses).¹⁴⁰ La UIA se oponía también a esa prescripción y consideraba que la protección de las industrias locales era el remedio real para la economía argentina.¹⁴¹ No obstante, Colombo llegó a sostener que:

En esta casa [la UIA] donde se proclama el proteccionismo como la mejor orientación económica argentina, en esta casa donde hemos predicado y seguiremos predicando lo que en una oportunidad feliz dijo el actual embajador inglés sir Malcolm Robertson sintetizando la frase «comprar a quien nos compra» y que él con tanta razón pudo expresar, está justificado en nuestro concepto, para Gran Bretaña como una casi obligación del Estado, y de los particulares, que debería ofrecerle toda la preferencia en cuanto artículo pueda ella proporcionarnos, mientras no lo produzcamos nosotros mismos, otorgándoles el justo premio que merece y más aún, a que tiene derecho por su constante y decidida obra a favor de nuestro país.¹⁴²

Con todo, esta gentileza del titular de la UIA para con el comercio británico escondía una fuerte defensa de la producción local, y así debe entenderse.

Ese mismo año, Colombo publicó un verdadero manifiesto de las principales ideas y demandas de los empresarios industriales del momento, que en parte recogía lo anunciado en una serie de conferencias realizadas precedentemente, dentro de un plan de acción elaborado por la UIA.¹⁴³ Las ideas vertidas en este libro merecen destacarse en extenso pues condensa

¹³⁹ Citado por Llach (1985), pp. 13-14. Sobre la figura de Shaw puede verse Shaw de Critto (2009).

¹⁴⁰ El vizconde D’Abernon destacó en su informe que a Inglaterra y a Argentina les era imposible bastarse a sí mismos y que el comercio exterior constituía un factor vital para la prosperidad de ambas: “un país necesita otro como mercado, y esta necesidad es ahora más grande que nunca”. Citado por Villarruel (1993), p. 216.

¹⁴¹ Citado por Llach (2009), p. 256.

¹⁴² Citado por Schvarzer (1991), p. 64.

¹⁴³ Colombo (1929).

los avances de buena parte del debate intelectual sobre la industria del período y donde además se puede advertir claramente la impronta de Alejandro Bunge.

Colombo partía de cuestionar la teoría clásica del comercio internacional, una teoría abstracta de “viejos economistas”; nadie había llevado a la práctica jamás las lecciones vertidas en sus libros. Se trataba de letra muerta, sin posibilidad de ser aplicada efectivamente, mucho más en las circunstancias posteriores a la guerra mundial: “he dicho en una ocasión que el más librecambista lo sería yo mismo si en un día determinado, todas las naciones del mundo suprimieran las aduanas, declararan los mares y ríos libres, las fronteras, [... pero] el librecambio es una teoría cada día mas utópica”.¹⁴⁴ Colombo rescataba a Hamilton, “cuyos principios librecambistas son conocidos”, por haber presentado en 1790 ante el Congreso “un notable informe incitando a proteger el desarrollo de la industria nacional, como una necesidad imperiosa para propulsar la grandeza del país y asegurarle sus propios medios de defensa.” Era necesario un “sano y sabio proteccionismo”.

Pero en la Argentina los librecambistas –que Colombo identificaba con “cierta aristocracia ganadera”- argumentaban erróneamente que “toda protección encarece y que a la vez crea industrias artificiales”.¹⁴⁵ Para el dirigente industrial:

el librecambio para los argentinos es el estupefaciente más eficaz para matar su progreso económico [...] Cuando un país como el nuestro posee las más variadas materias primas que sirven a las grandes necesidades de la vida contemporánea no es posible subordinarlo a fuerzas extrañas que no viven del librecambismo que se pretende para nosotros. Es una aberración económica y un contrasentido nacionalista. Nadie ha probado hasta ahora que el librecambio haya mejorado las condiciones de un país, ni mucho menos que los pueblos librecambistas hayan vivido más barato que los que no lo son.¹⁴⁶

El proteccionismo había dejado ya de ser teoría “para alcanzar la más amplia y perfecta concreción”, no así el librecambio que seguiría “muy posiblemente siendo teoría y más que teoría una ideología por siglos y

¹⁴⁴ Colombo (1929), p. 10. “El nacionalismo económico que se hizo más fuerte en cada país, sobre todo después de la gran guerra y la lucha de cada uno por bastarse a sí mismo en todo cuanto le fuese fácil o posible producir y manufacturar, han modificado aquella situación y han obligado a Inglaterra a ser en la actualidad tan proteccionista como las demás” (p. 21).

¹⁴⁵ Colombo (1929), p. 15.

¹⁴⁶ Colombo (1929), p. 13.

siglos”.¹⁴⁷ La protección aduanera era más justificable en países dotados de mayor cantidad y más diversidad de materias primas, una idea que se apoyaba en una cita de Tougan Baranowsky (*sic*): “los países que producen las primeras materias necesarias a la industria, gozan esa enorme ventaja que nada puede compensar”.¹⁴⁸

El problema era precisamente la falta de protección aduanera -como se reclamaba en la REA desde sus inicios-, puesto que la tarifa de avalúos, era sólo un “anacrónico librejo que rige desde 40 años a fuerza de remiendos y tafetanes”, con principios puramente fiscales. La queja de Colombo hacía alusión no sólo a que la tarifa no fomentaba el desarrollo manufacturero sino que además protegía “al revés”: “en ciertos casos la materia prima requerida por algunas industrias, y que no se produce en el país, paga derechos mayores que el producto elaborado similar al de la manufactura propia”.¹⁴⁹ Aquellas industrias que sí estaban protegidas como la azucarera o vitivinícola habían permitido el desarrollo regional; lo mismo había sucedido con otras industrias protegidas por razones fiscales como la producción de cemento portland o algunos artículos de hierro que habían sido “beneficiosas para el país”. Ello daba pie para discutir la idea de industria “artificial”.

En este sentido, junto a la propuesta del desarrollo de actividades relativamente simples, como la producción del gusano de seda, Colombo apuntaba a impulsar industrias que garantizaran insumos estratégicos, en claro guiño a las preocupaciones de algunos militares y del nacionalismo:

«*si vis pacem para bellum*» debe ser un aforismo que rijan nuestra vida de nación libre, abierta a todos los hombres de buena voluntad que quieran habitarla, pero también siempre preparada para detener cualquier avance

¹⁴⁷ Colombo (1929), p. 72.

¹⁴⁸ Mikhail Tugan-Baranovsky (1865–1919) fue un economista ucraniano de gran influencia dentro del marxismo ruso desde finales del siglo XIX hasta su muerte. Más aún, de acuerdo a Schumpeter se trató del “economista marxista más influyente de ese período” (1954, p. 1126, nota 9, traducción propia), señalando particularmente su interés por asociar un “trabajo histórico de gran calidad” con una fuerte impronta teórica. En 1894 la aparición de su tesis sobre las crisis industriales inglesas iniciaría una amplia y extensa polémica en el continente europeo -especialmente tras la aparición de su traducción al alemán en 1901- acerca de la naturaleza cíclica del capitalismo. Al postular la “desproporcionalidad” (entre consumo e inversión) como único origen de las crisis, abría la posibilidad de evitar las crisis mediante el accionar consciente del Estado e incluso, de los grandes monopolios (cfr. Barnett, 2001). Más tarde, Tugan volcaría su atención hacia los problemas agrarios y del cooperativismo, llegando a desempeñarse como Secretario de Finanzas al regresar a Ucrania en 1917 (Nove, 2008).

¹⁴⁹ Colombo (1929), pp. 71 y 83.

que pretendiese menoscabarla. Par a ello es menester en primer término, asegurar la industria propia en las ramas siderúrgica y metalúrgica.

Para lograr el desarrollo de estas actividades era necesario intensificar la búsqueda de minerales metalíferos y de hierro particularmente. Mientras tanto, “lo menos que puede hacerse en defensa de nuestra industria metalúrgica es aprovechar de eso que llamaremos «mina flotante» representada por todo lo que es fierro y acero viejo cuya salida del país debe evitarse en beneficio del trabajo nacional”.¹⁵⁰

También atacó decididamente la consigna del “comprar a quien nos compra” de la SRA.¹⁵¹ En rigor, la UIA -de acuerdo a Colombo- preconizaba una política comercial orientada a adquirir aquellos bienes que el país no producía a aquella nación “que nos compra en mayor escala o que más lo ayuda con sus capitales o que mayor suma de éstos tiene invertidos en nuestro país” (Gran Bretaña). El “comprar a quien nos compra” expresaba la cláusula de la nación más favorecida, que no se ajustaba a las nuevas condiciones del mercado mundial, dominado por barreras arancelarias y para-arancelarias que trababan las exportaciones argentinas. Se trataba sólo de una bella frase, un “presunto curalotodo”, “malísimo” e impracticable por varias razones:

Primero, porque las naciones que accidentalmente puedan adquirirnos una suma determinada de productos y materias primas nuestras, pueden en cambio no hallarse en condiciones de vendernos convenientemente determinados productos o manufacturas, que otros países que no nos compran, nos ofrecen con más ventajas. Y porque de beneficiar al país que nos compra y no nos puede vender en las condiciones del que no nos compra, a base de favorecer el primero en los derechos aduaneros, sólo se conseguiría hacernos pagar más caro y arruinar a las manufacturas argentinas. Segundo, porque seríamos un juguete permanente librado a la lucha de las economías extranjeras, que aplicarían cien distintos recursos si les conviniese dominar nuestros mercados, validos de las condiciones de privilegio en que se encontrasen una economía frente a otra. No es esto nada nuevo, ni cosa que no se haya hecho con nuestro país, cuando ha faltado alguna industria nacional que no fuese un freno para impedir el pleno éxito de un propósito de conquista mercantil. Hoy, después de la gran guerra, la lucha sería más fácil de parte de ciertas naciones para destruir las industrias nacionales que quedan en pie. Tales los resultados de una política aduanera de preferencias o de represalias como lo tienen

¹⁵⁰ Colombo (1929), pp. 143-144.

¹⁵¹ Según Villarruel (1993, p. 215), ese lema correspondía a una incorrecta e interesada adaptación local por parte de miembros de la SRA de la expresión “cómprennos que podríamos llegar a comprarles” planteada por el embajador Ingles Malcolm Robertson.

solicitado las entidades rurales, cuyos prestigios serán siempre superiores al error en que han caído momentáneamente.¹⁵²

Según Colombo, si el país siguiera esa máxima ridícula, las industrias se verían destruidas y solo sobreviviría la producción agrícola y ganadera, un “país pobre, atrasado y sin horizontes”, que solamente podría albergar a quince millones de habitantes.¹⁵³ La respuesta a esa consigna consistía en proteger la producción nacional y ganar nuevos mercados. En suma, hacer como los Estados Unidos: industrializar “la leche, el cuero, el lino el maíz” y proteger:

esa transformación con sabias leyes internas y aduaneras y veremos si somos o no capaces de invadir mercados consumidores en competencia con aquel país [...]. Estimulemos la explotación mineral y la industria metalúrgica y veremos si no acabamos en pocos años con muchas importaciones norteamericanas [...]. Esa es la verdadera represalia, esa es la verdadera lucha y la verdadera noble victoria a que deben aspirar los argentinos.

Colombo insistió con esta temprana idea de exportación industrial en el capítulo “La ganadería y la agricultura industrializada”. Allí se preguntaba por qué en vez de exportar lino “a precios irrisorios”, no exportar aceite de linaza o pinturas:

¿Por qué no habremos nosotros de producir tales sub-productos para eliminar nuestra importación y vender a otros mercados? [...] Y será entonces, cuando aminorando la necesidad a veces premiosa de exportar la materia prima, los mercados que la necesiten la compren al precio que deben pagarla, o nos compren, si no les conviene aquella, el producto elaborado.¹⁵⁴

Para Colombo el “comprar a quien nos compra” debía transformarse en “comprar a nosotros mismos y poder vender a los demás”, un lema que además permitía “excederse en los patrióticos propósitos de “bastarse a sí mismo”. Se trataba de una temprana idea de impulso industrial que contemplaba a la vez el desarrollo del mercado interno y también la posibilidad de agregar valor a las exportaciones de materias primas a través

¹⁵² Colombo (1929), p. 61. Colombo contestaba así a Luis Duhau, presidente de la SRA, quien en 1927 había criticado las “ideas económicas de vanguardia” y del “bastarse a sí mismo”.

¹⁵³ Colombo (1929), p. 58.

¹⁵⁴ Colombo (1929), pp. 182-183.

de su industrialización. De algún modo, esa idea iba más allá de las posiciones vertidas por Bunge y la REA y no sería realmente tenida en cuenta como posibilidad hasta los años de la Segunda Guerra Mundial.

El dirigente industrial concluía con una serie de propuestas que constituían un proto-programa “industrialista”, que recuperaba muchas de las medidas propuestas en los años previos. En primer lugar señalaba la necesidad de una reforma inmediata de la tarifa de avalúos, y un aumento general de los aranceles para otorgar una “protección racional de la industria manufacturera”. También proponía una serie de medidas destinadas a contrarrestar el *dumping* y estimular el desarrollo de la producción minera, “creándole primas si fuese necesario”. Paralelamente incluía una serie de medidas destinadas a establecer un marco propicio para el impulso manufacturero: la creación de un ministerio de Economía o de Industria y comercio, la conformación de una Junta Asesora con representantes de los productores, la reforma de las leyes impositivas, la compilación del código de trabajo nacional y de las leyes sociales en un cuerpo legal homogéneo (que asegurase “la armonía del capital y el trabajo”) y la nacionalización automática del extranjero. Finalmente la propuesta también incluía el impulso de la infraestructura en caminos y la creación de una marina mercante. Según Colombo, de aplicarse este programa, “veremos acudir la avalancha humana hacia estas tierras y veremos también llegar los capitales necesarios para desarrollar el portentoso progreso que nuestra incomprensión ha detenido”.¹⁵⁵

Este llamado se completaba, en las particulares circunstancias políticas de fines de la década de 1920, con una dura crítica al gobierno y a lo que el dirigente industrial consideraba una falta de respeto hacia las “fuerzas vivas”, que no eran consultadas en las decisiones importantes. Ciertamente, años antes ya había alertado acerca de la incomprensión de los políticos y la posible resolución de ese dilema:

Mientras los partidos políticos no comprendan la necesidad de modificar sus sistemas y escuchar y atender a los que trabajan por la riqueza de la patria, será necesario que las fuerzas vivas por medios de sus entidades representativas, vayan meditando en la imperiosa necesidad de acciones conjuntas para amparar el capital, que crea fuentes de vida, y al trabajador, que las complementa.¹⁵⁶

Particularmente la crítica descansaba en la política social del radicalismo, cuyas leyes perturbaban “la necesaria armonía entre el capital y el trabajo y

¹⁵⁵ Colombo (1929), pp. 198-199.

¹⁵⁶ Citado por Llach (1985), nota 7.

que han encarecido la producción argentina”. Dejando en claro sus preocupaciones, señalaba:

Los partidos políticos que mantienen alta la bandera nacional y el concepto de patria, han aflojado su resistencia frente a la política proselitista de los partidos extremos, y estos abusando de teorías exóticas y creando ídolos extraños a nuestra vida nacional, penetran en el ánimo de los desorbitados o de los tantos Juan sin patria que nuestro cosmopolitismo crea. Y en esas «aflojadas», para usar nuestro gráfico término nacional, vemos avanzar una fuerza desquiciadora que canta «la internacional» en el salón de actos de una facultad, o que pasea un trapo rojo como símbolo de rebeliones dinamiteras y de irreverencias a nuestros sagrados sentimientos de nacionalidad.¹⁵⁷

La participación personal de Colombo en el golpe militar de 1930 fue el corolario de estas preocupaciones, como así también de Bunge y varios de sus colaboradores en la REA.¹⁵⁸ Ante un exhausto yrigoyenismo, todos ellos creyeron encontrar en el gobierno militar-corporativista un ambiente más propicio para desplegar sus inquietudes de reforma social.

Comentarios finales

Los intelectuales y políticos preocupados por la “cuestión social” de la primera posguerra recibieron el influjo de dos corrientes de pensamiento surgidas en Europa durante la segunda mitad del siglo XIX: el neokrausismo positivista y la Escuela Histórica Alemana. En su fundamento, ambas coincidían en señalar la necesidad de avanzar con reformas sociales y políticas de intervención más amplias. Ello posiblemente permitió un primer acercamiento entre los dos movimientos que los representaban localmente: esquemáticamente, entre Yrigoyen y el ascendente radicalismo de un lado y Bunge y los intelectuales congregados en torno a la REA, por el otro. Sin embargo, más allá del suelo común, los diferentes horizontes de los que partían también pusieron los límites para la capacidad de concertar los fines de la transformación económico-social que ambos bandos reclamaban. Las propuestas que comenzaron a oírse por una mayor intervención a favor de la industria acabarían por chocar con los

¹⁵⁷ Colombo (1929), pp. 41-42.

¹⁵⁸ Colombo fue, junto a otros pocos, quien el 6 de septiembre de 1930 condujo a Enrique Martínez, vicepresidente de la Nación en ejercicio, a una sala contigua a la que se encontraba el general Uriburu para aconsejarle que renunciara a la presidencia. Inclusive, según Matías Sánchez Sorondo, la renuncia “fue redactada y escrita por el propio Colombo”; citado en Gasío (2006), p. 546. Sobre el hecho véase también Sarobe (1957), p. 166.

fundamentos krausistas que parecieron predominar entre quienes ostentaban el poder político desde 1916; mientras algunos de los hombres vinculados a la REA (y claramente su director) decretaban el agotamiento del modelo primario exportador y la necesidad de avanzar hacia una estructura económica más diversificada, a los radicales interesaba, esencialmente, el mantenimiento de la “armonía social” a partir de un papel diferente del Estado, pero sin romper con los principios librecambistas. Tampoco los “industrialistas”, más allá de proponer instrumentos financieros y de protección arancelaria, propiciaban una profunda intervención estatal en las actividades manufactureras o mineras.

Así, más temprano que tarde, Bunge y su grupo comenzarían a buscar vías de influencia que les permitieran traspasar los límites del “solidarismo” yrigoyenista. La alianza de los miembros de la REA con algunas asociaciones empresarias resultó más fluida y seguramente, los potenció mutuamente: en la Revista, la CACIP y la UIA podían hallar fundamentos de peso para argumentar a favor de los intereses de la industrialización y a su vez, las ideas bungeanas se veían pregonadas por un sector social de creciente importancia. Este reacomodamiento, aunado a las diferencias de fundamento a que aludimos, terminó por provocar una escisión entre la REA y el grupo político en el poder.

Donde esa disidencia se tornó más visible quizá fuera en torno a la problemática de los derechos y la situación de los trabajadores, una cuestión políticamente delicada que terminó por distanciarlos, particularmente después de 1919, y ubicarlos en posiciones prácticamente opuestas hacia el fin del período analizado. Mientras el radicalismo intentaba contener las demandas sociales, interviniendo ocasionalmente a favor de los obreros (desde ya, sin que ello significara dejar de reprimir las agitaciones y corrientes que consideraba peligrosas), la REA abandonaría progresivamente su posición sensible a las condiciones de vida y trabajo para pasar a manifestar poco después -en unísono con los voceros de la CACIP- sus “preocupaciones” por la permisividad de la legislación laboral, el florecimiento de tendencias críticas al orden vigente y la laxitud política para rechazarlas. En este punto, la posición más extrema lo ocuparían las filas nacionalistas, que habían alumbrado a la Asociación del Trabajo y la Liga Patriótica. Pero destacamos que la política arancelaria y la protección de la industria local trasuntaron estas mismas polémicas y divisiones - aunque con muchos matices-, como quedó de manifiesto en múltiples oportunidades durante las discusiones en el parlamento en los años veinte.

Más en general, si bien esta es una investigación en curso cuyos resultados aún son preliminares, podemos señalar que de ella se deriva una conclusión que se aleja significativamente de algunas posturas

historiográficas “clásicas”, específicamente en lo que se refiere a las ideas y las propuestas de política de los empresarios industriales y sus representantes. Por caso, el estudio de Schvarzer sobre la UIA señalaba como uno de los rasgos más evidentes (si no el más) el que la institución nunca expresó realmente “demandas de política global que modificaran las condiciones para todo el sector manufacturero” y que, en particular referencia a las políticas proteccionistas, “se mostró capaz de obtener concesiones arancelarias, específicas y significativas, para algunos de sus asociados, pero no de plantear una estrategia proteccionista para el sector en su conjunto”.¹⁵⁹ La institución, entonces, “no profesaba una fe proteccionista muy diferente a la realmente aplicada en el país”, lo que se explicaba a fin de cuentas por tratarse de “una fracción de la clase dominante, que expresaba una orientación particular, pero no opuesta, a la aplicada en la Nación”.¹⁶⁰

Estos argumentos, que en parte importante se construyeron siguiendo ideas planteadas por Milcíades Peña, también pueden ubicarse en un mismo universo de posiciones con el acreditado trabajo de Murmis y Portantiero y su valoración de la política de fomento industrial implementada por Federico Pinedo durante los años treinta.¹⁶¹ En breve, puede decirse que en la consideración de estos autores los industriales argentinos no habrían desarrollado jamás un programa diferente al que expresaba en su conjunto la clase dominante, menos aún de ruptura; expresando con ello su debilidad (o bien su vinculación o fusión) con los sectores terratenientes hegemónicos.

Los resultados de nuestra investigación, en cambio, se acercan a los de Villarruel, quien hace veinte años señalaba que a través de las propuestas de Colombo -de clara filiación con ideas bungeanas, como mostramos más arriba- permitía vislumbrar una postura mucho más profunda y compleja con respecto al sector manufacturero y su fomento, que la que se implementaría después de 1933. De tal modo, “destacar esa centralidad implica señalar que en la década de 1920 el problema del desarrollo industrial ocupaba un lugar estratégico en la transformación global de la economía y de las relaciones con el mercado mundial”.¹⁶²

En síntesis, tras haber posado la mirada sobre los años anteriores a la crisis de 1930, creemos que no se puede imputar la falta de un programa industrial de amplias miras en Argentina sin desconocer aportes evidentes y

¹⁵⁹ Schvarzer (1992), p. 248.

¹⁶⁰ Schvarzer (1992), p. 264.

¹⁶¹ Murmis y Portantiero (1971). Las derivaciones del debate acerca de la “clase dominante” iniciado por Peña pueden seguirse en Pampin (2010).

¹⁶² Villarruel (1993), p. 225.

sustanciales de parte importante de la intelectualidad de la época, preocupada por el devenir de la economía nacional tras la extenuación o por los límites visibles del modelo agroexportador. Por último, dejamos anotado que el estudio de las posibilidades concretas de materialización de esas ideas y proyectos, como del interés real de sus promotores en llevarlos efectivamente a la práctica y de los posibles conflictos generados a partir de ello, es materia de discusión que no pertenece al orden de análisis emprendido aquí.

Siglas utilizadas

CACIP: Confederación Argentina del Comercio, de la Industria y de la Producción.

DNT: Departamento Nacional del Trabajo.

FCE: Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

RCE: Revista de Ciencias Económicas.

REA: Revista de Economía Argentina.

SRA: Sociedad Rural Argentina.

UIA: Unión Industrial Argentina.

YPF: Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

Bibliografía y fuentes

Alvear, Marcelo T. de (1928), “Mensaje al inaugurar el período ordinario de sesiones del H. Congreso Nacional. Mayo de 1923”, en *Presidencia Alvear 1922-1928, Compilación de Mensajes, Leyes, Decretos y Reglamentaciones*, Tomo I, Buenos Aires, Talleres Gráficos de Jerónimo Pesce.

André, Eloy (1916); “Nuestro programa”, *Revista Nacional de Economía*, N° 1, abril-mayo.

Angueira, María del Carmen y Alicia del Carmen Tonini (1986); *Capitalismo de estado (1929-1956)*, Buenos Aires, CEAL.

Audino, Patricia y Fernando Tohmé (2007); “Un acierto anticipado de Alejandro Bunge: la «Unión aduanera del Sud»”, *XIII Jornadas de Epistemología de las Ciencias Económicas*, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires.

- Bogliolo, Rómulo (1918); “Algunas consideraciones sobre nuestro sistema rentístico. La guerra actual y la protección de las industrias”, *Revista de Ciencias Económicas*, Año VI, N° 59, mayo.
- Baldrich, Alonso (1927); “El petróleo: su importancia comercial, industrial y militar. Legislación petrolera”, *Revista Militar – Anexo*.
- Barnett, Vincent (2001); “Tugan-Baranovsky as a Pioneer of Trade Cycle Analysis”, *Journal of the History of Economic Thought*, Vol. 23, N° 4.
- Beccar Varela, Horacio (1918); “Bases para un empréstito interno”, *Revista de Economía Argentina*, Año 1, N° 1, julio.
- Belini, Claudio (2010); “La industria como problema y solución. Ideas, debates y propuestas durante la entreguerras, 1918-1943”, en Tato, María Inés y Martín Castro (comps.), *Del centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- Blacha, Luis (2005); “Acercas de la élite argentina (1930-1943)”, *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, N° 5.
- Bunge, Alejandro (1917a); *La desocupación en la Argentina*, Madrid, Asociación Internacional para la Protección Legal de los Trabajadores.
- Bunge, Alejandro (1917b); *Riqueza y renta en la Argentina. Su distribución y su capacidad contributiva*, Buenos Aires, Agencia General de librerías y publicaciones.
- Bunge, Alejandro (1918a); “El impuesto a la renta”, *Boletín Mensual del Museo Social Argentino*, N° 81-84.
- Bunge, Alejandro (1918b); “La economía positiva y la política económica argentina”, *Revista de Economía Argentina*, N° 3, septiembre.
- Bunge, Alejandro (1920); *Los problemas económicos del presente*, Buenos Aires, s/ed.
- Bunge, Alejandro (1921); “Nueva orientación de la política económica argentina”, *Revista de Economía Argentina*, N° 36, junio.
- Bunge, Alejandro (1922a); “Las materias primas y la reconstrucción económica de Europa”, *Revista de Economía Argentina*, N° 51, septiembre.
- Bunge, Alejandro (1922b); “La Argentina es un país por edificar”, *Revista de Economía Argentina*, N° 52-53, octubre-noviembre.
- Bunge, Alejandro (1922c); *Las Industrias del Norte. Contribución al estudio de una nueva política económica argentina*, Buenos Aires, Librería Jiménez.

- Bunge, Alejandro (1924); *Equilibrio financiero: un proyecto moderno de política económica y financiera*, Buenos Aires, Imprenta Mercatali.
- Bunge, Alejandro (1925); “La capacidad económica argentina es igual a la del resto de América del Sur”, *La Nación*, 2 de octubre.
- Bunge, Alejandro (1926a); “El manifiesto de los banqueros e industriales europeos”, *Revista de Economía Argentina*, Tomo XVII-Informes, notas y comentarios, noviembre.
- Bunge, Alejandro (1926b); “Los socialistas adoptan el proteccionismo”, *Revista de Economía Argentina*, N° 93, marzo.
- Bunge, Alejandro (1928a); “¿Con qué compraremos los productos manufacturados cuando no podamos vender carne y trigo?”, *La Razón*, 21 de diciembre.
- Bunge, Alejandro (1928b); *La economía argentina*, Buenos Aires, Agencia General de Librerías y Publicaciones.
- Bunge, Alejandro (1929); “La gran unidad económica. La Unión Aduanera del Sud”, *Revista de Economía Argentina*, N° 135, septiembre.
- Bunge, Alejandro (1984 [1940]); *Una Nueva Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- Bunge, Augusto (1919); *La inferioridad económica de los argentinos nativos. Sus causas y remedio*, Buenos Aires, Imprenta Mercatali.
- Bunge, Carlos (1903); *Nuestra América*, Barcelona, Imprenta de Henrich y Cía.
- CACIP (1923); *Proyecto de Ley de Fomento y Protección Industrial, octubre de 1923*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía.
- CACIP (1931); *Síntesis de las conferencias económicas nacionales, realizadas por la Confederación argentina del comercio, de la industria y de la producción en los años 1919, 1923 y 1928*, Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina.
- Cámara de Diputados de la Nación (1919); *Informe de la comisión investigadora de los trusts*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía.
- Camarero, Hernán y Carlos Herrera (editores) (2005); *El partido socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo.
- Caravaca, Jimena (2011); *¿Liberalismo o intervencionismo? Debates sobre el rol del Estado en la economía argentina: 1870-1935*, Buenos Aires, Sudamericana.

- Cárdenas, Eduardo José y Carlos Payá (1995); *La familia de Octavio Bunge*, Buenos Aires, Sudamericana,
- Cárdenas, Eduardo José y Carlos Payá (1997); *La Argentina de los hermanos Bunge. Un retrato íntimo de la elite porteña del 1900*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Caterina, Luis (1995); *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década de 1920*, Buenos Aires, Corregidor.
- Clementi, Hebe (1987); “El radicalismo como doctrina”, prólogo en Yrigoyen, Hipólito, *Mi vida y mi doctrina*, Buenos Aires, Leviatán.
- Coats, Alfred William (2008); “Patten, Simon Nelson (1852–1922)”, en Steven Durlauf y Lawrence Blume (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics Online*, 2º Edición, Palgrave Macmillan, <http://www.dictionaryofeconomics.com/article?id=pde2008_P000041>.
- Colombo, Luis (1927); *El petróleo argentino. La necesidad de su legislación*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Caracciolo y Plantié.
- Colombo, Luis (1929); *¡Levántate y anda!*, Buenos Aires, Gleizer.
- Commons, John Rogers (1990); *Institutional Economics: Its Place in Political Economy*, Piscataway (NJ), Transaction Publishers.
- Devoto, Fernando y María Barbero (1983); *Los nacionalistas (1910-1932)*, Buenos Aires, CEAL.
- Del Mazo, Gabriel (1936); *El pensamiento escrito de Yrigoyen*, Buenos Aires, Cuaderno de FORJA.
- Díaz Alejandro, Carlos (1975); *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Departamento Nacional del Trabajo (1915); *Anuario estadístico del trabajo, 1914*, Buenos Aires.
- DINFIA (1967); *DINFLA: 40 años de un ideal argentino, 10 de octubre de 1927-1967*, Buenos Aires-Córdoba, Talleres gráficos de la FMA.
- Dirección General de Estadística de la Nación (1917); *El intercambio económico de la República Argentina en 1916*, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco.
- Di Tella, Guido y Manuel Zymelman (1967); *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, Eudeba.

- Dorfman, Adolfo (1942); *Evolución industrial argentina*, Buenos Aires, Losada.
- Escalante, Wenceslao (1895); *Lecciones de filosofía del derecho*, Buenos Aires, Imprenta Europea.
- Escola, Melchor (1923); “El carbón fósil y el petróleo en la costa patagónica”, *Boletín del Centro Naval*, N° 443, noviembre-diciembre.
- Falcoff, Mark (1982); “Economic Dependency in a Conservative Mirror: Alejandro Bunge and the Argentine Frustration, 1919-1943”, *Interamerican Economic Affairs*, Vol. 35, N° 4.
- Falcón, Ricardo (2000); “Militantes, intelectuales e ideas políticas”, en *Nueva Historia Argentina*, tomo VI, Buenos Aires, Sudamericana.
- Fernández López, Manuel (2007); “Revistas argentinas de economía: de tiempos de la colonia a internet”, *Estudios Económicos*, N° 49, julio.
- Fleitas, María Silvia (1997); *El pensamiento político y económico de Benjamín Villafañe*, San Salvador de Jujuy, UNJu.
- Fodor, Jorge y Arturo O’Connell (1973); “La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX”, *Desarrollo Económico*, Vol. 13, N° 49, abril-junio
- Fundación Friedrich Ebert (1989); *El krausismo y su influencia en América Latina*, Madrid, Fundación Friedrich Ebert-Instituto Fe y Secularidad.
- Gadano, Nicolás (2006); *Historia del petróleo en la Argentina. 1907-1955: Desde los inicios hasta la caída de Perón*, Buenos Aires, Edhasa.
- Gálvez, Manuel (1910); *El diario de Gabriel Quiroga: opiniones sobre la vida argentina*, Buenos Aires, Arnoldo Moen & Hno.
- Gasío, Guillermo (2006); *La caída de Yrigoyen 1930*, Buenos Aires, Corregidor.
- Gerchunoff, Pablo y Horacio Aguirre (2006); *Lo nuevo por nacer, lo viejo por morir: la economía argentina entre la gran guerra y la depresión*, Buenos Aires, CEPAL.
- Geze, Gastón (1924); “La reforma aduanera en la Argentina”, *Revista de Economía Argentina*, N° 70, abril.
- Gilbert, Jorge (2003); “Empresario y Empresa en la Argentina Moderna. El grupo Ernesto Tornquist y Cía”, *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, N° 25-26.

- Godio, Julio (1985); *La Semana Trágica de enero de 1919*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- Gómez Martínez, Luis (1982); “Pensamiento hispanoamericano: el caso del krausismo”, *Actas del II Seminario de Historia de la Filosofía Española*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- Gondra, Luis Roque (1918); “La economía pura”, *Revista de Ciencias Económicas*, N° 60, junio.
- Gondra, Luis Roque (1930); “Ensayo sobre la distribución”, en *Estudios de historia y economía*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad.
- González Bollo, Hernán (2004); “La formación intelectual del ingeniero Alejandro Ernesto Bunge (1880-1913)”, *Revista Valores en la Sociedad Industrial*, N° 59, mayo.
- González Bollo (2012); “La visión macroeconómica de Alejandro Bunge: construcción de un modelo estadístico (Argentina, 1913-1920)”, *Estatística e Sociedade*, N° 2, noviembre.
- Granell, José Bartomeu (1916); *Nuestra producción y la defensa nacional: conferencias leídas en el Fomento del Trabajo Nacional en los días 6, 10 y 13 de mayo de 1916*, Barcelona, El fomento de la Industria.
- Greiffer, Mauricio (1918); “Organización y fomento de las industrias nacionales”, *Revista de Ciencias Económicas*, N° 62, agosto.
- Greffier, Mauricio y Enrique Loudet (1938); *La Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires en el 25 aniversario de su creación*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad.
- Guerrero, Américo (1944); *La industria argentina: su origen, organización y desarrollo*, Buenos Aires, Plantié.
- Hoyo, Andrés (2003); “Economía política versus política económica: las consecuencias del debate en torno a la cuestión social en el pensamiento económico español del siglo XIX”, en Manuel Suárez Cortina (ed.), *Las máscaras de la libertad. El liberalismo español, 1808-1950*, Madrid, Marcial Pons.
- Ibarguren, Federico (1969); *Origen del nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Celsius.
- Imaz, José (1974); “Alejandro Bunge, economista y sociólogo (1880-1943)”, *Desarrollo Económico*, Vol. 14, N° 55, octubre-diciembre.

- Irazusta, Julio (1928); “El Estado y sus funciones”, *La Nueva República*, N° 17, 2 de junio.
- Irazusta, Rodolfo (1929); “El precio del liberalismo”, *El baluarte*, N° 29, diciembre.
- Jáuregui, Aníbal (1993); “El despegue de los industriales argentinos”, en Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José C. Villarruel (eds.), *Argentina en la paz de dos guerras, 1914-1945*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Jáuregui, Aníbal y Andrés Regalsky (2003); “Americanización, proyecto económico y las ideas de Alejandro Bunge en los años 20”, en Barbero, María y Andrés Regalsky (comps.), *Americanización. Estados Unidos y América Latina en el siglo XX*, Caseros, UNTREF.
- Jorge, Eduardo (1971); *Industria y concentración económica desde principios de siglo hasta el peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Lach, Edward Jr. (2000); “Patten, Simon Nelson”, *American National Biography Online*, <www.anb.org/articles/15/15-01342.html>.
- Lahitte, Emilio (1919); “Fomento a la industria nacional”, *Revista de Ciencias Económicas*, N° 75, septiembre.
- Larra, Raúl (1957); *Mosconi: General del petróleo*, Buenos Aires, Futuro.
- Larra, Raúl (1981); *El General Baldrich y la defensa del petróleo argentino*, Buenos Aires, Editorial Mariano Moreno.
- Lewis, Colin (1987); “Immigrant entrepreneurs, manufacturing and industrial policy in the Argentine, 1922–28”, *The Journal of Imperial and Commonwealth History*, Vol. 16, N° 1.
- Liliedal, Augusto (1961); “El doctor Luis Roque Gondra. Su influencia en los estudios económicos argentinos”, *Económica*, N° 27-28, enero-junio.
- List, Friedrich (1942 [1841]); *Sistema nacional de economía política*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- Llach, Juan (1985); *La Argentina que no fue. Tomo I: Las fragilidades de la Argentina agroexportadora (1918-1930)*, Buenos Aires, IDES.
- Lluch, Andrea (2009); “Ferias y exposiciones: un campo de representación del mundo empresarial argentino de principios del siglo XX”, en María Di Liscia y Andrea Lluch (eds.), *Argentina en exposición. Ferias y exhibiciones durante los siglos XIX y XX*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- Lucchini, Cristina, Teodoro Blanco y Ángel Cerra (1998); “Industria y Nación en la Argentina y el Brasil (1890/1950). La integración regional en el pensamiento del nacionalismo económico argentino”, *XVI Jornadas de Historia Económica*, Universidad Nacional de Quilmes.
- Lucchini, Cristina, Teodoro Blanco y Ángel Cerra (2000-2001); “El pensamiento industrialista argentino en el período de entreguerras. El estudio de un caso: la influencia de List en Bunge”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 11, N° 2.
- Lugones, Leopoldo (1916); *El payador*, Buenos Aires, Otero y Co. Impresores.
- Lugones, Leopoldo (1930); *La patria fuerte*, Buenos Aires, Círculo Militar.
- Macleod, Henry (1896); *The History of Economics*, Londres, Bliss Sands & Co.
- Mallorquín, Carlos (2006); “Textos para el Estudio del Pensamiento de Raúl Prebisch”, *Cinta de Moebio*, Universidad de Chile, N° 25, <www.revistas.uchile.cl/index.php/CDM/article/viewFile/25955/27268>
- Mallorquín, Carlos (2010); *Relatos contados desde la periferia: el pensamiento económico latinoamericano*, Ciudad de México, Plaza y Valdés.
- Malo Guillén, José Luis (2005); “Estudio introductorio”, en *El krausismo económico español*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Marchese, Silvia (1993); “Empresarios en búsqueda de un espacio político. La CACIP: realidad interna y rumbos externos”, en Ansaldi, Waldo, Alfredo Pucciarelli y José Villarruel, *Argentina en la paz de dos guerras 1914-1945*, Buenos Aires, Biblos.
- Marchese, Silvia (2000); “Estrategias de las organizaciones empresariales para su participación en política”, en *Nueva historia argentina*, Tomo VI, Buenos Aires, Sudamericana.
- Milgate, Murray y Alastair Levy (2008); “Macleod, Henry Dunning (1821–1902)”, en Steven Durlauf y Lawrence Blume (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics Online*, 2° Edición, Palgrave Macmillan, <www.dictionaryofeconomics.com/article?id=pde2008_M000007>
- Mosconi, Enrique (1938); *Dichos y hechos, 1904-1938*, Buenos Aires, El Ateneo.
- Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero (1971); *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

- Navarro, Marisa (1969); *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.
- Nove, Alec (2008); "Tugan-Baranovsky, Mikhail Ivanovich (1865–1919)", en Steven Durlauf y Lawrence E. Blume (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics Online*, 2º Edición, Palgrave Macmillan, <http://www.dictionaryofeconomics.com/article?id=pde2008_T000135>
- Núñez, Jorge (2010) "Alejandro Bunge y el problema de la vivienda obrera en la República Argentina (1910-1915)", *Historia Actual Online*, N° 21, invierno, <www.historia-actual.org/Publicaciones/index.php/haol/article/viewArticle/422>
- Oliver, Francisco (1919); "Política comercial internacional", *Revista de Economía Argentina*, Año 2, N° 15, septiembre.
- Ospital, María Silvia (1998); "Organizaciones empresarias en la década de 1910 en Argentina: la Confederación Argentina del Comercio, de la Industria y de la Producción", *Octavo Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina 1992*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.
- Padoan, Marcelo (2011) "La Ley de Aduanas de 1923 y el pedido de reconsideración del ministro Víctor Molina", *Revista de la Facultad. Estudios Sociales*, N° 17, Universidad del Comahue.
- Palacio, Ernesto (1927); "Organicemos la contrarrevolución", *La nueva república*, N° 1, 1 de diciembre.
- Palacio, Ernesto (1928); "Nacionalismo y democracia", *La nueva república*, N° 13, 5 de abril.
- Pampin, Graciela (2012); "La historiografía en torno de la clase dominante. Las tesis de Peña, Sábato y los debates recientes", *H-industri@*, N° 10, primer semestre.
- Pantaleón, Jorge (2004); "El surgimiento de la nueva Economía argentina: el caso Bunge", en Neiburg, Federico y Mariano Plotkin, *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós.
- Pelosi, Hebe (2000); *El Museo Social Argentino y la Universidad del Museo Social Argentino. Historia y Proyección (1911-1978)*, Buenos Aires, UMSA.
- Pelosi, Hebe (2005); *Rafael Altamira y la Argentina*, Cuadernos de "América sin Nombre" N° 11, Alicante, Universidad de Alicante.

- Pérez Catán, Mauricio (1927); “Tendencias librecambistas y proteccionistas”, *Revista de Economía Argentina*, Vol. XIX.
- Persello, Ana (2004); *El Partido Radical. Gobierno y oposición 1916-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Piernas Hurtado, José (1903); *Principios elementales de la ciencia económica*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.
- Piernas Hurtado, José (1915, [1877]); *Vocabulario de la economía: exposición de la nomenclatura y de los principales conceptos de esa ciencia*, Barcelona, Ed. Manuel Soler.
- Pillado, Ricardo (1910); *Estudios sobre el comercio argentino con las naciones limítrofes*, Buenos Aires, Imprenta de J. H. Kidd y Cía.
- Plotkin, Mariano y Jimena Caravaca (2007); “Crisis, ciencias sociales y elites estatales: la constitución del campo de los economistas estatales en la Argentina, 1910-1935”, *Desarrollo Económico*, Vol. 47, N° 187, octubre-diciembre.
- Pontoriero, Gustavo (2012); “Fuerzas Armadas y desarrollo energético en la Argentina: el papel de la Marina de Guerra en la primera mitad del siglo XX”, *Hindustri@*, N° 10, primer semestre.
- Ponssa, José (1925); *Principios y orientaciones del radicalismo*, Córdoba, La Elzeviriana.
- Posada, Adolfo (1904); “La doctrina orgánica de las sociedades”, *La España moderna*, N° 187.
- Posada, Adolfo (1912); *La República Argentina. Impresiones y comentarios*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.
- Posada, Adolfo (1922); *Teoría social y jurídica del Estado. El sindicalismo*, Buenos Aires, Librería de J. Menéndez.
- Puiggrós, Rodolfo (2006); *Historia crítica de los partidos políticos argentinos. La democracia fraudulenta*, Buenos Aires, Galerna.
- Ramm Doman, Roberto (1918); “Librecambio, proteccionismo y prohibicionismo”, *Revista de Economía Argentina*, Año 1, N° 2, agosto.
- Rapoport, Mario (1988); “El Triángulo Argentino; Las Relaciones Económicas con Estados Unidos y Gran Bretaña 1914–1943”, en Rapoport, Mario (comp.), *Economía e historia. Contribuciones a la historia económica argentina*, Buenos Aires, Tesis.

- Regalsky, Andrés (2011a); “El proceso económico”, en Gelman, Jorge (dir.) y Miguez, Eduardo (coord.), *Argentina. La apertura al mundo. Tomo 3: 1880-1930*, Mapfre y Santillana Ediciones, Madrid.
- Regalsky, Andrés (2011b); “Los comienzos de la industrialización en la Argentina, 1880-1930. Una aproximación historiográfica”, *Anuario de la Escuela de Historia*, N° 23.
- Rocchi, Fernando (2005); *Chimneys in the Desert: Industrialization in Argentina during the Export Boom Years, 1870-1930*, Stanford, SUP.
- Rock, David (1975); *El radicalismo 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Roig, Arturo Andrés (2006); *Los krasistas argentinos*, Buenos Aires, Ediciones El Andariego.
- Rojas, Ricardo (1909); *La restauración nacionalista.*, Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.
- Rougier, Marcelo (1999); “El financiamiento bancario a las empresas industriales en la Argentina”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina*, Vol. 10, N° 2.
- Sábato, Jorge (1988); *La clase dominante argentina. Formación y características*, Buenos Aires, CISEA-GEL.
- Sabsay, Fernando y Roberto Etchepareborda (1998); *Yrigoyen. Ahear. Yrigoyen*, Buenos Aires, Ciudad Argentina.
- Sarobe, José (1957); *Memorias sobre la Revolución del 6 de septiembre de 1930*, Buenos Aires, Gual.
- Schumpeter, Joseph (1954); *History of Economic Analysis*, Londres, Allen and Unwin.
- Schvarzer, Jorge (1991); *Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina*, Buenos Aires, CISEA-Imago Mundi.
- Schvarzer, Jorge (1996); *La industria que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina*, Buenos Aires, Planeta.
- Senado de la Nación (1986); *Ley 12.839. Documentos de Hipólito Yrigoyen. Apostolado Cívico. Obra de Gobierno. Defensa ante la Corte*, Buenos Aires, Dirección de Publicaciones de la Secretaría Parlamentaria del Honorable Senado de la Nación.
- Shaw de Critto, Sara (2009); *Alejandro Shaw y su Obra*, Buenos Aires, Emisiones Culturales.

- Solberg, Carl (1973); "Tariff and Politics in Argentina, 1916-1930", *Hispanic American Historical Review*, Vol. 53, N° 2.
- Solberg, Carl (1982); *Petróleo y nacionalismo en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé.
- Stoetzer, O. Carlos (1998); *Karl Christian Friedrich Krause and his influence in the Hispanic World*, Colonia, Böhlau Verlag.
- Terán, Oscar (2008); *Historia de las ideas en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Tornquist, Carlos (1919); "El balance de pagos de la República Argentina en el cuarto año económico (1917-1918)", *Revista de Economía Argentina*, Año 2, N° 13-14, julio-agosto.
- UIA (1987); *1887-1987*, Buenos Aires, UIA.
- Ureña, Enrique (2001); "Krausismo y economía", en Enrique Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles*, Vol. 5, Barcelona, Galaxia-Gutenberg y Funcas.
- Uría, Jorge (2000); "Posada, el Grupo de Oviedo y la percepción del conflicto social", en Jorge Uría (coord.), *Institucionismo y reforma en España: el Grupo Oviedo*, Madrid, Talasa.
- Uriburu, Enrique (1918); "Cuestiones económicas de hoy y mañana", *Revista de Economía Argentina*, Año 1, N° 1, julio.
- Uriburu, José Félix (1921); "La renovación del material bélico", *La Nación*, 27 de enero.
- Velarde, Carlos (1918); "Nacionalización de las minas de combustibles en Méjico y en la República Argentina", *Revista de Economía Argentina*, Año 1, N° 2, agosto.
- Velarde Fuertes, Juan (1998); "Los economistas de la generación del 98", *Papeles y Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, N° 2, junio.
- Vicat, Luis (1925); "Necesidad de una metalúrgica propia como elemento indispensable para asegurar la defensa nacional", *Revista Militar*, N° 26.
- Vicat, Luis (1934); "La verdadera defensa nacional y el bastarse a sí mismos. Conferencia pronunciada por el coronel Luis Vicat el 17 de julio de 1925 en el Círculo Militar", *Anales de la ULA*, N° 788, agosto.

- Vieytes (1925); “Un proyecto peligroso. Significado económico y fiscal del proyecto aduanero del ministro Molina”, *Revista de Economía Argentina*, N° 79-80.
- Villafañe, Benjamín (1926); *El atraso del Interior*, San Salvador de Jujuy, Imprenta Buttazzoni.
- Villafañe, Benjamín (1927); *La miseria de un país rico*, Buenos Aires, El Ateneo.
- Villanueva, Javier (1972); “El origen de la industrialización argentina”, *Desarrollo Económico*, Vol. 12, N° 47, octubre-diciembre.
- Villarruel, José (1993); “El futuro como incertidumbre: los industrialistas y la tutela del Estado”, en Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José C. Villarruel (eds.), *Argentina en la paz de dos guerras, 1914-1945*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Yrigoyen, Hipólito (1956); *Pueblo y gobierno*, Buenos Aires, Raigal, 12 vols.
- Yrigoyen, Hipólito (1987); *Mi vida y mi doctrina*, Buenos Aires, Leviatán.
- Zeballos, Estanislao (1919); “Cuestiones y legislaciones del trabajo”, *Revista de Economía Argentina*, Año 2, N° 13-14, julio-agosto.
- Zimmermann, Eduardo (1992); “Los intelectuales, las ciencias sociales y el reformismo liberal: Argentina, 1890-1916”, *Desarrollo Económico*, Vol. 31, N° 124, enero-marzo.
- Zimmermann, Eduardo (1995); *Los liberales reformistas: La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana-Universidad de San Andrés
- Zimmermann, Eduardo (2000); “La proyección de los viajes de Adolfo Posadas y Rafael Altamira en el reformismo liberal argentino”, en Jorge Uría (coord.), *Institucionismo y reforma social en España: el Grupo Oviedo*, Madrid, Talasa.

El rinoceronte y sus molinos de viento: sobre las estrategias desplegadas por una empresa metalmeccánica frente a la volatilidad de la economía argentina de fines de siglo XX.

Mario Raccanello

“Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras; ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.”

El Ingenioso Hidalgo de Don Quijote de la Mancha, Capítulo VIII

Introducción

Construcciones Metalúrgicas Zanello, la firma de los hermanos Carlos y Luis Zanello, fue toda una insignia en la fabricación de maquinaria rural por parte de capitales argentinos. Transcurridos los lúgubres años de la dictadura cívico-militar de fines de los setenta y principios de los ochenta – particularmente negativos para la metalmeccánica agrícola local–, la empresa varillense se alzaba como la principal oferente del subsector de tractores, habiendo incorporado innovaciones sobre su producción como al interior de su organización fabril.

Pese a la continuidad y profundización de sus estrategias dirigidas al crecimiento industrial de su empresa, los Zanello, no obstante, no pudieron sortear la crisis implosiva del modelo económico de los noventa. En la antesala a los hechos trágicos de fines de 2001, la metalúrgica cordobesa quebró y los hermanos perdieron el control sobre la firma, ahora pasando a manos de una sociedad que incorporaba el accionar de una cooperativa de trabajadores.

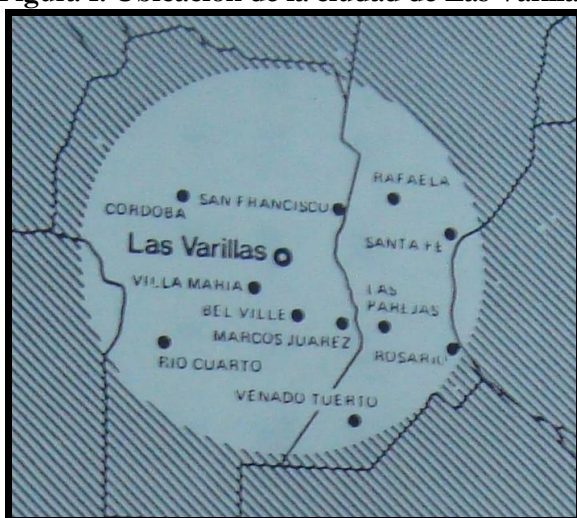
Al interior de la aún incipiente disciplina de la historia de empresas, el presente trabajo se propone reconstruir el desarrollo evolutivo –pero rápidamente involutivo– de la sociedad Construcciones Metalúrgicas Zanello (CMZ), vertebrándolo con las inclemencias de las políticas macroeconómicas e industriales del Estado argentino. En este sentido, el presente objeto de estudio contribuye a la percepción y reflexión sobre los efectos de las inconsistencias entre los agregados macroeconómicos, el perfil de la estructura sectorial de un país y las estrategias empresariales de la micro productiva.

El devenir empresario de Construcciones Metalúrgicas Zanello S.R.L: amanecer, esplendor y ocaso

La forja

Al noreste de Córdoba y cerca del municipio de San Francisco, en pleno centro de la Argentina (Figura 1), la ciudad de Las Varillas fue fundada en los años de apogeo de la economía agroexportadora; por décadas, Las Varillas continuó dedicando el grueso de sus recursos productivos a la producción agraria. Pero en pleno proceso sustitutivo de importaciones por el que transitaba la economía nacional a mediados del siglo XX, el tejido productivo de Las Varillas emprendió tanto una creciente densificación como diversificación.

Figura 1. Ubicación de la ciudad de Las Varillas



Fuente: Construcciones Metalúrgicas Zanello S.R.L.. *Resumen informativo*. 1985.

En ese escenario, en 1951 –dos años después de la fundación de la fábrica de cosechadoras Vassalli en Firmat– Pedro Zanello, un peón rural oriundo de Italia, abrió una pequeña herrería en la ciudad. Dedicado a la reparación de carros de tracción a sangre –de uso masivo en la agricultura zonal–, en un viejo y pequeño taller de chapa Zanello emprendió la fundición, soldadura y plegado de metales.

Desde tal origen humilde el taller de “Don Pedro” creció sin pausa. Ayudado por su hijo Luis, se incorporó la reparación de elásticos de

camiones a las actividades de la empresa familiar. A fines de los cincuenta, dejando atrás la reparación de vehículos de tracción a sangre, la firma se inició en la manufactura de productos metalúrgicos. Se fue dando desarrollo entonces a carretones, vagones, equipos carrozados para camiones, volcadores y los primeros implementos agrícolas.

En la década del sesenta CMZ abordó la producción de maquinaria vial autopropulsada, siendo la primera compañía de capitales nacionales en incursionar en tal rama. Tornándose su principal actividad, Zanello fabricó compactadores neumáticos, palas cargadoras, compactadores de punta, compactadores vibrantes, terminadoras de hormigón, motoniveladoras y retropalas hidráulicas. Para esa época, la empresa ya se había convertido en una de las primeras fuentes de empleo de Las Varillas.

A comienzos de la década del setenta, la firma varillense era ya dirigida por la segunda generación familiar, los hermanos Luis y Carlos Zanello, tándem empresario que se mantendría por más de cuarenta años. Para ese tiempo, los Zanello produjeron sus primeros tractores, orientados a la industria forestal –actividad que cobraba mayor protagonismo dentro de los regímenes de promoción¹. En sus tractores forestales los hermanos desplegaron esfuerzo inventivo, en función de una innovación sobre el artefacto que consistía en el desarrollo de una articulación que hacía que la unidad se doblara en el centro de su chasis. Siguiendo una tendencia creciente, las ventas anuales de los “tractores articulados” sobrepasarían las doscientas unidades al poco tiempo.

Necesito luego innovo

Respecto a los tiempos de Pedro Zanello, el negocio de los flejes de los rodados de transporte había caído notablemente para los setenta. Con pocas expectativas económicas, y más “por necesidad” que por otras razones², los hermanos Zanello ejecutaron la adaptación de su tractor forestal al uso agrícola.

El tractor rural articulado Zanello resultó ser único en su tipo en Sudamérica, adelantado a los diseños de la industria alemana (el MB Trac de Mercedes Benz apareció en 1973)³ y desarrollado casi en simultáneo a los prototipos norteamericanos. Su oferta en el mercado fue previa a los primeros envíos de tractores articulados desde el exterior –John Deere trajo su línea articulada 8430 de alta potencia recién en 1977–. La máquina era de

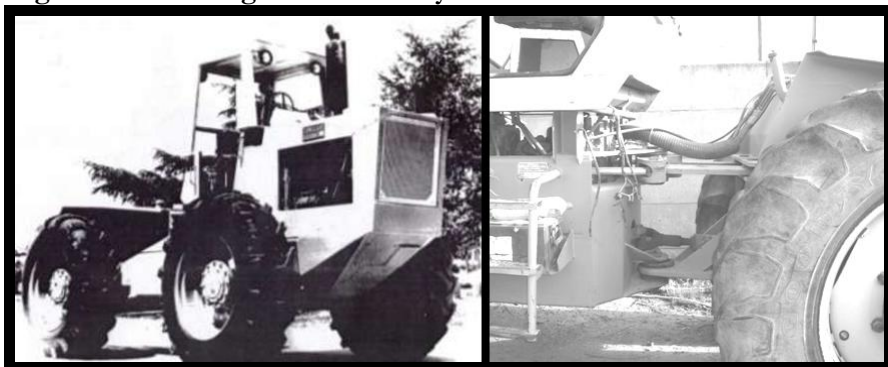
¹ Véase Lajer y Tempestoso (2010).

² “Empresas familiares y argentinas”, *La Nación*, 9 de enero de 1998. Entrevista de Juan Carlos Vaca.

³ <http://www.tractordata.com/>.

gran potencia –mayor a los 100 CV, nivel por encima del poseído por las unidades utilizadas en el campo argentino por ese entonces–, pero no obstante resultaba ágil. En función del sistema de rodadura, era un modelo 4DW (*four wheel drive*) con tracción en sus cuatro ruedas iguales.⁴ De dirección Ackerman delantera, tenía ángulos de giro y transmisión de potencia superiores a su competencia importada. Asimismo, el tractor Zanello incorporaba una cabina frontal cerrada, lo que amenizaba la tarea al peón, contratista o chacarero (Figura 2).

Figura 2. Tractor agrícola Zanello y sistema de articulación de chasis



Fuente: Elaboración propia en base a Construcciones Metalúrgicas Zanello S.R.L., *Zanello, historia de trabajadores argentinos* (reseña institucional) y fotografía tomada en trabajo de campo en la ciudad de Armstrong (Santa Fe) en octubre de 2011.

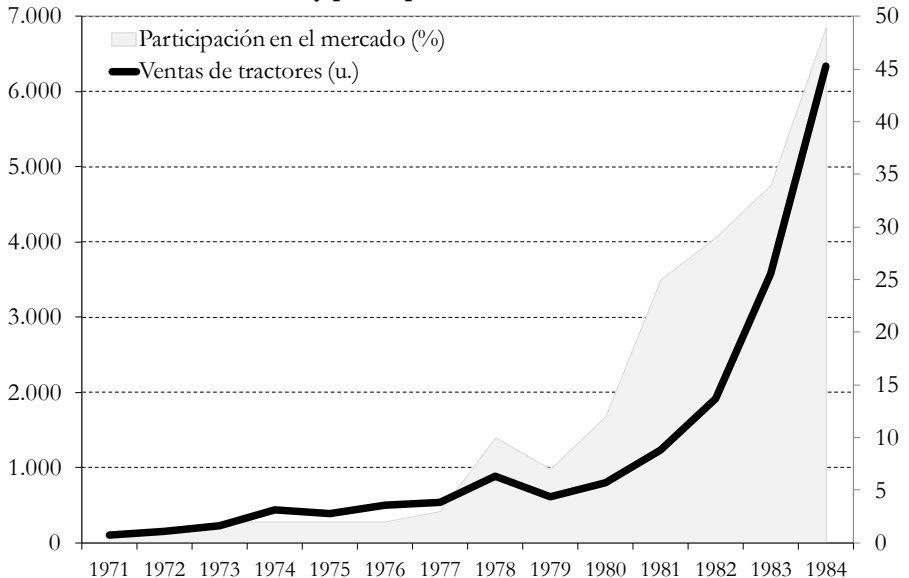
Sin imaginarlo, los hermanos Zanello habían logrado una significativa innovación de producto que les otorgaría el ticket de entrada a una industria en las manos exclusivas del capital extranjero. Desde sus mismos orígenes, más de quince años atrás, la industria del tractor había sido concebida como un nicho reservado a las operaciones de las filiales de las empresas transnacionales. Con la experiencia protoindustrial del conglomerado estatal Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado (IAME) y su tractor Pampa (1952), la ciudad de Córdoba operó de plataforma de aterrizaje de la Fiat S.p.A. de Turín en 1954 –conformándose Fiat Someca Concord S.A.I.C.–, institucionalizándose a paso seguido un régimen sectorial que le abriría las puertas a las alemanas Deutz, Fahr y Hanomag en el mismo año, John Deere (EE.UU.) en 1958 y Massey Ferguson (Canadá) en 1969 (al adquirir

⁴ Botta (2007), p. 7. El sistema de doble tracción –en las cuatro ruedas– había sido diseñado originariamente por Fiat y se extendió a nivel internacional en el decenio de los sesenta.

las operaciones de Hanomag). Antes de Zanello, la fabricación de tractores en serie por parte de empresas exclusivamente de capitales nacionales –la estatal Dirección Nacional de Fabricaciones e Investigaciones Aeronáuticas (DINFIA, la forma jurídica que tomó IAME con posterioridad a la caída del peronismo) y la privada Rosati y Cristóforo Industrias Metalúrgicas S.A. (RyCSA)– se extendió entre 1955 y 1964 con 5.499 unidades desarrolladas; esta cantidad no alcanzó la vigésima parte (4,6%) del producto total de la industria para aquel período.⁵

Pese al recelo inicial del hombre de campo al ver un tractor que se doblaba de tal modo sobre sí mismo sin partirse por la mitad, el uso de la máquina diseñada por los hermanos Zanello, gracias a su diferencial de potencia de trabajo, conseguía en un mismo tiempo un incremento sustantivo en el número de hectáreas cultivadas. El tractor agrícola articulado se abrió entonces su espacio en el mercado; con una participación en torno al 2% de la oferta interna, entre 1973 y 1977 las ventas de Zanello lograron duplicarse (Gráfico 1).

Gráfico 1. Zanello: ventas y participación en el mercado interno, 1971-1984



Fuente: La serie de ventas anuales fue estimada en base a Construcciones Metalúrgicas Zanello S.R.L.. (1985); *Resumen informativo*.

⁵ Calculado en base a los datos recopilados por López Luna (1967), pp. 27-30, del Consejo de la Industria de Tractores y la Asociación de Fábricas Argentinas de Tractores (AFAT).

La participación de Zanello en el mercado interno surge de las estimaciones de Huici (1988) en base a AFAT y Zanello.

Crecimiento a contramano

Transcurrido poco más de un año del golpe militar de marzo de 1976, fue inducida la desregulación del mercado financiero, dando por tierra el régimen de crédito subsidiado existente para la adquisición de maquinaria agrícola nacional (Programa de Préstamos para tecnificación agropecuaria).⁶ Con este shock de demanda, la política económica de Martínez de Hoz inició el descalabro de la industria nacional de tractores: para 1978, la producción cayó 77% (Gráfico 2). Pese a un repunte al año siguiente, la combinación de atraso cambiario y apertura comercial que perduró hasta la salida del ministro en marzo de 1981 abortó las posibilidades de que la fabricación interna se recuperara, aún en la escalada de los precios internacionales de los productos primarios.⁷ Como resultado de tal gestión económica, el desarrollo local de tractores se contrajo a menos del 6% entre 1977 y 1981. En este último año, de crisis económica (cinco puntos de pérdida del PBI) y reversión de la tendencia de los precios de los commodities agrícolas, se alcanzó el nivel más bajo de producción desde que la industria del tractor cobró vida a mediados de la década del cincuenta, mínimo que sería perforado en la agonía de la convertibilidad.

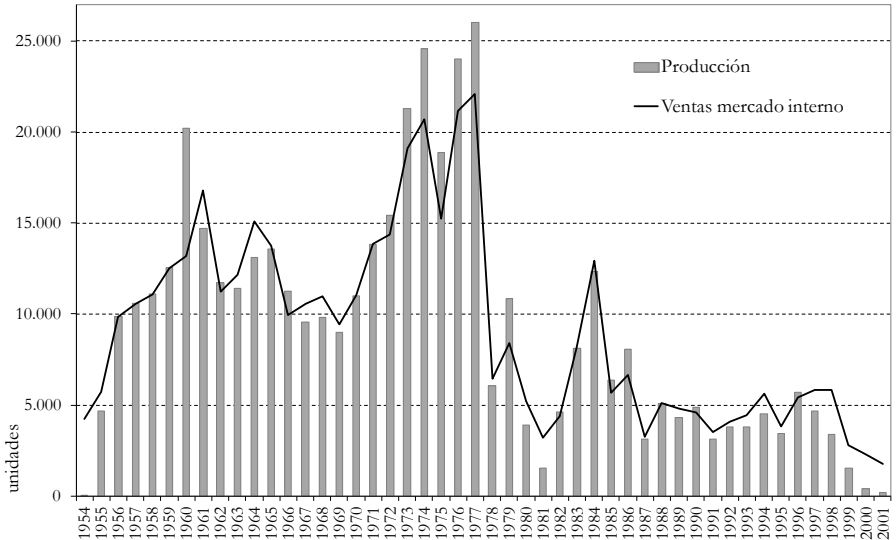
En estos años sombríos de fines de los setenta y principios de los ochenta las firmas trasnacionales de la maquinaria agrícola instaladas en el país emprendieron la reversión de la lógica empresaria que habían adoptado al momento de su arribo veinticinco años atrás en el marco del esquema económico de sustitución de importaciones dirigido desde el Estado. En el preludio a la consolidación futura de la filial como eslabón de una cadena de valor operando en un mundo globalizado —y particularmente regionalizado—, las reformas económicas de la dictadura dieron carta blanca a la desarticulación de los procesos productivos y desintegración de los departamentos de investigación y desarrollo por parte de estas organizaciones. Así se consagraron al abastecimiento del mercado local con tractores de mayor potencia fabricados en sedes del exterior —conducta que

⁶ Durante los catorce años de vigencia del régimen, la línea crediticia del Banco Nación y el Banco Interamericano de Desarrollo financió el 41% de las unidades comercializadas por las firmas partícipes de la Asociación de Fabricantes de Tractores Argentinos (Fiat, Deutz, John Deere y Hanomag/Massey Ferguson).

⁷ Entre 1977 y 1980 los precios de exportación en dólares corrientes del trigo, el maíz y el sorgo granífero crecieron 106%, 72% y 86%, respectivamente. Calculado en base a datos recogidos por Ferreres (2010).

se repitió en el subsector de cosechadoras—. En 1979 las importaciones efectuadas por la (supuesta) Asociación de Fabricantes de Tractores Argentinos (AFAT) fueron diez veces mayores a las del año previo; de inexistentes hasta fines de los setenta, los tractores externos alcanzaron casi la mitad (48%) de las deplorables ventas domésticas de 1981.

Gráfico 2. Producción y Ventas de tractores en el mercado interno (1954-2001)



Fuente: Elaboración propia en base a datos de Asociación de Fábricas Argentinas de Tractores (AFAT), Consejo de la Industria del Tractor, C.M. Zanello S.R.L., Cámara Argentina de Fabricantes de Maquinaria Agrícola (CAFMA), INTA EEA-Manfredi y Belini (2004).

Mientras que las ventas internas del sector en el cuatrienio 1978-1981 fueron sólo 29% de aquellas realizadas respecto a su anterior, Zanello consiguió en cambio colocar 90% más de unidades en el mercado. En cada uno de estos cuatro años las ventas de la empresa cordobesa presentaron variaciones de signo contrario a lo que acontecía con la demanda total de tracción del agro. En el fondo de una dinámica depresiva, lo anterior significa que Zanello aprovechaba con mayor provecho los años críticos de la rama, pues con la estrategia de retirada de las empresas trasnacionales – que contaban con marcadas existencias de máquinas–, apuntaló su fabricación y así su posicionamiento en el mercado. Entre el pico sectorial de 1977 y el pozo de 1981 Zanello más que duplicó su oferta –pasando

aproximadamente de las quinientas a mil doscientas unidades—, ascendiendo geoméricamente su participación del 3 al 25 por ciento (Gráfico 1).

A fines de los setenta Zanello había iniciado el armado de tractores en series cortas, siguiendo un patrón artesanal, incorporando distintos componentes nacionales e importados: motores Deutz, cajas de transmisión ZF de Brasil, transmisiones de tractores de menor potencia de Universal de Rumania. Mientras que el resto de las empresas racionalizaban funciones de producción y cerraban transitoriamente sus plantas, Zanello adoptó un marcado proceso de integración vertical, incorporando diversas áreas: fundición, tratamiento térmico, cabina de pintura, áreas de mecanizado con máquinas controladas por computadoras, laboratorio de ensayos y hasta un centro de investigación y desarrollo.

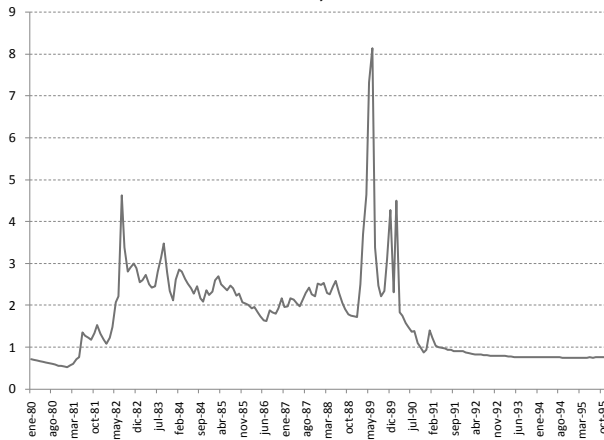
Su apuesta al desarrollo productivo y creación de capacidades endógenas en un escenario adverso se percibía como un extraño fenómeno productivo de esa fase de “destrucción destructiva”, más para una empresa que no gozaba plenamente de los beneficios que tenían el resto de los pretendidos fabricantes integrantes del régimen sectorial. Asimismo, sin contar con economías de escala o fuentes de financiamiento externo, Zanello competía introduciendo un producto de bajo precio relativo.

En la cima de su gloria

Marginada por tiempo, recién en 1981 se le dio la autorización a Zanello para ingresar al “Régimen de la Industria del Tractor” (Decreto N° 105/81). Para ese año Zanello ya era la empresa líder del mercado interno; le seguían Deutz con 21%, Fiat y John Deere cada una con 19% y Massey Ferguson con 16%. Dos años después se incorporó a AFAT, integrada por las cuatro filiales trasnacionales anteriores.

Con los fuertes shocks devaluatorios del peso que siguieron a la llegada de Lorenzo Sigaut a la cartera de Economía en 1981, se puso fin al fuerte atraso cambiario de la gestión de Martínez de Hoz (véase Gráfico 3). Los rendimientos de los productores agrícolas se recuperaron y la demanda de tractores se desató. Los contratistas de servicios rurales buscaban tractores de gran potencia, factor que benefició particularmente a Zanello. Pretendiendo emular el notable éxito de la firma cordobesa y usufructuar la recuperación de la demanda de la primera mitad de los ochenta, empresas de capitales nacionales tales como Tortone, Promi y Labrar se aventuraron también en la fabricación de tractores de alta potencia; no obstante sus niveles de producción no se alejaron del centenar de unidades anuales.

Gráfico 3. Tipo de cambio real bilateral con EE.UU.
 (TCN x (IPC US/IPC Arg.)), Enero 1980 - Diciembre 1995 (Abril 1991 = 1)



Fuente: Elaboración propia en base a datos del Boletín Informativo Techint, INDEC y Bureau of Labor Statistics (United States Department of Labor).

Entre 1981 y 1984, mientras la demanda del mercado se cuadruplicaba – y la producción del sector alcanzaba el sùmmum de la dècada–, Zanello disfrutaba de su etapa de resplandor. Continuando la tendencia previa de su *market share*, Zanello abastecía pràcticamente la mitad del mercado de tractores agrìcolas (49%) de 1984. Sus ventas ascendieron meteòricamente de mil doscientos tractores en 1981 a mäs de seis mil para 1984 (con tasas anuales de crecimiento que iban del 55 al 90 por ciento anual) (Gráfico 1).

En poco mäs de tres dècadas, Zanello se habìa transformado de una pequeña herrería a una fàbrica con una superficie de 30 mil metros cuadrados; entre 1978 y 1985 Zanello gastó en su ampliación física cerca de 40 millones de dólares (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social y Secretaría de Planificación, 1986). Para 1985, Zanello comenzó a producir sus propios motores, transmisiones, bombas de inyección de combustible y bombas de agua.

Por estos años Zanello consiguió la colocación de sus unidades en paìses limítrofes. Asimismo, firmó un acuerdo de producción y transferencia de tecnología de sus productos con la firma norteamericana Steiger a mediados de la dècada, con el fin de exportar tractores hacia Estados Unidos y Canadá. Al ser uno de los pocos tractores articulados de potencia media y alta, Steiger demandó seiscientas unidades Zanello, siendo

comercializados bajo el modelo PUMA. Este acuerdo comercial, sin embargo, no logró mantenerse a futuro, ya que Steiger cayó en desgracia económica.

Por fuera de la rama de maquinaria agrícola, la firma varillense ingresó al sector del transporte, introduciendo en el mercado un bus con suspensión neumática y motor trasero, llegando a fabricar más de siete mil unidades del modelo.

Del Austral al "1 a 1"

A mediados de los ochenta Zanello perdió su posición de firma líder del mercado. No obstante, retuvo una participación en torno al 25%, siendo reconocida por sus innovaciones tecnológicas y, sobre todo, por ser emblema del tractor nacional.

En la segunda mitad de la década, se produjo una brutal caída de los precios de los granos, que junto al sistema de retenciones impulsado por la administración radical y el tipo de cambio vigente (ya rezagado ante la inflación), afectó los ingresos de los productores agropecuarios y sus planes de inversión —es más, se sumaría una fuerte sequía sobre la región pampeana entre julio de 1988 y agosto de 1989—.

En 1985 se produjo la mitad de tractores respecto al año previo y, luego de un breve recuperación en 1986, el sector se desplomó en 1987 (caída interanual de 61%). En ese año, la Cámara Argentina de Fábricas de Maquinaria Agrícola (CAFMA) aseguraba que el sector transitaba por una situación caótica, donde por primera vez se estaba trabajando al 15-20% de la capacidad instalada.⁸ Hasta finales de la década, la situación del sector continuó siendo dramática ante la debilidad de la demanda; para 1989, la producción de tractores se retrajo a menos de la quinta parte del pico histórico de 1977.

En este contexto de crisis, como una historia que se repetía, las firmas trasnacionales volvieron a cerrar transitoriamente sus plantas y expulsar personal. Zanello, esta vez, no pudo escapar del alcance de la crisis del sector. A fines de los ochenta, la población de Las Varillas se preguntaba si su principal fuente de empleo industrial podría soportar el vendaval.

Pero los primeros años de la década del noventa fueron beneficiosos para la actividad agrícola. Los productores agrícolas accedieron a financiamiento a tasas de interés accesibles (10-11%), no sólo de bancos públicos, sino también de privados. Las buenas cotizaciones de los productos primarios y la eliminación del sistema de retenciones a las

⁸ Véase Rougier (2008).

exportaciones agropecuarias incrementaron las afluencias del campo de manera significativa. Esto se tradujo en un crecimiento de la demanda de tractores: las ventas internas aumentaron a una tasa promedio anual de 17% entre 1991 y 1994 y la industria nacional reaccionó aumentando su producción, aunque a una tasa menor (13%). Cubriendo esa brecha, se encontraba la escalada de los flujos de agromáquinas del exterior.

Habiendo sobrevivido a la crisis de fines de los ochenta, el crecimiento de la inversión agrícola mencionado anteriormente le permitió oxigenarse a Zanello. Aún ante la nueva apertura de la economía argentina, Zanello se sentía segura ya que confiaba en su “performance, calidad, tecnología y precios”, atributos que, según la firma, se habían perpetuado a lo largo de su desarrollo histórico.

Con el telón de fondo del Mercosur, Zanello buscó instalar una planta industrial en Brasil. A través de un joint-venture con la firma familiar Vitoy, la planta *Zanello do Brasil*, ubicada en la ciudad de Goiania (Estado de Goias), realizaría montaje de tractores, fabricaría componentes y ejercería operaciones de distribución sobre el territorio del país vecino. Según datos de la empresa, se llegaron a generar más de doscientos puestos de trabajo en forma directa (y una cuantía semejante en forma indirecta). Respecto al resto del Mercosur, gracias a las relaciones comerciales estrechadas en la década anterior, Zanello contaba con redes de distribución en Paraguay y Bolivia (y Perú por fuera de la unión aduanera). Respecto a Uruguay, Zanello procuró montar un joint-venture similar al brasileño, pero sin éxito.

Zanello incursionó en procesos de fabricación de otros bienes de capital para el agro: máquinas forrajeras, equipos de riego por aspersión de pivote central y de avance frontal —llegando a quedar como líderes del segmento, al regar más de 140 mil hectáreas—, pulverizadoras autopropulsadas y ensiladoras de granos; además, comerciaba rastras y cinceles cultivadores de Kverneland. Se había dedicado a otras actividades ajenas a la metalmecánica agrícola, como la fabricación de grupos electrógenos y autoelevadores frontales y, en el sector servicios, la realización de proyectos rurales llave en mano. Los desarrollos anteriores no evitaron que Zanello innovara su producto tradicional: en 1997 presentó un tractor oruga y el Z-Trac, un tractor articulado de doble tracción sobre ruedas iguales, 400 CV y motor Constant Power.

Antes de diciembre

En 1996 Zanello facturó 126 millones de dólares, destinando una inversión de veinte millones de dólares entre ese año y el siguiente. Para 1997, la empresa se consideraba la primera en ventas del país, con un participación

estimada del 30% del mercado, llegando al 80% en tractores con motores de 200, 240, 260 y 300 HP.

A principios de 1998 Zanello estaba inmersa en una serie de apuestas estratégicas con vista al desarrollo futuro de la empresa. Entre ellas, esperaba desembarcar en Estados Unidos y Rusia, inaugurar la producción de trenes livianos usando tecnología japonesa y buses para aeropuertos, además de poner en marcha una fábrica en sociedad con la noruega Kverneland para producir equipos forrajeros y sembradoras.

Figura 3. El emprendedurismo final: tractores, pulverizadoras, trenes y buses



Fuente: Elaboración propia en base a Construcciones Metalúrgicas Zanello S.R.L., *Zanello, historia de trabajadores argentinos* (reseña institucional).

Para la firma de Las Varillas la política comercial del menemismo era nociva para el desarrollo de su sector; Luis Zanello marcaba aquellas inconsistencias:

“La Argentina tiene serias dificultades para encarar el comercio exterior [refiriéndose al daño que la política argentina provocaba sobre la competitividad exportadora de la industria]... Tenemos

irritantes distorsiones [ahora pasando al tema importaciones]... Es más barato traer un bien terminado al 5% de arancel en lugar de un componente que necesita un fabricante nacional para ponerse en igualdad de condiciones tecnológicas con sus competidores, que es castigado con un 22%. Para la industria del tractor, Brasil tiene un régimen especial como el que se ha otorgado a la industria automotriz: a los componentes no se les aplica ningún recargo arancelario, ni siquiera si son extra Mercosur. Brasil dispone de inmensos beneficios para que una empresa se instale, la Argentina no otorga ninguno. Y no tiene una financiación adecuada para exportar cuando cualquier país cuenta con bien definidas herramientas al respecto.”

Así también, Luis Zanello denunciaba la poca atención que recibían de parte del gobierno los reclamos de las empresas nacionales en comparación a los efectuados por las multinacionales. En relación a la posibilidad de vender la empresa, Luis Zanello enunciaba palabras que quedarían resonando:

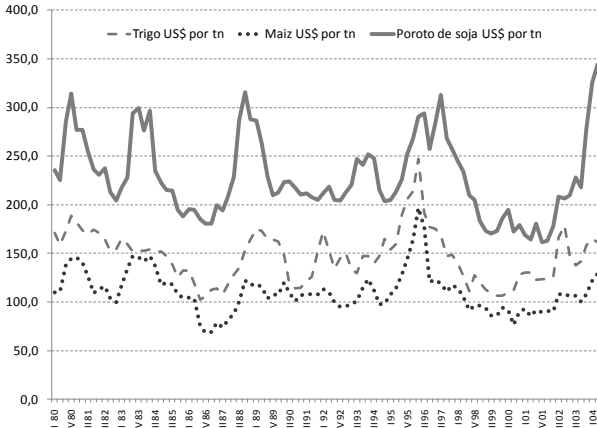
“[Tuvimos] algunos ofrecimientos por cifras significativas, pero ocurre que esta fábrica la llevamos en la sangre, es como un hijo más para nosotros... Me resisto a pensar que la única opción para las empresas nacionales sea venderlas... La empresa no está en venta, no por ahora...”

Para el empresario cordobés, la estrategia a esgrimir ante los incentivos adversos desde la política económica era el desarrollo de alianzas tecnológicas, de producción y comercialización.⁹

Con la caída de los precios agrícolas en 1997, ciclo que se revertiría recién en 2000/2001 (véase Gráfico 4),– los márgenes de rentabilidad de la agricultura se derrumbaron y numerosos productores rurales quedan soportando cuantiosos pasivos. A partir de ese año, la inversión en maquinaria agrícola cayó hasta tocar piso en 2002, con una disminución total cercana al 60%. Además, los fondos disponibles para el sector agropecuario se desplomaron a partir de 1999, cuando las inconsistencias del sector financiero se agudizaron.

⁹ “Empresas familiares y argentinas”, *La Nación*, 9 de enero de 1998.

Gráfico 4. Precios internacionales de la soja, el trigo y el maíz, I 80 - IV



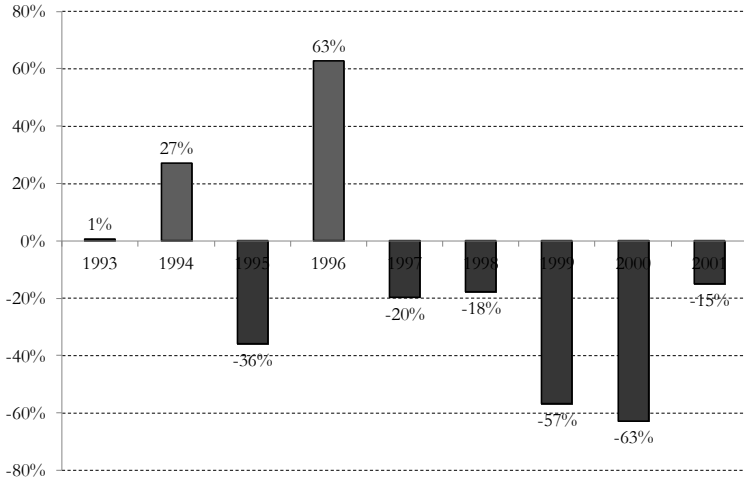
Fuente: Elaboración propia en base a datos del Fondo Monetario Internacional.

La crisis del agro provocó que entre 1996 y 2001 las ventas de tractores argentinos (en miles de \$ constantes) cayera 96% (Gráfico 5), mientras que las importaciones cobraron cada vez mayor participación en el consumo aparente de tractores: de un promedio de 14% para 1992-1996, se pasó a 49% en 2000 y 66% en 2001.

Hacia 1998 la participación de Zanella era del 19% y su producción cercana a las 1.100 unidades.¹⁰ A principios del año siguiente, todo cambió: Brasil, principal competidor en el mercado de la maquinaria agrícola, devaluaba el real –véase la evolución del tipo de cambio real en el Gráfico 6–. Se sellaba así el rezago competitivo de la industria argentina propio de la convertibilidad del peso con el dólar.

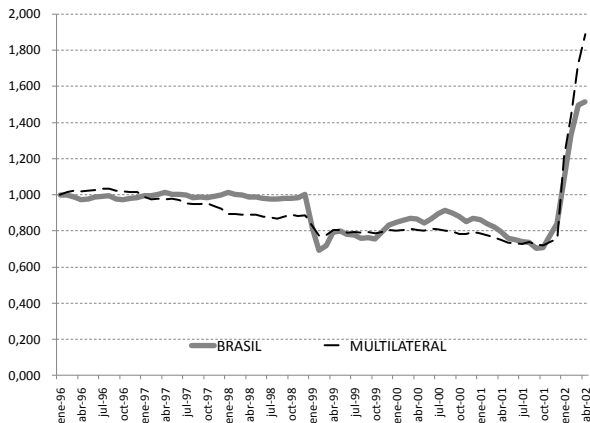
¹⁰ En base a AFAT y García (1998).

Gráfico 5. Variación anual de la demanda interna de tractores (1993-2001)



Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Cámara Argentina de Fabricantes de Maquinaria Agrícola (CAFMA) e INDEC.

Gráfico 6. Tipo de cambio real con Brasil y multilateral (TCN x (IPIM*/IPIM Arg.)), Enero 1996 - Abril 2002 (Enero 1996 = 1)



Fuente: Elaboración propia en base a la Secretaría de Política Económica con información del INDEC, BCRA y FMI.

Con la salida de AGCO en 1999, la nacional Zanello era la única empresa del sector que quedaba en pie. Sin embargo, frente a la alicaída

demanda y la posición industrial de Brasil más consolidada, a Zanello le esperaba enfrentar un proceso de declinación tortuoso que llevaría a que su situación financiera alcanzara un estado insostenible para 2001.

De los 530 empleados que Zanello tenía en 1997 pasó a 380 en 2001. A mediados de 1999, ya el 90% de los obreros metalúrgicos se encontraba despedido, suspendido o con reducción de su jornada laboral, cobrando un magro salario que no alcanzaba a cubrir las necesidades mínimas del hogar.¹ Las changas, las ollas populares, los cortes de calles, los planes sociales y las bolsas de comida (que la empresa recibía en canje por deudas) se habían vuelto característicos en Las Varillas.²

Frustrado el intento de vender la compañía a un grupo suizo-italiano, en convocatoria de acreedores Zanello cerró sus puertas en julio de 2001, declarando su quiebra en septiembre. Aquel “hijo” de los hermanos Zanello, que había sabido desarrollar innovaciones tecnológicas y obtener el éxito económico frente a la competencia en el pasado, terminó muriendo en sus manos.

Al año siguiente la fábrica volvió a la vida, aunque esta vez ya no bajo la propiedad de la tradicional familia de Las Varillas. Agrupados en una cooperativa de trabajo creada en junio de 2001 y guiados por un antiguo dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica de Las Varillas, los antiguos obreros tomaron y recuperaron el control de la planta. A los pocos meses, se conformó *Pauny S.A.*, una sociedad anónima en cuyo capital confluían la cooperativa de obreros (33% de participación), cuatro ex-gerentes de Zanello (33%), un grupo de accionistas y concesionarios (33%) y el municipio de Las Varillas (1%). Con la autorización del juez de la quiebra, el 2 de enero de 2002 la planta volvió a abrir sus puertas. Contando con el apoyo financiero del Gobierno de la Provincia de Córdoba y el Gobierno Nacional, Pauny S.A. rápidamente se consolidó como la empresa argentina líder en producción de tractores.

Reflexiones finales

La expansión de Zanello, especialmente desde que los hermanos tomaron el control de la empresa, asume un relieve superior, no sólo por la velocidad y alcance de los logros productivos, sino también por el momento en que se manifiesta aquélla.

Cuando las empresas trasnacionales cerraban sus fábricas y desataban una avanzada importadora similar a la de los tiempos en que no existía una industria nacional de tractores, los Zanello, “por simple necesidad”, pero

¹ “Fuerte caída en maquinaria agrícola”, *La Nación*, 6 de agosto de 1999.

² “La recuperada Zanello se comió todo el mercado”, *Página/12*, 20 de junio de 2004.

demostrando esa chispa propia de la figura del empresario innovador schumpeteriano –de saborear con más deleite el desafío y la posibilidad de progreso futuro que la placidez de la fría racionalidad conservadora–, rasgaron el mercado e introdujeron una innovación de producto no sólo a nivel local sino también internacional. Más allá de las devaluaciones de la moneda que se produjeron desde 1982 y la existencia de una demanda pujante por tractores de elevada potencia, debe tenerse presente que la apuesta productiva de Zanello se dio en el marco de la política de desestructuración industrial de la última dictadura.

Pese a que en la segunda mitad de los ochenta Zanello perdió su posición de liderazgo en la industria del tractor agrícola y debió enfrentar la dramática crisis rural, en los noventa, aún ante un renovado proceso de apertura económica, Zanello seguía aspirando –no pocas veces concretando– al desarrollo de nuevos productos y a la conformación de alianzas empresariales. Se instaló en Brasil, buscó exportar nuevamente a Estados Unidos y Rusia, continuó diversificando su producción –incluso por fuera de la metalmecánica agrícola–. Llegó a apostar, en el colmo del ensueño, en una refundación del ferrocarril en una Argentina ya despojada de numerosas extensiones de su tejido ferroviario.

Zanello seguía hilvanando su futuro confiado en su pasado de éxito, sin percibir la inminencia de su final. Tal como Don Quijote, sin más que su lanza y caballo para derribar a los gigantes emergidos a su vista, Zanello se atrevió a embestir el núcleo duro del modelo macroeconómico argentino con sus productos sin demanda. Así, su desarrollo empresario, otrora innovador, no consiguió capear la decadencia del régimen cambiario de Domingo Cavallo muy pronto a sucumbir.

Bibliografía

Belini, Claudio (2004); “Política industrial y sustitución de importaciones: el caso de la industria de maquinaria agrícola, 1951-1957”, *XIX Jornadas de Historia Económica de la Asociación Argentina de Historia Económica*, Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue, San Martín de los Andes.

Botta, Guido (2007); *Tractores. Diseños básicos y utilización*, Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires.

Ferreres, Orlando (2010); *Dos siglos de economía argentina. Edición Bicentenario*, Buenos Aires, Fundación Norte y Sur.

García, Graciela (1998); “Industria argentina de maquinaria agrícola: del mercado protegido al mercado abierto”, *Terceras Jornadas “Investigaciones en la Facultad de Ciencias Económicas y Estadística”*, Universidad Nacional de Rosario.

Huici, Néstor (1988); “La industria de maquinaria agrícola en Argentina”, en Osvaldo Barsky y otros, *La agricultura pampeana. Transformaciones productivas y sociales*, Buenos Aires, Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (Argentina) y CISEA, Fondo de Cultura Económica.

Lajer, Andrés y Tempestoso, Celeste (2010); “No escribiremos en tablas y baldosas. Consolidación del complejo celulósico-papelero en la Argentina”, en Marcelo Rougier (director), *Estudios sobre la industria argentina: políticas de promoción y estrategias empresariales 2*, San Isidro, Lenguaje claro Editora, pp. 143-165.

López Luna, Alberto (1967); *Aspectos de política económica de la industria del tractor. Necesidades de financiación*, Trabajo de Tesis Doctoral para optar al grado de Doctor en Ciencias Económicas, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

Raccanello, Mario (2010); “Del Segundo Plan Quinquenal a la Convertibilidad: la industria del tractor frente a los cambios estructurales de la economía”, en Marcelo Rougier (director), *Estudios sobre la industria argentina: políticas de promoción y estrategias empresariales 2*, San Isidro, Lenguaje claro Editora, pp. 109-142.

Raccanello, Mario (2013); “Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado y la lógica de la política económica peronista (1952-1955)”, *América Latina en la Historia Económica* (Instituto Mora - Ciudad de México), vol. 20, n° 2, mayo-agosto, pp. 177-221.

Rougier, Marcelo (2008); “Producir para el agro en un entorno turbulento. El caso de una fábrica de cosechadoras en la Argentina”, *Mundo Agrario. Revista de estudios rurales*, Vol. 7, N° 14.

Fuentes

Asociación de Fábricas Argentinas de Tractores (AFAT); Estadística de producción y venta de tractores.

Boletín Informativo Techint; *Anexos estadísticos*.

Bureau of Labor Statistics (United States Department of Labor); *United States Consumer Price Index*, 1980-1995.

Cámara Argentina de Fabricantes de Maquinaria Agrícola (CAFMA); Series de producción y ventas.

Construcciones Metalúrgicas Zanello S.R.L. (1985); *Resumen informativo*.

Construcciones Metalúrgicas Zanello S.R.L.; *Zanello, historia de trabajadores argentinos*. Reseña institucional.

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC); *Serie histórica del Índice de Precios al Consumidor (IPC) en el Gran Buenos Aires*, 1980-2002.

Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA); Datos estimados por el Grupo de Agricultura de Precisión Cosecha y Postcosecha de la Estación Experimental Agropecuaria Manfredi.

Ministerio de Trabajo y Seguridad Social y Secretaría de Planificación (1986); Reestructuración productiva y empleo: el caso de la industria de maquinaria agrícola. *Estudios y documentos de trabajo sobre empleo, remuneraciones y recursos humanos*. Proyecto Gobierno Argentino, PNUD, OIT.

Hemerografía

Diarios *La Nación* y *Página/12*.

Sitios Webs

IMF Data and Statistics: <http://www.imf.org/external/data.htm>.

Secretaría de Política Económica; *Información Económica al día*.

<http://www.mecon.gov.ar/peconomica/basehome/infoeco.html>.

TractorData: <http://www.tractordata.com/>

La actuación político-corporativa de los representantes empresarios y el fin de la hegemonía neoliberal en Argentina

Eduardo Gálvez

Introducción: las relaciones de poder que sostienen las medidas económicas

En el trabajo que sintéticamente presentamos aquí nuestro problema de investigación han sido las relaciones de poder existentes detrás de la instrumentación de medidas económicas aplicadas por el Estado. Es decir que no nos hemos ocupado en sí de las medidas económicas, sino de las condiciones de fuerza y de consenso necesarias para que sean posibles tales medidas. El conjunto de estas condiciones de fuerza y de consenso, hace a una relación de fuerza histórica entre clases y fracciones, en las que algunas de éstas, un poco dirigen, y otro poco imponen; y otras, a la inversa, un tanto aceptan, otro tanto se resignan; constituyendo aquello que llamamos hegemonía¹.

Ahora bien, no nos hemos ocupado de la hegemonía en general, sino de un momento a la vez básico y fundamental de la misma, que denominamos predominio económico, que hace referencia al predominio de las posiciones económicas (que en principio podemos calificar de discursivas) de determinadas clases, fracciones y grupos a la hora de la aplicación de las medidas económicas gubernamentales. Por otra parte, tampoco hemos tratado este predominio en la relación entre las clases económicamente dominantes y las clases subalternas; sino que nos hemos centrado en la lucha intestina entre las fracciones de las clases económicamente dominantes.

En concreto, hemos estudiado este fenómeno para la Argentina en el periodo agosto de 1999 - diciembre de 2003. En el transcurso de aquellos años se gesta una fenomenal crisis económica, política y social que finalmente estalla en diciembre de 2001, conduciendo a la dimisión del

¹ “Las características del modo de acumulación dependen de la estructura económico-social, de las luchas políticas y sociales que fueron conformando esa estructura y de la composición del bloque de clases que deviene dominante y que impone un sendero de acumulación acorde con sus intereses. El lugar central que ocupa la composición del bloque de clases dominante en la configuración del modo de acumulación determina que, una vez consolidado este, el devenir histórico concreto aparezca ineluctablemente subordinado, en sus grandes rasgos, a las exigencias que plantea su reproducción ampliada, que no son sino el reflejo de la lógica de maximización de beneficio del bloque dominante resultante de sus características y de las condiciones históricas específicas en que se desenvuelve.” Arceo (2003), p. 19.

presidente Fernando De la Rúa de la Unión Cívica Radical y a su reemplazo por Eduardo Duhalde del Partido Justicialista (luego de los famosos pocos días en que hubo varios presidentes) y al derrumbe del modelo económico basado en la Convertibilidad. La misma se inscribe en el marco de las crisis producidas a escala mundial por la extensión de un modelo de acumulación predominantemente financiero, cuya variante local era el modelo de la Convertibilidad.² El fin de este modelo marca un cambio de sentido de la hegemonía al interior de las clases económicamente dominantes, entre diferentes fracciones de la misma. A la vez que la construcción de una hegemonía de otro carácter del conjunto de las clases dominantes sobre el resto de la sociedad; y, en definitiva, la conformación de un nuevo bloque histórico, entendido éste como una articulación históricamente particular de la estructura y la superestructura. En consecuencia, esta crisis que comenzó como una crisis económica, sobrepasó este nivel, extendiéndose a lo social y a lo político, adquiriendo las características de lo que Gramsci denomina “crisis orgánica”.³

² Cf. Chesnais (1998), pp. 290, 240, 289-296; Basualdo (2000), pp. 12-13

³ “En cierto momento de su vida histórica, los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales. Esto significa que los partidos tradicionales, con la forma de organización que presentan, con aquellos determinados hombres que los constituyen, representan y dirigen; ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o de una fracción de ella. Cuando estas crisis se manifiestan, la situación inmediata se torna delicada y peligrosa, porque el terreno es propicio para soluciones de fuerza, para la actividad de potencias oscuras, representadas por hombres providenciales o carismáticos. ¿Cómo se forman estas situaciones; de contraste entre “representados y representantes” que desde el terreno de los partidos (organizaciones de partido en sentido estricto, campo electoral-parlamentario, organización periodística) se transmiten a todo el organismo estatal, reforzando la posición relativa del poder de la burocracia (civil y militar), de las altas finanzas, de la Iglesia y en general de todos los organismos relativamente independientes a las fluctuaciones de la opinión pública? En cada país el proceso es diferente, aunque el contenido sea el mismo. Y el contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente, que ocurre ya sea porque dicha clase fracasó en alguna gran empresa política para la cual demandó o impuso por la fuerza el consenso de las grandes masas (la guerra por ejemplo) o bien porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeños burgueses intelectuales) pasaron de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantearon reivindicaciones que en su caótico conjunto constituyen una revolución. Se habla de “crisis de autoridad” y esto es justamente la crisis de hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto. La crisis crea peligrosas situaciones inmediatas porque los diversos estratos de la población no poseen la misma capacidad de orientarse rápidamente y de reorganizarse con el mismo ritmo. La clase dirigente tradicional que tiene un numeroso personal adiestrado, cambia hombres y programas y reasume el control que se le estaba escapando con una celeridad mayor de cuanto ocurre en las clases subalternas; si es necesario hace sacrificios, se expone a un porvenir oscuro cargado de promesas demagógicas, pero se mantiene en el poder, lo refuerza por el momento y se sirve de él para destruir al adversario y dispersar a su personal directivo que no puede ser muy numeroso y adiestrado.” Gramsci (1985), pp. 117-119.

Lo estatal y sus extensiones

En términos gramscianos, nos hemos concentrado en lo superestructural, único lugar donde se expresan política, institucional, ideológica, jurídica y escolásticamente las contradicciones provenientes desde lo estructural. Y, a la vez, el único terreno en donde esas mismas contradicciones pueden dirimirse. De mejor o de peor manera, más o menos violentamente; o, más o menos políticamente, a través de compromisos que le den forma a un tipo determinado de hegemonía. En este amplio campo de lo superestructural se alían y se enfrentan las fuerzas sociales (clases, fracciones y grupos) que operarán a favor de determinadas medidas económicas o de otras, en general contrarias a las primeras. Dada la extensa amplitud del dominio superestructural, hemos elegido un espacio particular del mismo que hemos llamado pre-estatal (podríamos también llamarlo pre-político). De manera muy general, si para Gramsci muchas organizaciones sociales de la más diversa índole (sindicatos, corporaciones patronales, iglesia, confesiones religiosas, ongs, centros de investigación económica, universidades, medios de comunicación, corrientes intelectuales, revistas científicas, etc.) forman parte de la extensión de la sociedad política (o Estado) sobre la sociedad civil; y, por lo tanto, de algún modo, todas ellas serían, en el sentido que nosotros le damos, pre-estatales. Entre esa trama civil de instituciones de muy distinto carácter las hay, por un lado, algunas que están relativamente alejadas del Estado, en base a una actividad política ocasional o inorgánica, como pueden ser, por ejemplo, un club social y deportivo barrial, una comparsa de carnaval o una corriente de pintores, etc. Pero, por otro lado, se pueden hallar organizaciones estrechamente vinculadas a la actividad política estatal, como, por ejemplo, los llamados “think tank” económicos como el CEMA, la FIEL, ECOLATINA, la Escuela de Chicago etc., y aun más próximos como las corporaciones empresarias del estilo de la UIA, SRA, CAC, ADESPA, ABA, ADEBA, CARBAP, AEA, etc.⁴, en representación de las clases económicamente dominantes; o los sindicatos, movimientos de trabajadores desocupados (piqueteros), movimientos de derechos humanos,

⁴ Aquí una lista de lo que significan las siglas de estas diferentes instituciones: CEMA, Centro de Estudios Macroeconómicos de la Argentina; FIEL, Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas; y ahora pasando a las entidades de representación empresaria: UIA, Unión Industrial Argentina; SRA, Sociedad Rural Argentina; CAC, Cámara Argentina de la Construcción; ADESPA, Asociación de Empresas de Servicios Públicos Argentinos; ABA, Asociación de Bancos de la Argentina; ADEBA, Asociación de Bancos Argentinos; CARBAP, Confederaciones Rurales de Buenos Aires y la Pampa, AEA, Asociación de Empresarios Argentino.

etc. en representación de las clases subalternas. Por consiguiente, cuando nos referimos a lo pre-estatal o pre-político, no nos referimos a un espacio donde la política estaría ausente, sino al lado civil de la política, a su costado “privado”; allende la frontera del Estado. En fin, hemos estado siempre situados en la frontera irremediamente difusa entre lo estatal y lo social, entre la sociedad política y la sociedad civil; sobre esas extensiones del Estado que se emplazan en la sociedad civil.

El espacio “pre-estatal”

El espacio pre-estatal es en general heterogéneo, tanto como heterogéneas son las instancias y las dimensiones de la construcción de hegemonía. Empero, no hemos examinado la extensión entera de este espacio. Nos hemos ocupado principalmente de las instancias pre-estatales más vinculadas a lo económico. Y, por supuesto, en función de nuestro objeto de estudio, directamente ligadas a los grandes capitalistas. Veamos cuales son estas instancias. Las hay de todo tipo: formales, informales, episódicas, tradicionales, privadas, corporativas, mixtas, etc. Encontramos reuniones anuales, comisiones ad-hoc, discursos públicos tradicionales, celebraciones conmemorativas, mesas de negociación, congresos corporativos empresariales, departamentos económicos institucionales permanentes, empresas privadas de análisis y asesoramiento financiero, fundaciones, entidades académicas, etc., etc. En concreto, entre estas instancias encontramos al FMI, al BM, al BID, a los departamentos de análisis económico, financiero, tributario, fiscal, etc. de las distintas corporaciones empresarias, estos mismos departamentos de algunas empresas o fundaciones privadas. Fundaciones tales como Mediterránea, la FIEL, la ECOLATINA, el CEMA; la Convención anual de IDEA⁵, el Congreso Anual de ADEBA, el de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, la Reunión Anual de la UIA, el discurso principal de la Exposición Anual de la SRA; los informes de las empresas de calificación de riesgo tales como Merrill Lynch, Salomón Brothers, Standar & Poors, o de otro tipo como, por ejemplo, Broda y Asociados, etc. Todas estas instancias tan diversas componen el entramado de esa parte de la dimensión pre-estatal por la cual nos hemos interesado en esta investigación. Algunas más directamente, otras menos, forman parte del proceso de construcción de la hegemonía necesaria para la implementación de una medida económica. Ellas se emplazan como puestos fronterizos entre la sociedad política y la sociedad civil. Ninguna de ellas forma parte estrictamente de la sociedad política y sin embargo allí la política empieza a tomar forma. Este conjunto de

⁵ IDEA, Instituto para el Desarrollo Empresarial de la Argentina.

instancias diversas, que se hallan todas en el terreno que llamamos pre-estatal, son lugares centrales en la elaboración (pre-elaboración) de las medidas económicas que finalmente instrumentarán los gobiernos al nivel de lo estatal propiamente dicho, al formar parte de los espacios donde se construye el predominio económico y la hegemonía.

La articulación de estructura y superestructura en el terreno pre-estatal

Los intentos de dar algún tipo de tratamiento conceptual a las relaciones sinuosas pero fundantes entre lo “social” y lo estatal que aquí desarrollamos, pueden reconocer una fuerte influencia en distintos autores y escuelas, sin por supuesto asignarles ningún tipo de responsabilidad en las limitaciones que nuestro abordaje tiene. Además de las influencias que figuran como referencias bibliográficas, como es el caso de A. Gramsci, M. Foucault, P. Bordieu, L. Botanski o J. C. Garavaglia⁶, se pueden reconocer otras influencias directas, como es el caso de las hipótesis y los trabajos sobre el Estado del laboratorio Mondes Américaines, Eje: État, institutions et dynamiques sociales dans les Amériques, XVIIIe-XXIe siècles⁷, de J. Schvarzer⁸, M. Rougier y J. Brennan⁹, E. Basualdo¹⁰ y a A. Castellani¹¹.

Por consiguiente, retomando la exposición, la dimensión pre-estatal sería ese espacio complejo y multiforme que se halla entre las sociedades civil y política. La misma constituiría de hecho un territorio de fronteras, pero su función no sería tanto separar sino más bien articular. En consecuencia, éstas son dos “sociedades” diferentes pero no extrañas, sino, por el contrario, íntima e irremediabilmente ligadas; siendo la dimensión pre-estatal donde se intersectan y donde se produce su articulación. La dimensión pre-estatal no es entonces un lugar de bloqueos, sino de comunicación: en el se despliega una red de vasos comunicantes. Estas características particulares transforman a la dimensión pre-estatal en un

⁶ En el caso de Garavaglia, debemos mencionar, además de sus escritos, el seminario que éste dictaba como Director de estudios en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHES).

⁷ <http://mondes-americains.ehess.fr/index.php?866>

⁸ Schvarzer dice que el proceso de alto desarrollo del Estado en Argentina “estuvo presidido por una serie de demandas sociales, de uno u otro tipo [incluyendo muy especialmente las de las clases económicamente dominantes, comprendida en estas la oligarquía de fines del siglo XIX], que... condicionaron su dirección más allá de los deseos y las opiniones de los funcionarios estatales que se sucedieron en el poder. Es la práctica social, antes que la ideología, la que dinamiza el movimiento” Schvarzer (1979), p.46.

⁹ Brennan y Rougier (2013).

¹⁰ Basualdo (2011).

¹¹ Castellani (2009).

terreno particular, ella es un espacio específico y un lugar de transformaciones. No es la arena pública, sino su trastienda. Si bien su delimitación es imprecisa, como lo son las fronteras entre lo social y lo político, el reconocimiento de este espacio singular nos ayuda a identificar donde sociedad civil y sociedad política se ensamblan. Sino podemos trazar líneas de separación regulares y perfectas entre una y otra, al menos podemos delimitar áreas donde se observan fronteras escarpadas, y en los cuales se puede señalar algún que otro mojón e, inclusive, esbozar trazos de forma serrada. En este territorio de fronteras difíciles, pero de ubicación posible no se realiza lo político, allí se produce. Allí, “cielo” e “infierno” se confunden y alborotan, se entremezclan lo privado y lo público, lo particular y lo universal, haciéndose imposible distinguirlos; y es el lugar en el que, al alejarse la sociedad civil y la sociedad política, se suelda el bloque histórico¹². Es un terreno de transición y de allí proviene su especificidad; y, en tanto que terreno específico, amerita ser distinguido particularmente. Es posible otorgarle un estatuto propio como espacio de intersección de estas dos sociedades; porque en tanto que representa tal intersección no es propiamente ni el terreno de la sociedad civil, ni el de la sociedad política, sino el lugar donde se concreta el enlace entre una y otra. En este limbo se consume la posibilidad (tan sólo la posibilidad) de la reconciliación entre el cielo y el infierno. Hasta aquí lo privado es privado, lo particular es particular, y una posición económica es apenas una posición económica. Un poco más allá, tan sólo un paso más allá, lo privado se hace público, lo particular universal; y, en definitiva, lo que aquí nos convoca específicamente, una posición económica se transforma en una medida económica, en predominio económico, en gobierno concreto. Este dimensión pre-estatal puede ser vista, desde el enfoque gramsciano tradicional, como aquel en el que se halla la primera línea de trincheras civiles del Estado, el mismo es el espacio específico que exploramos a lo largo de toda nuestra investigación. En este terreno limítrofe desarrollaron

¹² Si hiciéramos un estudio exhaustivo de la constitución del Estado argentino, desde el siglo XIX, podríamos observar que éste se separa poco a poco de su firmamento social, se “desprivatiza” progresivamente, absorbiendo poco a poco las funciones que previamente se realizaban socialmente. En las haciendas latinoamericanas, el patrón era patrón y juez, al igual que el señor en los señoríos feudales. En el siglo XIX las familias patricias propietarias de las tierras de la pampa húmeda (de aquella que no estaba ocupada por los pueblos originarios) podían casi asimilarse con la estructura del Estado: jueces, cabildantes, generales, patrones, regidores, presidentes, ministros, senadores, funcionarios de la aduana, diputados, coroneles, comisarios, estaban ligados por estrechos lazos familiares. Ellos sostenían ese “entramado de relaciones sociales” que, a su vez, sostenía al Estado, y en que éste luego se transforma. Encontramos un Estado sumido en una familia patricia, o una familia patricia sumida en el Estado: otro tipo de consubstanciación entre el Estado y la clase dominante, en los albores del capitalismo criollo. Cf. Garavaglia (2003), pp.136-137.

su actividad principal los representantes del empresariado cuyas posiciones económicas hemos examinado. De hecho, este es su terreno específico de actividad en general. Es desde aquí, desde donde, sin ser políticos hacen política y sin ser funcionarios participan de la elaboración de las políticas económicas. En fin, que es como decir lo mismo, es desde allí desde donde construyen su propia hegemonía. Parapetados en este territorio de pasaje y de doble vía, los representantes de las clases económicamente dominantes construyen, al mismo tiempo, su hegemonía, es decir la hegemonía de la parte de la clase a la que representan y la articulación entre la sociedad civil y la sociedad política.

Articulación y desarticulación, hegemonía o crisis.

Si en la dimensión pre-estatal se produce la articulación entre la sociedad civil y la política, también podemos decir que allí mismo se articulan estructura y superestructura. Ahora bien, lo que aun nos resta agregar es qué es lo que hace posible que estas esferas diferentes se articulen. Aquello que permite tal cosa es la hegemonía, ella es la condición sin la cual no hay tal reconciliación. Cuando no se construye hegemonía, estructura y superestructura no logran articularse, con lo cual se produce la crisis, cuya gravedad dependerá de las dificultades para recomponer la hegemonía. La hegemonía puede estar definida por esta o aquella alianza de clases y fracciones, éstas pueden darle una u otra orientación a la estructura, pero debe haber hegemonía, sin ella hay crisis. Estas crisis se producen cuando la superestructura no puede encauzar las contradicciones provenientes de la estructura; es decir, cuando aquella es incapaz de crear las condiciones necesarias para realizar los cambios de dirección (más o menos grandes, dependiendo de la situación) que permitan dominar la situación que perturba el desenvolvimiento de la estructura. Cuando la superestructura no construye el consenso o no impone la fuerza necesaria para que estos conflictos, al menos, se moderen. Exactamente lo que ocurría antes del estallido de la crisis de 2001 cuando el modelo de la Convertibilidad ya no contenía los conflictos que producía. En aquel entonces, los conflictos sociales motorizados por las clases subalternas, cada vez más agudos, a la cabeza de los cuales se encontraban los piqueteros, seguidos bastante por detrás por muchos sindicatos, habían resultado todavía tolerables. Pero a éstos se vino a agregar el conflicto dentro de las clases económicamente dominantes con respecto a la moderación o a la profundización de los mecanismos internacionalizados de acumulación financiera. Y el cuadro se completó con la instauración del “corralito bancario”, que produjo la entrada repentina de los sectores intermedios en los conflictos, lo que vino

echar más leña al fuego, conduciendo finalmente al momento más agudo de la crisis

Las contradicciones estructurales sin resolución se habían acumulado y eran de tal magnitud que su repercusión superestructural fue formidable, tanto que barrió casi todas las formas de contención propias de ese nivel; habiéndose recurrido a la represión legal e ilegal y en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires. El presidente De la Rúa se vio obligado a renunciar, huyendo deshonrosamente en helicóptero de la Casa Rosada, ante una población que avanzaba desarmada hacia la Plaza de Mayo a pesar de la declaración del estado de sitio, o, en realidad, aun más irritada por esa vergonzosa medida, a la altura del diletante De la Rúa. Pero todos los representantes políticos estaban en cuestión, también los representantes del Poder Legislativo e incluso los del Poder Judicial. Estaba claro que la masa heterogénea que impulsaba la consigna “que se vayan todos” no estaba de ninguna manera preparada para imponer una dirección política al conflicto. De hecho, esa consigna misma daba cuenta del vacío político que expresaba: ponía todo en cuestión pero no proponía nada. Ningún hombre, ninguna fuerza, ningún partido aparecía como capaz de ocupar el vacío que dejaría el “que se fueran todos”. De hecho no había ninguna organización social ni política que contara con un respaldo suficiente de una fuerza social que le permitiera tomar el mando de la situación. Pero, más allá de todas las opiniones, el “que se vayan todos” exponía el abismo que se había producido entre representantes y representados, entre la sociedad civil y la política; en términos gramscianos, daba cuenta de la crisis orgánica en curso.

Ganancia y hegemonía

La ventaja que nos da el concepto de hegemonía para tratar los temas que aquí hemos estudiado es que nos permite incorporar dimensiones económicas que escapan al dominio clásico de la economía. Estas son cuestiones menos disciplinariamente económicas, pero que hacen políticamente a la economía. Es decir, a las condiciones de fuerza, de consenso, sostén, apoyo, disciplina, orden social, etc. que inciden directamente sobre lo estrictamente económico. En definitiva: las condiciones de posibilidad de la economía. El mismo sintetiza las diversas dimensiones que hacen al dominio y a la conducción, no se restringe a lo parcialmente económico, pero tampoco lo excluye, sino que lo incorpora, recupera lo económico; en nuestro caso específico, las posiciones económicas, desde la complejidad de lo estratégico, desde el análisis de la situación histórico-concreta, a partir de las dificultades impuestas por las

relaciones de fuerzas siempre inestables, de la variación permanente de las alianzas, tomando en cuenta los armisticios, los acuerdos, los desacuerdos y los enfrentamientos¹³. Si se quiere, el concepto de hegemonía nos permite incluir la dimensión del poder y evita que no restrinjamos a un problema “de números”. O, visto de otro modo, le devuelve a la economía toda la dimensión relacionada con el poder, salvándonos de abordar lo estrictamente económico desde un ángulo pobremente contable, desde el cual sería imposible entender la complejidad de las tomas de posición económica de los miembros de las clases económicamente dominantes.

Posición económica, hegemonía y estrategia

Nuestros registros empíricos provienen de las manifestaciones públicas realizadas por representantes de los más grandes empresarios respecto a las medidas económicas o a la política económica de manera más global, durante la gestación, desarrollo y resolución de la crisis de 2001-2002 en Argentina¹⁴. A estas manifestaciones las hemos denominado posiciones económicas. Básicamente, una posición económica es un tipo de manifestación económica que contiene una toma de posición específica y/o concreta con respecto a alguna medida económica efectiva o por aplicarse, y/o con respecto a la política económica global, y/o al modelo general de política económica en el que ésta se inscribe. Los responsables de sostener tales posiciones económicas son representantes de las clases económicamente dominantes. Estos cumplen una función dirigencial y articulante fundamental para la existencia de la clase como “clase para sí”¹⁵. Es por ello que hemos construido las posiciones económicas en base a sus manifestaciones. Pero, así como hemos restringido nuestra investigación al campo de lo pre-estatal, también solamente hemos registrado sistemáticamente las posiciones de una subcategoría definida de estos representantes; la cual está constituida por propietarios de las más grandes empresas o grupos con inversiones en Argentina (no importa en que sector de la actividad tengan sus inversiones: agrícola, industrial, financiero, etc.), representantes de las mismas, o representantes de las organizaciones patronales donde participan estas grandes empresas.¹⁶

¹³ Es inevitable referirse a Foucault (1991), pp.114-115.

¹⁴ Al final del artículo se señalan las fuentes.

¹⁵ Cf. Boltanski (1999), pp. 51-54 y 57-58.

¹⁶ “Cada grupo social, al nacer en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica se crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y el político: el empresario capitalista crea junto

Los alineamientos: radicalizados y moderados

Hemos reunido en distintos grupos a las partes componentes de las clases económicamente dominantes en función de las posiciones económicas que los representantes mencionados asumieron en el periodo agosto de 1999 - diciembre de 2003. Esos diferentes agrupamientos son el resultado de un proceso complejo de formación de compromisos, cuyo revés o complemento, aunque no su negación, es el conflicto; y, por lo tanto, éstos se estructuran en función acuerdos y desacuerdos, oposiciones y consensos. En ellos estos representantes tienen un rol preponderante al ser los encargados de organizarlos, de darles consistencia y dirección.

A estos agrupamientos los hemos denominado alineamientos. Un alineamiento resulta de agrupar diferencialmente a los representantes mencionados a partir de las posiciones comunes o, por lo menos próximas, en materia de medidas económicas (o de política económica). Este método nos condujo a la reconstrucción de dos alineamientos rivales durante el periodo tratado, a los que hemos llamado radicalizado y moderado respectivamente, los cuales luchan entre sí por el predominio económico y, en última instancia, por la hegemonía.

Las razones que nos llevaron a estas caracterizaciones han sido varias:

1) Mientras que el alineamiento radicalizado promueve medidas económicas que apuntan a profundizar las líneas básicas del modelo económico vigente desde 1991; el alineamiento moderado oscila, según la coyuntura, entre las modificaciones correctivas y el cambio de dirección general de la orientación económica, cuestionando incluso el régimen de cambio de la Convertibilidad.

Veamos en primer lugar algunos registros de radicalizados sosteniendo el modelo:

“¿Hay que mantener la Convertibilidad o es necesario comenzar a salir de ella paulatinamente, como han sugerido algunos hombres de negocios? -Hoy nadie pone

a él al técnico industrial y al especialista en economía política, al organizador de una nueva cultura, de un nuevo derecho, etc., etc. [...] Si no todos los empresarios, por lo menos una élite de ellos debe tener capacidad para la organización de la sociedad en general, en todo su complejo organismo de servicios hasta la misma organización estatal, dada la necesidad de crear las condiciones más favorables para la expansión de la propia clase, o como mínimo debe poseer la capacidad para seleccionar ‘los encargados’ (empleados especializados) a los que pueda confiar esa actividad organizativa de las relaciones generales externas de la empresa.” Gramsci (1972), pp. 9-10.

en duda la Convertibilidad, lo que sí hay que comenzar a discutir es qué se debe hacer para poner nuevamente en marcha este plan para que se le puedan introducir las reformas de segunda generación que nunca se hicieron.” Vincenzo Barello, Presidente Fiat. “Sin reformas de segunda generación, la Argentina no es competitiva”, Norberto O. Malatesta Link corto: <http://www.lanacion.com.ar/164625>, 12/12/1999

“La baja de salarios y jubilaciones evita la devaluación, que era la solución fácil para recortar el gasto, pero que también recortaría los ingresos. Es cierto que el ajuste será duro para algunos, pero en el sistema de reparto nadie sabe cuánto aportó” Cristiano Ratazzi, Presidente Fiat, “Cavallo logró el respaldo para su programa” Link permanente: <http://www.lanacion.com.ar/320544>, 17/6/2001.

Y ahora posiciones de moderados cuestionando el modelo:

“[T]odo el mundo se da cuenta que el tipo de cambio es un problema [...] [C]uando esté consolidado el próximo gobierno, no tendría que haber inconvenientes en poder anunciar con tranquilidad un régimen de fluctuación cambiaria [...] Brasil pudo devaluar con éxito porque nunca tuvo ese problema psicológico que existe en Argentina, pero que en algún momento se va a superar.” “El tipo de cambio fijo es un problema” Maximiliano Montenegro y David Cufre, Reportaje exclusivo a Roberto Rocca, <http://www.pagina12.com.ar/1999/99-08/99-08-19/pag03.htm>, 19/8/1999

“Necesitamos una nueva visión de país que facilite nuestra reinserción en el mundo, distinta de la actual que nos sacó de la crisis hiperinflacionaria [...] Los precios relativos de los transables se deterioraron desde la Convertibilidad y las privatizaciones.” Guillermo Gotelli, Propietario Alpargatas, Anuario UIA 1999, p. 59-60.

“Saber que el país tiene atada su moneda a la de los países con que mantiene fluidas relaciones comerciales es muy importante. Hasta ahora, el haber estado atados al dólar nos trajo un perjuicio muy grande y una pérdida de competitividad en nuestras exportaciones que resultó catastrófica.” Ignacio De Mendiguren, “La medida ahora requiere apoyo político” Por María Giselle Castro. Link corto: <http://www.lanacion.com.ar/60169>, 16/4/2001

“El mundo no es el que nos pintaron acá. Nosotros entramos en esa trampa que fue el aumento de los costos argentinos, de los servicios, de las tasas, que hizo sobrevaluar la moneda, de una política de fronteras abiertas sin aduana. Esto generó la destrucción del empleo y la desindustrialización del país.” “José Ignacio de Mendiguren: reinventor de la alpargata» Texto: Jorge Palomar, Link corto: <http://www.lanacion.com.ar/212599>, 5/8/2001,

2) Las medidas defendidas por el primer alineamiento apuntan a una integración cada vez más perfecta en el mercado mundial (a nivel financiero y comercial), aun más profunda que la ya muy avanzada de la década del 90; al punto que pareciera que pretende una subsunción plena en el mercado mundial, una economía internacionalizada casi “de manual”. Examinemos

algunas de las posiciones económicas asumidas por los representantes radicalizados en este sentido:

“Lo que se logró en la década del 90 fue enorme, pero sin ninguna duda, queda todavía un enorme camino por recorrer, para consolidar este nuevo modelo de crecimiento, que por contraste con el modelo histórico de desarrollo autárquico, podemos denominar modelo de crecimiento con integración al mundo.” “Palabras del Lic. Eduardo Escasany [presidente ABA] en la apertura de la reunión anual”, 1999, www.aba-argentina.com, p.2.

-“Que es lo que más le conviene a la Argentina? La internacionalización, que parte del Mercosur e integra a las Américas y a la Unión Europea.” Reportaje a Enrique Ruete Aguirre, presidente del Grupo HSBC y del Consejo Empresario Argentino (CEA) 1993-1997. Clarín, Suplemento Económico, “Es más eficiente bajar gastos que subir impuestos”, Claudia Boragni, 05/12/1999.

“Las transformaciones de la presidencia Menem permitieron estabilidad con crecimiento [...] Repasemos las principales políticas: la apertura comercial mejoró, pero aun somos un país relativamente cerrado.” Artículo de Ernesto Gaba, economista jefe del BBV-Banco Francés, Clarín, Suplemento Económico, 26/12/1999.

Por su parte, el alineamiento moderado, promueve medidas que tienden a efectuar una serie de regulaciones, algunas de menor importancia, otras de una importancia mayor, contrarias a esta integración sin restricciones en el mercado mundial. Avancemos ahora algunos ejemplos de las posiciones de los moderados:

“La globalización debe subordinarse al interés nacional [...] Se debe acotar el incesante traslado de los centros de decisión económico-financieros locales a otras regiones con distintos intereses y valores”. “Grupo Productivo: Documento fundamental.” (Documento fundacional del Grupo productivo). 2000.

“[N]uestro país careció en este periodo de una estrategia productiva. Las privatizaciones, la apertura comercial, el Mercosur y la globalización financiera no determinan en sí mismo la orientación de un plan de desarrollo económico.” Osvaldo Rial, presidente de la UIA (Discurso de cierre de la V Conferencia Industrial Argentina, Agosto de 1999), Anuario UIA 1999, p.63.

3) Los radicalizados parecen cerrarse sobre sí mismos, defendiendo sus propias posiciones económicas aun a costa del aislamiento. A fin de cuentas, las medidas por ellos promovidas no suman adhesiones de sectores de otras clases sociales. Es en definitiva su radicalización, en el marco de un

modelo en crisis, lo que conduce a este alineamiento al aislamiento y les impide reconstruir su hegemonía o rearticular alianzas. Al parecer, dadas las limitaciones estructurales, sólo les quedaba margen para la imposición o la fuerza. Su incapacidad hegemónica se evidencia durante la brevísima gestión de López Murphy al frente del Ministerio de Economía en marzo de 2001, a quien habían sostenido eufóricamente y quien debió retirarse a los pocos días de anunciadas las medidas económicas que pretendía aplicar, por el descontento social generalizado que las mismas produjeron. Por el contrario, las medidas sostenidas por el alineamiento moderado logran en varias ocasiones, aunque inorgánicamente, la “simpatía” de algunos miembros de las clases económicamente dominantes que no formaron parte de este alineamiento, así como de ciertos sectores de la pequeña burguesía, como es el caso de aquellos representados por la CRA y hasta de los sectores de la clase trabajadora representados por la CGT.

Desde un punto de vista más abstracto, podemos decir que el alineamiento radicalizado pretende la profundización de los mecanismos de acumulación predominantemente financieros que comenzaron a funcionar en 1977, se impusieron en 1989 y obtuvieron un grado de coherencia más consistente en 1991, a partir de la aplicación del Plan de Convertibilidad¹⁷. A las características generales de este modelo, la Convertibilidad agregaba a nivel local una particularidad: la garantía (el seguro de cambio) de que todo dólar que ingresara en el país no vería depreciado su valor; lo cual perfeccionaba la integración del mercado local en el mercado mundial, puesto que los capitales podían movilizarse libremente (sin ningún tipo de límites en cantidades y en tiempo) y sin ningún riesgo de devaluación. Además a este mecanismo central del modelo, se sumaba la igualdad de trato de la parte del Estado ante los capitales de origen local o extranjero. A pesar de todo, a estos principios básicos del modelo, garantía del funcionamiento correcto de los mecanismos de acumulación financiera internacionalizados, el alineamiento radicalizado pretendía profundizarlos aún más.

En un nivel más ideológico, la suma de estas pretensiones constituye un especie de deseo del soñado retorno al lugar en el corazón de occidente, de la civilización europea, que el modelo agroexportador de principios del siglo XX había ofrecido a la clase dominante criolla, existiendo una suerte de homologación entre la integración perfecta en el mercado mundial y la inclusión perfecta en el corazón de la civilización occidental:

“[L]a cuestión de fondo que revela la crisis [...] es el fin del proyecto argentino de construir un pedazo de Europa en esta parte del

¹⁷ Cf. Fajnzylber (1983).

continente... El 3 de febrero, se conmemoró el sesquicentenario de la batalla de Caseros, que fue el hecho que permitió la organización institucional de la Argentina. Al año siguiente, se sancionaba la Constitución Nacional de 1853, que plasmó el proyecto de país que alentó a la Argentina durante el último siglo y medio: construir en esta parte de América Latina un pedazo de Europa, como los Estados Unidos lo habían logrado en el norte del continente... Ya no podemos ser Europa como lo fuimos y creíamos que éramos. No tenemos masa crítica para ser Brasil o México. Podemos ser Venezuela o Colombia, si no logramos restablecer el orden y el equilibrio social, pero también podemos ser Chile o Uruguay.” Carta Económica, “Editorial, Contexto Político, Comentarios del Dr. Rosendo Fraga”, marzo 2002, pp.14-16.

Por su parte, el alineamiento moderado pretendía la implementación de ciertas medidas económicas que devolviesen, al menos, una mínima capacidad de regular la integración de la economía local en el funcionamiento internacionalizado del capitalismo. Podría decirse que pretendía cierto resguardo frente a los efectos de una internacionalización extrema. Por lo tanto, cuando en algunas oportunidades los miembros de este alineamiento mencionaron su apoyo a “propuestas sustitucionistas”, haciendo referencia al modelo de acumulación plenamente vigente hasta 1976, éstas no apuntaban a la resurrección de aquel modelo; sino que eran apenas proposiciones que buscaban ciertos resguardos frente a la internacionalización. Esos “llamamientos sustitucionistas” parecen haber sido sobretudo el intento de darle cierto sustento ideológico a las medidas exigidas, una tentativa por recuperar cierta mística que la burguesía local había perdido, a fin de sumar aliados de otras clases y fracciones. En definitiva, a diferencia del proceder del alineamiento rival, que en el marco de la crisis del modelo que sostenía, se autocentraba y pretendía imponer sin convencer, éstos buscaban un recurso ideológico para construir hegemonía¹⁸.

Los representantes de cada uno de los alineamientos

A continuación haremos una breve presentación de la muestra de representantes de las clases económicamente dominantes sobre la cual hemos trabajado, ordenados según el alineamiento en el que los hemos ubicado. Estos son en total 37, de los cuales 15 pertenecen al alineamiento radicalizado, 21 al moderado, y tan sólo a 1 de ellos lo hemos calificado como intermedio. Siendo esta una investigación exploratoria, para muchos representantes hemos encontrado varios registros, de donde surgen sus

¹⁸ Gálvez (2011) (2013)

posiciones económicas. Sin embargo, para una parte, únicamente hallamos unos pocos registros, y en algunos otros casos, tan solo uno. Es obvio, especialmente en este último caso, que la escasez de registros nos obliga a tomar con cautela su clasificación en un alineamiento o en otro, hasta tanto se construyan nuevos registros. En síntesis, los representantes empresarios con los cuales hemos trabajado han sido:

Por el alineamiento radicalizado:

Escasany, Barello, Ruete Aguirre, Crotto, Gaba, Ponasso, Aguado, Rattazzi, Vázquez, Acevedo, Cortina, Cristofani, Miguens, Prida, Zambón

Por el alineamiento moderado:

De Mendiguren, Rial, Rocca, P., Rocca R., Gotelli, Vicente, Baglietto, Pescarmona, Challú, Chodos, Madanes, Álvarez Gaiani, Pagani, Betnaza, Biolcati, Blanco, Coto, Massuh, Sebastiani, Zorreguieta, Brito

Y, por último, un representante clasificado como intermedio:

Roggio

Ahora haremos una presentación individual según el orden de importancia aproximado de cada uno de ellos en la conducción de sus respectivos alineamientos. En ambos alineamientos hemos hallado unos pocos miembros que son definitivamente los principales dirigentes y luego un grupo relativamente grande que, a pesar de su importancia, aparece sólo de tanto en tanto, aunque en ciertas oportunidades con posiciones determinantes.

Empecemos con los radicalizados: entre esos dirigentes destacados encontramos en primer lugar a Escasany, quien fuera el dirigente más importante de ese alineamiento. Este representante tenía una responsabilidad institucional mayor ya que fue durante el periodo el presidente de ABA, la única asociación patronal de bancos privados en Argentina en ese entonces. Esta asociación era el resultado de la fusión durante la década del 90 de dos entidades, ADEBA y ABA, que antes de esa década representaban cada una a los bancos de capital local y a los bancos de capital extranjero respectivamente. Tras la crisis de 1989-1990 y en el contexto de la concentración y extranjerización de la banca, esas dos entidades se unieron, aunque después de la crisis de 2001-2002 volvieron a separarse con la refundación por parte de los bancos privados de capital

local de ADEBA. Escasany era el presidente del Banco Galicia, uno de los bancos más importantes y el único de capital local grande que había quedado en pie.

Luego, en este mismo alineamiento tenemos a dos presidentes de Fiat-Argentina, Barello y Rattazzi. Uno sucesor del otro. Ambos mantuvieron una línea muy decidida, coherente y activa. Después tenemos a Ruete Aguirre, presidente del HSBC, reconocido banco de capital extranjero, uno de los radicalizados más extremos en sus posturas.

También aparece Crotto, presidente de la SRA entre 1994-2002. La línea del mismo es coherente con la tradición de la institución que encabeza y a la vez es normal que encontremos a un presidente de esta asociación junto a los miembros de la clase económicamente dominante que estamos mencionando, porque la mayoría de ellos, especialmente los bancos, han sido los aliados históricos de las fracciones que normalmente se expresan por intermedio de la SRA. Otro de los presidentes de esa institución agropecuaria que hallamos en este alineamiento es Miguens, quien asumió la dirección de la misma en 2002. Este es uno de los casos para los cuales hemos podido construir tan solo una posición. Sin embargo, como puede observarse, a pesar de contar tan solo con un registro, no resulta desatinado incluirlo en este alineamiento, considerando 1) la tradición de la institución que representa y 2) que ya hallamos a otro presidente de la misma entidad posicionado de la misma manera.

El que sigue es Gaba, economista jefe del Banco Bilbao Vizcaya-Banco Francés. Esta persona es un representante más bien técnico que habitualmente se expresa en el tono neutral que intentan adoptar tal tipo de personas. Gaba publicó varias veces artículos de análisis económico en el diario Clarín. Este no es el único representante de este banco al que vemos asumir posiciones radicalizadas, también hallamos a Vázquez, el Director del mismo. Ahora toca el turno de Ponasso, presidente de ADESPA, una entidad nueva ya que representa a las empresas privatizadas de servicios públicos y por lo tanto, en principio, muy poderosa por el tamaño de las empresas que la integran, aunque esa importancia económica no se ha visto reflejada en el plano de la capacidad de influencia pública de esta entidad. Dada la importancia económica de la entidad que Ponasso presidió, es por lo menos singular que la misma no haya tenido un perfil más alto en la toma de posiciones en el periodo que hemos cubierto. Ponasso era a la vez presidente de EDENOR (de capital extranjero), una de las dos empresas de energía eléctrica en la que se había dividido la antigua compañía estatal SEGBA. También encontramos a otro dirigente de las privatizadas, en este caso Aguado, el titular del Correo Argentino, perteneciente al Grupo empresario de los Macri.

Ahora, para todos los representantes que siguen, hemos construido tan solo un registro. El primero de ellos es Acevedo de Acindar, un empresa muy tradicional de la rama siderúrgica (productora de acero), este es un representante histórico del gran empresariado local, proveniente de una familia patricia y representante de una empresa económicamente muy importante y emblemática. Luego, nuevamente encontramos a un banquero, el presidente del Banco Río, Cristofani. El próximo es Cortina de española Repsol-YPF, la compañía privatizada de petróleo. Otro representante de una privatizada es Prida, el presidente de Telefónica de Argentina, también de capital español. Y el último de los radicalizados es Zambón de Milkaut, una empresa agro-industrial.

Pasemos ahora a examinar a los integrantes del alineamiento moderado. El primero de ellos es la figura preponderante del periodo, De Mendiguren, “el Vasco”, el representante más comprometido con la asunción de posiciones “un poquito keynesianas”. De Mendiguren fue el presidente de la UIA en el momento de eclosión de la crisis de 2001 y un hombre muy cercano a Eduardo Duhalde, de quien sería Ministro de la Producción, una vez que éste asumiera interinamente la presidencia a fines de diciembre de 2001. De Mendiguren es un empresario local independiente y en consecuencia no proviene de ningún gran grupo empresario tradicional. El que sigue es Rial, quien comparte esta última característica con De Mendiguren y quien fuera el predecesor del mismo como presidente de la UIA. Rial, luego de dejar su puesto en la UIA, pasó a ser senador por el Partido Justicialista.

El próximo es Paolo Rocca del Grupo Industrial Techint, uno de los hijos de Roberto Rocca, otro de los representantes que integran el alineamiento moderado. Los miembros de la familia Rocca están entre los dirigentes históricamente más influyentes de la clase económicamente dominante argentina. Techint es un gran grupo industrial internacionalizado y el mayor productor mundial de tubos sin costuras (utilizados en el transporte de combustible). Este grupo fue fundado en 1946, y aunque originalmente no es de capital nacional, sino que proviene de Italia¹⁹, con los años los Rocca se integraron plenamente con los sectores “criollos” de la clase económicamente dominante. Este grupo, que hasta 1989 era uno de los principales proveedores de las grandes empresas estatales, con las privatizaciones realizadas durante el gobierno de Menem adquirió una de las empresas estatales más grandes de las cuales era previamente proveedor, la siderúrgica SOMISA. En la década del 90 el Grupo Techint extendería su internacionalización. Además, como observaremos en algunos casos que

¹⁹ Sobre Techint consultar Castro (2007, 2012).

siguen, los Rocca cuentan con otros representantes muy influyentes dentro del gran empresariado, quienes trabajan en su grupo económico y que ocupan cargos institucionales de importancia en las cámaras empresarias.

El próximo es Gotelli, uno de los antiguos propietarios de Alpargatas, un grupo empresario local muy tradicional, que empezó sus actividades allá por 1883²⁰. Sin embargo, todo indica que este grupo tuvo serias dificultades durante la década del 90, con lo cual, si bien es un grupo históricamente más bien liberal, en el periodo tratado Gotelli asume posiciones moderadas. Este empresario aparece muy cercano a los Rocca, quienes sostienen su candidatura a presidente de la UIA en 2003.

El siguiente es Vicente, representante de PECOM, la empresa petrolera del Grupo de origen local Pérez Companc, un grupo que nace en 1947 como una compañía naviera, con grandes extensiones de tierra que recién comienza su actividad petrolera en 1954²¹. Vicente tuvo un trabajo difícil en este periodo porque la empresa que presidía fue vendida en 2003 a la compañía brasilera Petrobrás dejando de pertenecer por lo tanto al Grupo Pérez Companc. Este empresario es un experimentado operador, habiendo tenido activa participación durante la década del 80 en el grupo que se llamó los Capitanes de la Industria, promoviendo por aquel entonces la extensión de la explotación petrolera privada.

El siguiente moderado es Baglietto, vicepresidente ejecutivo de Techint y titular de la Cámara Argentina de la Construcción (CAMARCO). Como se puede observar, esta ubicación es coherente con la línea del grupo al que pertenece. Aparecerá otro operador de los Rocca, Betnaza, Director de Relaciones Institucionales de Techint (aunque este sea uno de los hombres del cual se registra una sola posición, dadas las consideraciones precedentes, se demuestra que es pertinente clasificarlo como moderado). Además del ya mencionado Baglietto, encontramos a otro representante histórico de la CAMARCO, esta vez Chodos. El siguiente moderado es Pescarmona, dueño de un grupo empresario local, cuya empresa más importante es IMPSA, de la rama metalúrgica, quien resulta un personaje bastante excéntrico, por el tipo de declaraciones un tanto imaginativas que suele hacer, que en ocasiones lleva hasta una sinceridad que otros representantes del empresariado no suelen tener.

El próximo es Madanes, otro propietario de un grupo empresario local. Sus empresas más importantes son ALUAR, una gran empresa productora de aluminio implantada en la Patagonia²²; y FATE, principalmente de

²⁰ Minsburg (1987), p. 69.

²¹ Azpiazu, Basualdo y Khavisse (1988), pp. 141-142.

²² Rougier (2011).

neumáticos. Entre los moderados también encontraremos a Pablo Challú, el presidente de la Cámara Empresaria de Laboratorios Farmacéuticos Argentinos (CILFA). Si bien el mismo no es un representante empresario tradicional, ni lo es la cámara que preside, es uno de los que hemos visto que intervino con decisión en el momento de ascenso de las posiciones moderadas, en oposición a una ley de patentes de productos farmacéuticos que fue muy discutida por que regulaba el mercado a favor de los laboratorios extranjeros, y para lo cual existió mucho lobby del gobierno de los EE.UU.

A partir de ahora encontraremos a varios representantes provenientes de la agroindustria, un sector históricamente librecambista a nivel ideológico, al cual, sin embargo, a pesar de no ser de los más convencidos, veremos favorecer las restricciones a la internacionalización propias de las posiciones del alineamiento moderado durante el periodo 1999-2003. En contraste con las posiciones de ese periodo y a tono con su tradición, la agroindustria es un sector que se comprometió decididamente con las medidas internacionalizadoras que promovió Menem a principios de la década del 90. Entre los dirigentes que se comprometieron en aquel proceso encontramos a Álvarez Gaiani, un operador habitual de los grandes empresarios, con activa participación en la crisis de 1989-1990. En aquel entonces era el vicepresidente de la Coordinadora de las Industrias de Productos Alimenticios, COPAL, en ejercicio de la presidencia. Sin embargo, en el periodo que tratamos, Álvarez Gaiani se halla entre los moderados. Este no proviene de ningún gran grupo empresario, sino que es un empresario independiente y parece fundar su importancia en su dedicación “profesional” a la representación corporativa. De hecho, Álvarez Gaiani es un histórico en las luchas intestinas dentro de la UIA, siendo varias veces uno de sus vicepresidentes y habiendo alcanzado el cargo de presidente en 1999 y en 2003.

El próximo, Luis Pagani, también proviene de la industria agroalimentaria, aunque en este caso se trata de uno de los integrantes de la familia propietaria del Grupo Arcor, uno de los grupos económicos locales más grandes. La familia Pagani en general tiene mucha influencia dentro de la clase económicamente dominante, en base a una línea económicamente liberal y, por lo tanto, diferente a los Rocca, aunque probablemente con menor influencia que éstos. Luis Pagani, el hijo de Fulvio, el fundador del grupo, asumió la conducción de AEA (luego de unos meses durante los cuales la encabezó Vicente de Pérez Compagnon), una asociación empresaria nueva fundada en mayo de 2002, que reúne a casi todos los más grandes

empresarios locales y algunos extranjeros igualmente grandes, sin incluir a representantes de pequeñas y medianas empresas, como lo hace la UIA. Además, para dar cuenta mejor de la influencia de esta familia, agreguemos que de la Fundación Mediterránea, de la cual los Pagani son los mecenas, surgió Domingo Cavallo.

A partir de ahora trataremos con representantes para los cuales logramos construir un solo registro, con lo cual su calificación como moderados es provisoria. El primero de ellos es Zorreguieta, también procedente de la agroindustria, quien, según los datos que tenemos, no es un representante particularmente destacado, aunque ha alcanzado puestos de representación institucional de considerable importancia en el campo patronal, siendo desde 2008 presidente de la Copal. Zorreguieta es también un hombre relacionado con la última dictadura militar, durante la cual asumió el cargo de Secretario de Agricultura y Ganadería, y no está exento de algo de “glamour”, puesto que su hija Máxima Zorreguieta, es actualmente la esposa del príncipe heredero de la Corona holandesa, Guillermo Alejandro de Orange-Nassau. El siguiente es Massuh, un empresario de mediana importancia económica, cuya principal empresa es la papelería del mismo nombre, pero otro de los siempre presentes activistas de las cámaras empresarias, habiendo llegado a ser presidente de la UIA entre 2002 y 2003. El próximo es Coto, un gran capitalista relativamente nuevo, dueño de una de las pocas cadenas grandes de supermercado locales que se sostuvo y expandió en los años 90 pese a la competencia de las grandes cadenas transnacionales. También hemos incorporado a este alineamiento a Blanco, el Director ejecutivo de REPSOL-YPF. A pesar de que su incorporación a tal alineamiento puede presentar dudas, ya que los representantes de esta enorme empresa estuvieron a la cabeza del apoyo del modelo de la década del 90, éstos no parecen haber presentado demasiadas resistencias al cambio del mismo, luego de un primer momento en el que salieron a hacer lobby para asegurar sus ganancias con el apoyo del mismísimo Felipe González.

Ahora se nos presenta otro caso problemático, el de Biolcati, tradicional militante de la SRA, quien llegara a ser su presidente. Contamos con una sola posición para este representante, con lo cual su clasificación no puede ser definitiva, menos aun si consideramos que ya hemos hallado a otros dos representantes de la SRA en el alineamiento opositor. Pero, por otra parte, no olvidemos las contradicciones mencionadas en las que se hallaba este sector en esta coyuntura, las cuales pueden estar expresándose en estas posiciones económicas “incoherentes”.

El siguiente caso no tiene nada que ver con los precedentes, volvemos a tratar con un presidente de la UIA, en esta oportunidad con Sebastiani.

Este es uno de los dos registros con el que nos hemos permitido una excepción, dado que es un registro de 1998, es decir, que es anterior al periodo durante del cual recolectamos todos los demás. Nos hemos autorizado tal cosa, por la importancia institucional de Sebastiani, y porque, junto con el otro registro de 1988, correspondiente a De Mendiguren, son los registros contrarios a la Convertibilidad más tempranos que hemos encontrado.

Le toca el turno a Brito, presidente del Banco Macro, de capital local, el caso mas extraño que tratáramos. Brito parece haber cambiado violentamente de posición antes y después del fin del modelo de la Convertibilidad, pasando de posiciones radicalizadas a moderadas. Este viraje se manifestó de algún modo también institucionalmente. En 2002 éste se salió de ABA y se pasó a ABAPRA, otra asociación mixta de bancos privados y públicos de capital nacional fundada aquel mismo año, pero, por comparación con ABA, muy poco influyente, para finalmente refundar la asociación patronal bancaria ADEBA en 2003, de la cual pasó a ser presidente.

Hemos terminado con los alineamientos, nos resta el único caso de un representante que hemos calificado como intermedio; se trata de Roggio, propietario del grupo económico local del mismo nombre. El grupo Roggio es un grupo nuevo que creció durante los 90. En tanto que grupo principalmente constructor depende mucho de los contratos con el Estado y por lo tanto de los gastos que éste realice y de sus favores, pero a la vez se desarrolló al amparo de las conexiones políticas con el gobierno de Menem, mediante la obtención de la concesión de algunos de los servicios que fueron privatizados en aquella década como, por ejemplo, la red de subterráneos de Buenos Aires. Es probable que la “inconsistencia” de sus posiciones derive por lo menos parcialmente de esta particular inserción estructural.

Conclusiones

En definitiva, los representantes del alineamiento radicalizado que hemos identificado provienen de los siguientes sectores: los acreedores externos, los bancos extranjeros con filiales en Argentina, los inversores institucionales extranjeros y locales (estos últimos llamados AFJP), las empresas privatizadas, la mayoría de las grandes cadenas de supermercado (mayormente extranjeras), una parte de las empresas industriales transnacionales, los bancos privados locales y los grandes propietarios agrícola-ganaderos. El núcleo dirigente de este alineamiento es el bancario, representado institucionalmente por ABA; aunque, los sectores más

oscilantes son los bancos locales y los grandes propietarios agrícola-ganaderos, éstos últimos representados en general por la muy tradicional SRA. Las dificultades de los bancos locales privados para posicionarse parecieran estar basadas en el grado de extranjerización avanzado del sistema bancario, lo cual se produjo como consecuencia de las políticas aplicadas a partir de la vigencia del modelo de valorización financiera. Mientras que el caso de los grandes propietarios agropecuarios, pareciera ser que este sector sufre una tensión entre lo económico y lo ideológico, en el sentido en que su encuadramiento ideológico le impedía ver las ventajas económicas potenciales de asumir otro tipo de posiciones diferentes de aquellas que finalmente adoptó. Además que asumir posiciones moderadas, lo hubiera llevado a aliarse con sus rivales históricos y a enfrentarse, en cambio, con sus aliados históricos²³.

Por su parte, los representantes del alineamiento moderado identificados provienen en su gran mayoría de los grupos económicos locales y una parte minoritaria de las empresas transnacionales (excluyendo las empresas privatizadas durante la década del 90', salvo el caso especial de Repsol). El núcleo duro de los moderados se agrupó en lo que se llamó: "Grupo Productivo". Esta autonominación surge con la clara intención de diferenciarse de "lo financiero", de "los especuladores". El Grupo Productivo estuvo conformado por la Unión Industrial Argentina (UIA), La Cámara Argentina de la Construcción (CAMARCO) y Confederaciones Rurales Argentinas (CRA). El grupo económico con más importancia en la organización y la conducción del alineamiento moderado fue Techint. Este alineamiento reviste sus posiciones económicas con una retórica nacionalista e industrialista y por eso la fórmula de Grupo Productivo. De allí que algunos de sus miembros hablaran de "sustitución de importaciones", apelando de esta manera al nostálgico recuerdo de la "mítica" burguesía "nacional" (e industrial) volcada al mercado interno de aquel modelo. Toda esta retórica no resultó inútil, ya que fue una forma eficaz de construir hegemonía, y en concreto, les permitió a los integrantes del alineamiento moderado ser apenas rozados por la ira popular desatada en diciembre de 2001. En aquellos agitados días, dentro del campo empresario, sólo las sedes de los bancos y las empresas privatizadas fueron los objetos de la cólera de las clases subalternas. Pero, además, con recursos similares, los representantes del alineamiento moderado supieron construir una hegemonía que les permitió incidir en la dirección económica que se llevaría adelante tras el derrumbe de la Convertibilidad. Esta nueva hegemonía de inspiración "un poquito keynesiana" sirvió de punto de

²³ Gálvez (2012)

partida para la constitución de las políticas económicas de los gobiernos que sucedieron a De la Rúa. La hegemonía de la dirección económica propugnada por los moderados sirvió de base -sólo de base- para la resolución posterior y específicamente política de las contradicciones estructurales resultantes del modelo económico financiero de la década del 90. Estas contradicciones no podían resolverse bajo la dirección económica que propulsaban los radicalizados. La hegemonía radicalizada había llegado a su fin. Una nueva hegemonía de otro signo y un nuevo modelo económico recién se iniciaban, cerrando el ciclo iniciado en 1976.

Bibliografía

Arceo, Enrique (2003); *Argentina en la periferia prospera. Renta internacional, dominación oligárquica y modo de acumulación*, Buenos Aires, UNQ-FLACSO.

Azpiazu, Daniel; Basualdo, Eduardo; Khavisse, Miguel (1988); *El nuevo poder económico en la Argentina de los años 80*, Buenos Aires, Hyspamerica.

Basualdo, Eduardo (2011); *Sistema político y modelo de acumulación. Tres ensayos sobre la Argentina actual*, Buenos Aires, Cara o Ceca.

Basualdo, Eduardo (2000) *Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década del noventa*, Buenos Aires, UNQ-FLACSO.

Brennan, James; Rougier Marcelo (2013); *Perón y la burguesía nacional. El proyecto de un capitalismo nacional y sus límites*, Buenos Aires, Lenguaje Claro.

Castellani, Ana (2009); *Estado, empresas y empresarios*, Prometeo, Buenos Aires.

Castro, Claudio (2007); “Un nuevo actor siderúrgico en la Argentina de posguerra. El grupo Techint”, en Marcelo Rougier; *Políticas de promoción y estrategias empresariales en la industria argentina, 1950-1980*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas.

Castro, Claudio (2012); *Empresa, desarrollo energético y cambio técnico, Origen y evolución de un conglomerado empresario con ventajas competitivas en la ingeniería y la siderurgia (1921-2001)*, Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Córdoba.

Chesnais, Francois (1988); *La mondialisation du capital*, París, Syros.

Fajnzylber, Fernando (1983); *La industrialización trunca de América Latina*, México D.F., Nueva Imagen.

Foucault, Michel (1991); *Historia de la sexualidad, la voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Gálvez, Eduardo (2013); “Divisiones y conflictos dentro de la elite empresaria argentina durante el modelo de valorización financiera”, en *Revista Trabajo y Sociedad* N° 21, invierno, Santiago del Estero,

Gálvez, Eduardo (2012); “La actuación de los grandes terratenientes en las crisis económicas de 1989-1991 y 2001-2002 en Argentina” en *Revista Cuadernos del Cendes* N° 79, Caracas, enero – abril.

Gálvez, Eduardo (2011); “La construcción de una nueva hegemonía en Argentina durante la crisis de 2001-2002” <http://nuevomundo.revues.org/pdf/62517>, *Revista Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, EHESS, París, (en línea el 30 de noviembre 2011).

Garavaglia, Juan Carlos (2003); “La apoteosis del Leviatán. El Estado en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX”, *Latin American Research Review*, Vol. 38, No 1, February.

Gramsci, Antonio (1985); *La política y el Estado moderno*, Barcelona, Planeta-Agostini.

Gramsci, Antonio (1972); *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Boltanski, Luc (1999) ; *Les cadres. La formation d'un groupe social*, Paris, Minuit.

Minsburg, Naum (1987); *Capitales extranjeros y grupos dominantes argentinos: análisis histórico y contemporáneo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Rougier, Marcelo (2011); *Estado y empresarios de la industria del aluminio en la Argentina. El caso Aluar*, Buenos Aires, UNQUI.

Schvarzer, Jorge (1979); “Empresas públicas y desarrollo industrial en Argentina” en *Estado y proceso de acumulación*, México D. F., CIDE, septiembre, Nro. 3.

Fuentes

Carta Monetaria de ABAPPRA (Asociación de Bancos Públicos y Privados de la República Argentina)

Comunicados de Prensa de CARBAP (Confederaciones Rurales de Buenos Aires y la Pampa)

Anales de la SRA (Sociedad Rural Argentina)

Suplemento de la Revista Anales de la SRA

Anuarios de la UIA (Unión Industrial Argentina)

Revista Prensa Económica

Revista Informe Industrial

Boletín Techint

Empresa (Publicación de ACDE, Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa)

Revista IDEA (Instituto para el Desarrollo Empresarial de la Argentina)

Páginas de internet de diversas organizaciones patronales

Clarín

La Nación

Página 12

La voz del Interior

Apartado “Contexto político”, Carta Económica del Estudio Broda y Asociados.

Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos Yael
en el mes de junio de 2014
Av. Córdoba 2210, 1er piso
Ciudad Autónoma de Buenos Aires